

COLECCION "DETECTIVE"

NOVELAS DE MISTERIO
Y DE AVENTURAS

Edgar Wallace

de

2'50
PESETAS

EDGAR WALLACE

LA CASA DEL TERROR

MAGNOS



M. AGUILAR



MADRID

John Flack, uno de los criminales más brillantes, se escapa del manicomio de Broadmoor —donde está cumpliendo pena—, y tiene tres objetivos: dar un golpe maestro, vengarse de Jorge Ravini —el criminal que le traicionó y lo llevó al manicomio—, y acabar con J. G. Reeder —el detective que lo encerró—.

Reeder sabe lo peligroso y vengativo que es Flack, por lo que lo primero que hace es proteger a su novia Margarita Belman enviándola a la residencia de Larmes Keep, pero lo que no sabe Reeder es que en esa residencia hay mucho más...



Edgar Wallace

La casa del terror

J. G. Reeder - 3

Colección Detective - 27

ePub r1.0

Titivillus 27.11.2020

Título original: *Título*
Edgar Wallace, 1927
Traducción: Jaime Guasp
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



PROLOGO

Es en verdad impropio, por no decir ilegal, considerar como delincuentes a los seres que entran y salen en el manicomio criminal de Broadmoor, por célebres que hayan llegado a ser o por mucho que hayan despertado el interés popular, cuando después de un examen médico y la sentencia de un Jurado indulgente son recluidos en esta casa de salud para toda la vida. Sin embargo, no tenía uno más remedio, al hablar de bandidos, que pensar en John Flack, el que paseaba por los patios del manicomio con las manos detrás de la espalda y la cabeza baja. Era un viejo alto y delgado, mal vestido, que no hablaba a nadie y a quien poca gente dirigía la palabra.

—Ese es Flack... Flack, el ladrón más hábil del mundo... Nueve asesinatos...

Los que estaban en Broadmoor por algún homicidio aislado, en sus momentos de lucidez se enorgullecían del viejo John; y los policías que le vigilaban por la noche no tenían ninguna queja de él; ni molestaba ni le había acometido en los seis años que llevaba encarcelado uno de esos ataques que suelen llevar al hospital a algún pobre desgraciado y al irresponsable a una celda de castigo.

Flack se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo y escribiendo, porque era un genio de la pluma, de la que se servía con rapidez maravillosa. Había llenado centenares de libros acerca de crímenes. Al director le divertía aquello y le permitía conservar estos volúmenes, esperando, no sin fundamento, que más tarde pasaran a formar parte de su ya interesante museo.

Una vez como una gran concesión, el viejo Flack permitió que leyera uno, y al hacerlo, el director quedose asombrado. La obra llevaba por título: *Método de robar un banco cuando sólo hay dos guardianes*. El director, que había sido soldado, se sorprendió al hojear el libro viendo que éste, escrito con la letra clara, perfectamente legible de John Flack, se parecía singularmente a la orden de ataque que podía dar un general. Todos los detalles, por pequeños que fueran, estaban anotados; todas las contingencias previstas. No sólo se daban los componentes de la droga que había que emplear para «entendérselas con el vigilante de afuera», sino que esta descripción llevaba una nota explicativa que merece transcribirse:

«Si no se puede procurar este tóxico, el operador debe visitar a un médico y quejarse de lo siguiente... Inmediatamente el doctor le recetará una medicina de la que hay que procurarse seis botellas, y se seguirá el siguiente procedimiento para obtener lo que se desea...».

—¿Has escrito muchas cosas como ésta, Flack? —preguntó el director, asombrado.

—¿Cómo ésta? —John Flack se encogió de hombros—. Lo hago sólo por entretenerme, para ejercitar la memoria. He escrito ya sesenta y tres libros acerca de materias parecidas y todas son obras inmejorables. Durante los seis años que he

estado aquí no he encontrado ni un solo detalle con que pudiera perfeccionarse mi antiguo sistema.

¿Era aquello una broma? ¿Acaso una fantasía de su mente enferma? El director, que estaba ya acostumbrado a oírle, no lo sabía a punto fijo.

—¿Quieres decir que eres autor de una enciclopedia del crimen? —preguntó incrédulamente—. ¿Dónde están esos libros?

El viejo Flack sonrió despreciativamente, sin contestar nada.

Aquellos sesenta y tres volúmenes representaban la obra de toda su vida. Era el único trabajo de que estaba orgulloso.

Ya en otra ocasión, cuando el director aludía al mucho tiempo que se pasaba escribiendo dijo:

—He puesto una enorme fortuna en manos de cualquier hombre listo; siempre, claro está —añadió—, que sea un hombre decidido y que lea mi obra pronto, porque en estos días de descubrimientos científicos lo que hoy es una novedad mañana se hace completamente vulgar.

El director tenía sus dudas en cuanto a la deplorable existencia de estos libros; pero poco tiempo después de la conversación que tuvo con el loco, hubo de rectificar su opinión. Scotland Yard, que pocas veces se mueve para nada, envió al inspector-jefe Simpson, aunque este policía carecía en absoluto de perspicacia. Su entrevista con John Flack fue muy breve.

—En lo que toca a esos libros tuyos, Jack —dijo—, comprende que sería horrible que cayeran en manos de un desalmado. Ravini dice que tienes escondidos cien volúmenes...

—¿Ravini? —El viejo Flack hizo una mueca que puso al descubierto sus dientes—. ¡Escucha, Simpson! Supongo que no creerás que voy a estar aquí toda mi vida, ¿verdad? Si lo supones te equivocas. Me escaparé una noche de éstas, puedes decírselo al director si quieres, y entonces ajustaré las cuentas a Ravini.

Hablaba en voz alta y estridente, y el brillo de locura que ya había visto antes Simpson en su mirada, lucía de nuevo en sus ojos.

—¿No has tenido nunca ningún sueño dorado, Simpson? ¡Yo tengo tres! Uno es el de marcharme de Inglaterra con un millón. Ese es el primero, pero no tiene importancia. Otro es respecto a Reeder. Puedes repetirle mis palabras: sueño con encontrármelo solo una noche de niebla, oscura, en que la policía no sea capaz de averiguar de dónde vienen los gritos. Y mi tercer sueño se refiere a Ravini. A Jorge Ravini sólo le queda ya una solución, y es la de morir antes de que yo me escape.

—Estás loco —dijo Simpson.

—Por eso me han traído aquí —contestó John Flack; y decía verdad.

Estas dos conversaciones del loco con Simpson y con el gobernador fueron de las más largas que había tenido durante su permanencia en Broadmoor. Ordinariamente, cuando no escribía, paseaba con la cabeza baja y las manos detrás de la espalda. Algunas veces llegaba cerca del alto muro, y se dice que tiraba cartas desde allí; pero

esto no es probable. Lo que si parece más verosímil es que encontró quien llevara sus enigmáticos mensajes al mundo exterior, contestados no menos misteriosamente. Y a pesar de que era muy amigo del policía bajo cuya custodia estaba, una mañana temprano encontraron a este último degollado; la puerta de la celda estaba abierta y John Flack había huido para llevar a cabo sus proyectos.

CAPÍTULO PRIMERO

Margarita Belman viajaba en el surexpreso, que la llevaba al empalme de Selford para tomar allí el ramal que había de conducirla a Siltbury. Estaba irritada por dos cosas, no sin razón. La primera, era el cambio de fortuna que sufría y el efecto que había producido en Mr. J. G. Reeder, aquel hombre ya de cierta edad.

Cuando ella le dijo que buscaba un empleo fuera de Londres, debió, al menos, apenarse algo; cierta tristeza no hubiera venido mal. Pero en vez de eso se puso muy alegre.

—Es que temo no poder venir a Londres muy a menudo —añadió ella.

—Me parece muy bien —repuso Mr. Reeder, añadiendo unas cuantas vulgaridades acerca de los cambios de aires y de la conveniencia de vivir en plena Naturaleza. Por lo demás, había estado amabilísimo con ella, lo cual era realmente exasperante.

Margarita frunció las cejas al pensar en su situación. Todos sus estudios no servían para nada. Y tampoco creía que le concedieran un cargo de secretaria con seiscientas libras al año porque ella lo hubiese pedido simplemente. No estaba acostumbrada a trabajar ni tenía la más mínima idea de cómo había de regentarse un hotel, de modo que las probabilidades de ser admitida eran verdaderamente muy escasas.

La segunda cosa que motivaba su disgusto era aquel italiano que había intentado por tantos medios trabar conocimientos con ella; pero ésta era una de las cosas tan corrientes en la vida de una muchacha que tiene que trabajar para vivir, que no merecía ni pensar en ella un segundo.

Aquella mañana la había seguido hasta la estación y la joven estaba segura de que oyó cómo le decía a su compañera que volvería en el tren de las seis y quince. Un policía podría librarle del extranjero, efectivamente, si ella se atrevía a armar tal escándalo; pero a cualquier chica honrada le repugnan estos procedimientos y prefiere defenderse por sí sola.

Claro que le costaría trabajo. Estas dos cosas deslucían a sus ojos lo que podía haber sido una tarde agradable e interesante. En cuanto a lo de Reeder...

Volvió a fruncir las cejas. Ella tenía veintitrés años, edad a la que los hombres suelen ser demasiado jóvenes. Pero, por otra parte, no le gustaban los que se acercaban ya a los cincuenta, y, sobre todo, la joven aborrecía aquellas patillas que le daban a míster Reeder el aspecto de criado escocés. Por supuesto, que el pobre era un hombre...

Mientras pensaba en esto el tren llegó al empalme. Y antes de haber decidido si lo que sentía hacia Reeder era amor o antipatía, la joven se encontró en la pequeñísima estación de Siltbury.

Un cochero detuvo entonces su macilento caballo delante de la valla e hizo un ademán con el látigo.

—Venga usted conmigo, señorita —dijo—. La oficina de Mr. Daver está al fin de este camino.

Era un viejo enteco que había llevado ya a muchos aspirantes al puesto de secretario de Larmes Keep, y comprendió que aquella joven, más linda que todas las demás, no iba precisamente en concepto de huésped. En primer lugar, no llevaba equipaje, y, además, el que recogía los billetes en el andén se había acercado corriendo hacia ella para devolverle la mitad de aquél, que correspondía a la vuelta, y que la joven, distraída, no se acordó de pedir.

—¿La llevo, señorita?...

—Sí, haga usted el favor —repuso Margarita Belman.

—¿La han citado a usted?

El cochero era un hombre natural del pueblo, y, por tanto, gozaba de ciertos privilegios.

—Lo digo —añadió, comenzando a dar una explicación detallada— porque muchas jóvenes han ido a Larmes sin que nadie las llamara y Mr. Daver no las ha querido recibir. Recortaron el anuncio de los periódicos y vinieron sin fijarse en que lo que tenían que hacer era «escribir». Creo que he hecho lo menos una docena de viajes con muchachas que han tenido que volverse. Se lo advierto a usted por su bien.

Margarita sonrió.

—Pues debería usted avisar a la gente antes de que salieran de la estación —contestó alegremente—, y así se ahorran el paseo en coche. A mí me han dicho que venga.

Desde donde estaba la joven se veía claramente Larmes Keep. No tenía aspecto de hotel, ni mucho menos la lujosa casa de huéspedes que ella sabía que era. La parte más antigua del edificio se destacaba claramente de las demás, aunque sus grises paredes estaban recubiertas por la misma hiedra que ocultaba los restantes cuerpos, más modernos, de la casa.

La joven, después de atravesar la verja, cruzó una verde llanura en la que habían instalado unas cuantas sillas y mesas, y llegó luego a un hermoso jardín que, a pesar de lo avanzado del otoño, era una verdadera maravilla. Detrás se veía un macizo de pinos que parecía extenderse hasta el borde de un acantilado. Margarita divisó a lo lejos el mar azul y el humo de un barco que pasaba en lontananza. Un blando céfiro llevó hasta ella la fragancia de las flores, y la joven suspiró ensoñadoramente.

—¡Esto es magnífico! —exclamó.

El cochero repuso que «no estaba mal del todo» y volvió a señalar con el látigo.

—En aquella plazoleta es; la hicieron hace pocos años. Mr. Daver, más que patrón de una casa de huéspedes, parece un escritor.

Margarita empujó una puerta de roble, y a través de un camino empedrado se dirigió al pabellón de Mr. Daver. A cada lado del sendero crecían las flores en gran

número; podía uno imaginarse que estaba paseando por un jardín.

En aquel frente del edificio había una gran ventana y una puerta verde. Sin duda debieron darse cuenta de la llegada de la joven, porque, cuando ésta iba a tocar la campanilla, un hombre abrió la puerta.

Se trataba del propio Mr. Daver: un caballero de unos cincuenta años, alto, delgado, de rostro amarillento, en el que se veía una sonrisa que despertaba el buen humor. Margarita estuvo a punto de echarse a reír. El labio superior de aquel hombre sobresalía por encima del inferior, y a pesar de su faz angulosa tenía el aspecto de un muñeco cómico y grotesco. Sus ojos grandes y castaños, su frente arrugada y cierto mechón de pelos que le crecía en la coronilla, contribuían a darle esta extravagante apariencia.

—¿Miss Belman? —preguntó, denotando ligera inquietud en su tono de voz.

Balbuceaba un poco e hizo un gesto con las manos como si temiera que su laconismo pudiera parecer descortesía.

—Entre usted en este cuchitril —añadió luego, acentuando de tal modo la última palabra que ella estuvo a punto otra vez de soltar la carcajada.

El «cuchitril» era un gabinete lujosamente amueblado, en el que los libros solamente cubrían una de las paredes. Mr. Daver, después de cerrar la puerta, acercó una silla a la muchacha con cierta risita nerviosa.

—Me alegro de que haya venido usted. ¿Qué tal el viaje? Supongo que bien. ¿Hace mucho calor en Londres? Yo creo que sí. ¿Quiere tomar una taza de té? Claro que querrá usted.

Las preguntas y las respuestas se sucedían tan rápidamente que impedían a la joven contestar nada; de modo que antes de que ella abriera la boca, ya había él ordenado por teléfono que trajeran el té.

—Es usted joven, muy joven —dijo míster Daver, moviendo la cabeza tristemente—. ¿Veinticuatro años, verdad? ¿Sabe usted escribir a máquina? ¡Pero qué tonterías estoy preguntando!

—Ha sido usted muy bondadoso al recibirme, Mr. Daver —exclamó ella—; pero me temo que no voy a convenirle. No sé nada de asuntos de hotel, y a juzgar por el sueldo que usted ofrece...

—No se preocupe —contestó Mr. Daver, haciendo un gesto solemne—, yo no necesito gran cosa. El trabajo es pequeño y quiero verme libre en absoluto de él, porque —añadió, señalando a una mesa en la que había gran número de papeles— mis ocupaciones particulares son enormes. Necesito una muchacha para que lleve las cuentas y vigile mis intereses; alguien, en suma, en quien poder confiar. Yo tengo fe en las caras. Usted también, ¿verdad? Lo mismo que en el modo de escribir de las personas. He puesto un anuncio durante tres meses y he hablado con treinta y cinco aspirantes. ¡Imposible! ¡Tenían una voz horrible! También doy importancia a la voz; usted lo mismo, ¿verdad? Y cuando me telefoneó usted el lunes, me dije para mí: «Esta es la voz».

Juntó las manos con tanta fuerza que sus nudillos perdieron el color. Margarita tuvo por tercera vez que hacer grandes esfuerzos para reprimir la risa.

—Pero vuelvo a repetirle, Mr. Daver, que no sé absolutamente nada acerca de cómo se lleva un hotel. Sin embargo, creo que podré aprender, y desde luego el empleo me conviene. Es un sueldo magnífico.

—¡Magnífico! —murmuró el otro—. ¡Qué palabra más bonita! Aquí está el ama de llaves. ¡Muchas gracias por traernos el té, señora Burton!

Se había abierto la puerta para dejar paso a una mujer que llevaba una bandeja de plata. La recién llegada vestía de negro muy sencillamente. Apenas si dirigió una mirada a Margarita mientras aguardaba impasible a que Mr. Daver terminase de hablar.

—Señora Burlón, esta es la nueva secretaria. Quiero que se aloje en la mejor habitación, en el cuarto azul. Pero, ¡ah! —añadió, mordiéndose los labios pensativamente—, quizá no le guste a usted el color azul.

Margarita sonrió.

—Todos los colores me gustan —contestó—. Sin embargo, creo que aún no hemos decidido...

—Vaya, vaya con la señora Burton; vea la casa y su habitación.

Abrió la puerta, y la joven, sin darse cuenta apenas de lo que sucedía, siguió al ama de llaves. Un estrecho pasillo unía el despacho particular de Mr. Daver con el resto del edificio. Margarita entró en una gran habitación que ocupaba toda la planta baja de Larmes Keep.

—Esta es la sala común —dijo la señora Burton con voz notable por su monotonía y su acento de Cockney—. Ahora sólo hay tres huéspedes. Mr. Daver tiene algunos caprichos. En invierno vienen muchos más.

—Tres huéspedes no darán mucho dinero —aventuró la joven.

La señora Burton hizo un gesto.

—A Mr. Daver no le importa el dinero; lo que busca es la compañía. Ha convertido esto en una casa de huéspedes porque le gusta ver entrar y salir la gente sin tener que hablarles. Es muy caprichudo.

—¿Qué? —preguntó la otra asombrada—. Querrá usted decir caprichoso.

—He dicho caprichudo —contestó la señora Burton con terquedad.

Detrás del *hall* había un pequeño gabinete con ventanas a estilo francés, que daban a la campiña. Por estas ventanas se veían tres personas que estaban tomando el té. Una era un sacerdote ya de cierta edad, de cara áspera y desagradable. Comía. Leía un periódico eclesiástico sin preocuparse de sus compañeros. Había allí también una muchacha muy pálida que parecía tener la misma edad que Margarita, y que a pesar de su color era extraordinariamente bella. Sus ojos grandes y oscuros se fijaron en la visitante por un momento y luego siguió hablando con el tercero del grupo, un caballero de unos cuarenta años de edad.

La señora Burton no dijo nada de ellos a la joven hasta que no estuvieron subiendo por la ancha escalera al piso superior.

—El sacerdote es el reverendo Dean de África del Sur, la joven se llama Olga Crewe y el otro es el coronel Hothling; los huéspedes de que le hablé. Este es su cuarto, señorita.

Era una habitación preciosa; como la había soñado Margarita. Estaba amueblada con mucho gusto y tenía, lo mismo que los restantes cuartos de Larmes Keep, según ella vio más tarde, su cuarto de baño independiente. Corría un zócalo por las paredes que llegaba a media altura y los techos estaban profusamente artesonados. Margarita adivinó que debajo del suelo de madera debía hallarse el pavimento de ladrillos primitivo.

La joven suspiró. Comprendía que había de costarle mucho trabajo rehusar aquel empleo; pero pensaba, sin saber por qué, que no iba a tener más remedio que hacerlo.

—Es un cuarto muy bonito —dijo. La señora Burton echó una mirada indiferente por la habitación.

—Es viejo —repuso— y a mí no me gustan las cosas viejas. Cuando vivía en Brixton...

Entonces se detuvo bruscamente, hizo un gesto y agitó el manojito de llaves que llevaba en la mano.

—¿Le convendrá a usted, no?

—¿Que si me conviene? ¿Cree usted que me quedaré aquí? Aún no lo sé yo misma.

La señora Burton miró a Margarita con cierta expresión de vaguedad; la otra comprendió que quería decir algo en alabanza de la casa; algo que la moviera a ella a captar el empleo. Por fin dijo:

—Aquí se come bien.

Margarita sonrió.

Al volver al *hall* vio a los tres que antes estaban tomando el té. El coronel paseaba solo y la joven y el clérigo caminaban por el verde, hablando. Mr. Daver, sentado delante de su mesa, con la cabeza apoyada en una mano, mordía el mango de una pluma cuando la señora Burton llamó a la puerta.

—¿Le gusta a usted la habitación? ¡Ya sabía yo que sí! ¿Cuándo vendrá usted de nuevo? Creo que debe ser el lunes de la semana que viene. Para mí, esto es una tranquilidad. Ya ha visto usted a la señora Burton, —levantó un dedo—. ¡Comprenderá usted que es imposible que alterne con duques y duquesas! ¿Cómo voy a tener confianza en que ella arreglará las disputas que han de surgir necesariamente entre los huéspedes? No puede ser, ¿verdad? Tengo que traer aquí a una persona de cierta educación, de educación, de educación.

Hablaba con énfasis, fijando la mirada en Margarita y haciendo gestos deliciosos.

—Como usted comprenderá, mi trabajo es el que paga todo esto. Es realmente intolerable que tenga que dejar de escribir para que me digan si ha habido o no un *net*

en el *tennis*.

—¿Escribe usted mucho? —preguntó ella. Quería aplazar, su decisión hasta el último instante.

—Muchísimo. Acerca del crimen. ¿Le interesa a usted esa materia? ¡Estoy preparando una enciclopedia del crimen! —añadió con tono dramático e impresionante.

—¿Del crimen?

El otro afirmó con la cabeza.

—Es una de mis aficiones. Soy rico y puedo permitirme algunos caprichos. La creación de esta casa es uno de ellos. Pierdo cuatro mil libras al año, pero no me arrepiento de mi obra. Puedo escoger mis huéspedes. Si alguien me molesta le digo que se vaya, que he alquilado a otra persona su alojamiento. Si fueran amigos míos, ¿podría decírselo? No. Vienen aquí, me hacen compañía y me divierten. Conque, ¿cuándo volverá usted?

La joven titubeó algo.

—Creo...

—¿El lunes de la semana que viene? ¡Estupendo! —La estrechó la mano calurosamente—. No tiene usted por qué estar sola. Si no le agradan los huéspedes, tráigase unos amigos. Aquí les daremos alojamiento. ¡Hasta el lunes!

La joven volvió por el sendero de antes, donde el carruaje aguardaba, más sorprendida que otra cosa.

—¿Obtuvo usted el empleo, señorita? —preguntó el campechano cochero.

—Eso parece —contestó Margarita.

Conforme se alejaba echó una mirada a Larmes Keep. No había nadie en la pradera, pero muy cerca de donde ella estaba vio a una mujer. Aquello sólo duró un segundo, porque la otra desapareció en un macizo de laureles que corría paralelo al muro limítrofe de la propiedad. Indudablemente había un sendero entre los árboles y él era el escondite que la señora Burton —pues de ella se trataba— había buscado. Con el rostro entre las manos caminaba lentamente y el eco de sus sollozos llegó hasta la asombrada Margarita.

—Es el ama de llaves de la casa; está algo chiflada —dijo el cochero tranquilamente.

CAPÍTULO II

Jorge Ravini no era un hombre antipático. Él por su parte, se juzgaba, —como es natural con cierta parcialidad— sumamente atractivo, con su pelo castaño ondulado, su porte, su figura y sus maneras. Y si a estas dotes naturales se añadía el mejor traje que Savile Row podía cortar; el sombrero gris más impecable; un bastón con puño de malaca, sobre el cual descansaba una mano en la que sostenía un guante de cabritilla; unos zapatos brillantísimos y unos calcetines de seda fina, se comprenderá que el marco que rodeaba aquella figura era realmente magnífico. Sin embargo, el principal atractivo de Jorge Ravini eran sus sortijas de la buena suerte; porque, a fuer de hombre supersticioso y aficionado a toda clase de ensalmos, llevaba en el dedo meñique de la mano derecha tres anillos de oro con tres grandes diamantes engarzados en cada uno. Las sortijas de la buena suerte de Ravini tenían fama en todo el barrio.

Solía sonreír de una forma medio irónica, medio displicente, como sonreiría un hombre para quien la vida no tiene misterios ni le puede enseñar nada nuevo. Esta actitud tenía cierta justificación, porque Jorge sabía casi todo lo que pasaba en Londres y lo que estaba a punto de suceder. Había comenzado, a trabajar en una casa modesta de Saffron Hill, donde vio la luz por vez primera, pero anhelando ensanchar los estrechos horizontes en que se había desarrollado su niñez, llegó desde dormir en la misma cama que su padre cuando éste se ganaba la vida con un mono por las calles de Londres, hasta disfrutar de un magnífico piso en Half Moon Street, del que era propietario, como también de la manzana de casas en que estaba situado. Su balance en el Banco Continental le era muy favorable; gozaba de una renta con la que podía de sobra satisfacer todas sus necesidades, sin hablar del dinero que le producían los dos clubs nocturnos por él mantenidos y otros ingresos menores. Sus deseos eran órdenes desde Leyton a Clerckenwell; sus mandatos eran obedecidos en una milla a la redonda de Fitzroy Square, y ningún jaque de Londres podía desafiar a Jorge sin peligro de despertar al día siguiente en el hospital Minddlesex, vendado por completo.

A la sazón Jorge Ravini aguardaba pacientemente en la explanada contigua a la estación Waterloo, consultando de cuando en cuando el reloj de oro que llevaba en la muñeca y fijándose en toda la gente que salía del andén.

El reloj de la estación marcaba las seis y cuarto; y a los pocos minutos vio a la muchacha que andaba buscando. Se arregló la corbata, se dio unos toquecitos en el sombrero y fue en seguimiento de ella.

Margarita Belman estaba demasiado preocupada con sus propios pensamientos para pensar en el elegante joven que había querido tantas veces hablar con ella valiéndose del conocido truco de fingir que se habían conocido antes. Realmente, la

impresión que le hizo la visita a Larmes Keep la obligó a olvidarse de la existencia de aquel perfumado galán y de que éste pensaba esperarla a su regreso.

Jorge Ravini se detuvo delante de ella y aguardó a que Margarita se acercara, sonriendo. Le gustaban las jóvenes de aquel tipo, que vestían sin rebuscamiento, con unas medias bonitas y unos sombreros sencillitos. Al llegar la joven, se quitó el sombrero; las sortijas de la buena suerte brillaron deslumbradoramente.

—¡Oh! —dijo Margarita Belman, parándose a su vez.

—Buenas tardes, señorita Belman —exclamó Jorge, sonriendo para lucir su magnífica dentadura—. ¡Qué casualidad el volvernos a encontrar!

La joven echó a andar de nuevo y él siguió a su lado.

—Si tuviera aquí mi *auto*, la llevaría hasta su casa —dijo en tono de conversación amigable—. Tengo un «Rolls» de veinte caballos, muy pequeño, y apenas si lo uso cuando salgo de Half Moon Street.

—¿Va usted ahora a Half Moon. Street? —preguntó ella con calma.

Pero Jorge era un hombre ya de experiencia.

—Yo voy adonde usted vaya —contestó.

La otra se detuvo.

—¿Cómo se llama usted?

—Smith... Anderton Smith —repuso él con presteza—. ¿Para qué lo quiere usted saber?

—Para decírselo al primer policía que encontremos —dijo ella. Mr. Ravini, que estaba acostumbrado a todo aquello, sonrió.

—No sea usted tonta —exclamó—. No voy a hacerla nada y no creo que quiera usted que salga su nombre en los periódicos. Además, yo, con decir que me pidió usted que la acompañara y que nos conocemos de antiguo...

La otra le miró algo enfadada.

—Quizá encuentre a un amigo mío, a quien no convencerá usted tan fácilmente —repuso—. ¿Tiene usted la bondad de retirarse?

Jorge, por lo visto, no tenía ganas de ello.

—¡Qué niña es usted! —exclamó—. No hago más que decirla algunas galanterías...

Entonces sintió que le cogían por un brazo y que le obligaban a echarse a un lado; en pleno día, en la estación Waterloo, en presencia por lo menos de dos hombres de los de su banda. Los ojos de Ravini brillaron peligrosamente.

Sin embargo, el que le había interrumpido parecía una persona inofensiva. Un hombre alto y de aspecto melancólico: Llevaba una levita abotonada por completo y un sombrero de fieltro de gran tamaño. Sobre su gruesa nariz cabalgaban unos lentes en posición casi horizontal. Unas grandes patillas encuadraban su rostro y de su brazo pendía un paraguas mal cerrado. Jorge no tuvo que fijarse en aquellos detalles; le eran familiares, porque conocía de sobra a Mr. J. G. Reeder, detective de la Oficina Criminal Pública. Por consiguiente, el brillo de amenaza desapareció de sus ojos.

—¡Hola, Mr. Reeder! —dijo, con una efusividad que parecía sincera—. ¡Qué sorpresa más agradable! Ahora iba yo acompañando a mi amiga, miss Belman...

—¿Quizás al Flotsam Club, a tomar una taza de té? —preguntó Reeder, como interesado—. ¿O al restaurante Harraby? ¡Son dos visitas muy interesantes!

Y mirando fijamente al italiano, añadió:

—En el Flotsam le hubiera podido usted enseñar el sitio donde sus amigos quitaron a lord Fallon tres mil libras, anteanoche precisamente, según me dijeron, y en el Harraby hubiera visto la habitación en que entró la policía cuando usted traicionó a uno de sus amigos. ¡Se ha perdido un gran espectáculo!

La sonrisa de Jorge Ravini no armonizaba con su repentina palidez.

—Escuche, Mr. Reeder...

—Imposible, Jorge —repuso Reeder, moviendo la cabeza en señal de pesadumbre—. Mi tiempo es precioso. Sin embargo, como dispongo de un minuto, le diré que miss Belman es amiga mía y que si insiste usted en lo de hoy, sabe Dios lo que podría suceder, porque soy un hombre muy astuto. —Al decir esto miró pensativamente al italiano—. ¿Es quizá por esta astucia por lo que callo una importante revelación que tengo en la punta de la lengua? Quizá. El hombre, míster Ravini, es un ser muy complejo. Y basta ya, que tengo que marcharme. Recuerdos a sus amigos los criminales, y si nota usted que le vigila uno de Scotland Yard, no se enfade con él. No hace más que cumplir con su deber. Conque no olvide usted lo que le he advertido respecto de esta señorita.

—Me parece que no le he dicho nada inconveniente.

Míster Reeder miró a Ravini.

—Si no fuera así, me volvería usted a ver esta tarde, pero no solo. Vendrían conmigo —añadió confidencialmente— los hombres que hicieran falta para quitarle a usted las llaves de su caja en el depósito de Fetter Lane.

Al oír esto, Ravini se quedó atónito. Cuando se repuso de nuevo, Mr. J. G. Reeder y su protegida habían desaparecido entre la multitud.

CAPITULO III

—Es un hombre interesante —dijo Mr. Reeder mientras el coche en que iba con su compañera cruzaba el puente de Westminster—. Quizá el que más de los que yo conozco. También es casualidad que me lo encontrara. Pero me gustaría más que no llevase esas sortijas.

Luego se fijó en Margarita.

—Bueno, qué, ¿le gusta el sitio?

—Es muy bonito —repuso ella sin entusiasmo—, pero está demasiado lejos de Londres.

Reeder se apenó algo.

—¿Ha rehusado usted? —preguntó ansiosamente.

La otra, volviéndose, le miró.

—Míster Reeder, creo que trata usted de adivinar mis pensamientos.

Con gran sorpresa de la joven el detective se puso encarnado.

—Pues claro; digo, no. Es que me pareció un empleo muy bueno, aunque fuera con carácter provisional. Yo no podré atenderla, miss... ¡hum!... Margarita... Hemos sido tan buenos amigos, que ahora... Bueno, nada.

Miró para una y otra ventanilla, como si creyera que iba alguien montado en el estribo, y luego añadió, bajando la voz:

—Nunca he hablado a usted, miss... ¡hum!..., Margarita, de los gajes de mi oficio; pero cierto caballero llamado Flack, F-l-a-c-k —dijo, deletreando el nombre—. ¿Ha oído usted algo de él? —preguntó con cierta inquietud; y como viera que la joven negaba con la cabeza, prosiguió—: Creí que sí. Todas estas cosas han venido en el periódico. Pero, claro, hace cinco años era usted una niña...

—Muchas gracias —repuso Margarita sonriendo—. Tenía ya dieciocho años.

—¿De veras? —preguntó Mr. Reeder con voz alterada—. ¡Pues no lo sabía! El caso es que ese Mr. Flack es un hombre al estilo de los que describen en las novelas policíacas. Un genio del crimen, el jefe de una confederación, o, como dice la gente, de una banda.

Suspiró, entornando los ojos de tal manera, que la joven creyó que estaba rezando por el criminal.

—Un bandido listísimo, hay que reconocerlo. Yo le admiro. Será quizá porque, como ya he dicho a usted muchas veces, he nacido para delincuente. Pero este personaje en cuestión estaba loco.

—Todos los criminales son un poco locos: también me lo ha dicho usted a menudo —repuso ella, algo indiferente, porque no quería que la conversación se desviase de lo que le preocupaba.

—Flack está realmente loco —dijo Mr. Reeder inmediatamente y llevándose una mano a la cabeza—. Por esto se salvó. Hizo cosas diabólicas con toda la maldad de

que un loco es capaz. Mató a sangre fría a dos agentes en medio de la calle y se escapó. Por fin le cogimos. Yo fui, ¡hum!..., el que le prendió. Por eso estaba pensando en nuestro amigo Jorge, porque él fue el que lo traicionó por dos mil libras. Entré en tratos con él, y como es otro bandido...

La joven le miró con la boca abierta.

—¿El italiano? ¿De veras?

Míster Reeder asintió.

—Ravini tenía relaciones con la banda de Flack y se enteró casualmente del paradero del viejo John. A éste le cogimos cuando estaba dormido —añadió el detective, volviendo a suspirar—. Dijo cosas muy desagradables para mí. Siempre que detienen a alguien siente antipatía por sus aprehensores.

—¿Le procesaron? —preguntó ella.

—En efecto —repuso Mr. Reeder—, acusado de asesinato. Pero comprendieron que estaba loco. Le declararon «irresponsable» y le enviaron al manicomio criminal de Broadmoor.

Se registró luego en los bolsillos, sacó un paquete de cigarrillos y cogiendo uno pidió permiso para fumar. Ella vio cómo se sujetaba el pitillo pegándolo al labio inferior. Reeder miraba por la ventanilla los árboles del parque por donde pasaban en aquel momento y parecía absorto en aquella contemplación de la naturaleza.

—¿Pero qué tiene todo esto que ver con mi ida al campo?

El detective volvió la cabeza para mirarla.

—Míster Flack es un hombre muy rencoroso —repuso—. De mucho talento también; eso hay que confesarlo. Y como tiene cierto..., ¡hum!..., resentimiento contra mí, no tardaría mucho en descubrir la relación que existe entre usted y yo, miss..., ¡hum!, Margarita.

El rostro de la joven se iluminó, cambiando por completo de expresión, cuando le cogió por un brazo.

—¿Quiere usted decir que desea que me vaya de Londres para que no me pase nada? ¿Pero qué podría suceder? ¿No está Flack en Broadmoor?

Míster Reeder se acarició la barbilla y se quedó mirando hacia el techo del coche.

—Se escapó hace una semana. ¡Hum! Y creo que en este momento está en Londres.

Margarita Belman dio un grito.

—¿Lo sabe ese italiano Ravini?

—No —contestó dulcemente Reeder—; pero no tardará en enterarse. No, no tardará.

Cuando algunos días después se marchó Margarita a hacerse cargo de su nuevo empleo, aunque algo a regañadientes, todas las dudas de Mr. Reeder en cuanto al paradero de John Flack se habían disipado.

* * *

Hubo cierto pequeño altercado entre miss Belman y el detective, precisamente el día en que ella iba a marcharse de Londres. La cosa empezó con una broma por cierta frase de ella; y Margarita, aunque no se explicó luego cómo había tenido valor para ello, le dijo a su amigo que parecía demasiado viejo.

—Debía usted quitarse esas patillas —exclamó despreciativamente—. Aparentaría usted diez años menos.

—No creo que tenga ninguna utilidad, miss... ¡hum!..., Margarita, el que yo aparente diez años menos.

Había cierta tensión, y la joven partió para Siltbury con algún desasosiego. Sin embargo, comprendía que el deseo de él de que saliera de Londres obedecía a que se preocupaba de la suerte que ella podía correr; aunque no se dio cuenta, hasta que estuvo cerca de su destino, de que el propio Reeder también se hallaban en peligro. Debía escribirle y decirle que estaba apenada por su conducta, y después de decidir esto se preguntó a sí misma dónde había oído aquel nombre de Flack; le era familiar, y eso que en los días de apogeo de los bandidos ella no se preocupaba de tal clase de gente.

Cuando llegó, Mr. Daver, más locuaz que nunca, tuvo con ella una pequeña entrevista. La condujo hasta su despacho y allí la explicó en qué consistían sus obligaciones. No eran muchas ni muy difíciles, y además la joven comprobó con alegría que no teman nada que ver con la administración de Larmes Keep. Aquel asunto estaba por entero en manos de la eficaz señora Burton.

La servidumbre del hotel se alojaba en dos pabellones situados a un cuarto de milla de la casa, y solamente la mencionada señora Burlón dormía allí.

—Esto es más cómodo —dijo Mr. Daver—. Los criados son una molestia enorme. ¿Está usted conforme conmigo? Ya veo que sí. Si los necesitamos por la noche, en ambos pabellones hay teléfono, y Grainger, el portero, tiene una llave con la que se abre la puerta de la casa. ¿Es un buen arreglo, verdad? Supongo que lo aprueba usted.

La conversación con Mr. Daver era muy fácil de seguir. Él mismo se contestaba a sus preguntas.

Al salir la joven del despacho se acordó de las aficiones de su patrón.

—Míster Daver, ¿qué sabe usted acerca de los Flacks?

El otro frunció las cejas.

—¿Flax? ¿Dice usted Flax?...

Margarita deletreó el nombre.

—Un amigo mío me habló de ellos el otro día —dijo—, y yo creí que los conocería usted. Son una banda de criminales...

—¡Flack! Claro, ya caigo. ¡Muy interesante! ¿Es usted también criminalista? John Flack, Jorge Flack, Augusto Flack, —añadió, hablando muy de prisa y enumerándolos con sus dedos largos y manchados de tabaco—. John Flack está en un manicomio criminal. ¡Hombres terribles, terribles! Nuestra policía es maravillosa;

Scotland Yard es una institución magnífica. ¿No lo cree usted? Estoy seguro de que sí. ¡Flack! —añadió frunciendo las cejas y moviendo la cabeza—. Pensé tratar de ellos en una monografía; pero no pude reunir bastantes datos. ¿Les conoce usted?

La otra negó, sonriendo.

—No tengo ese honor.

—Seres terribles —repitió Mr. Daver—. Y diabólicos. ¿Cómo se llama ese amigo, miss Belman? Me gustaría hablar con él. Quizá pudiera informarme más acerca de esos bandidos.

Margarita no estaba dispuesta a contestar a aquella pregunta.

—Probablemente no le verá usted —repuso en seguida—, y aunque le preguntase no le contestaría nada. A lo mejor he cometido una indiscreción hablando de él.

Aquella conversación debió preocupar a míster Daver, porque cuando la joven se había retirado a su cuarto, cansada, llamó a la puerta, la abrió y dijo desde el umbral:

—He estado ocupándome de los Flacks y parece mentira lo poco que encontré acerca de ellos. Tengo un recorte de periódico que dice que John Flack ha muerto. Se trata del hombre que encerraron en Broadmoor. ¿Es verdad que ya no vive?

Margarita hizo un gesto.

—No puedo decírselo —contestó, mintiendo—. Oí hablar de él una vez, y por casualidad.

Míster Daver se acarició la barbilla.

—Creí que alguien le habría contado algo en lo que usted, como es, vamos al decir, una mujer, no paró mientes; pero yo...

Se detuvo, vacilante.

—Ya le he dicho todo lo que sé, Mr. Daver repuso Margarita.

Aquella noche durmió profundamente, y su sueño, exento de pesadillas, fue arrullado por el rumor de las olas que morían en la lejana playa de la bahía de Siltbury.

Sus obligaciones no empezaban hasta después de haber desayunado, cosa que hacía en su *buró* y lo principal que tenía que hacer era arreglar las cuentas. Ordinariamente la señora Burton se ocupaba de aquello, y sólo a fin de mes, cuando había que retirar cheques del Banco, se hacía algo pesado el trabajo de la joven. Por lo demás, la ocupación que le llevaba más tiempo era el despacho de la correspondencia, tenía que contestar a ciento cuarenta aspirantes que pretendían el puesto que ella ocupaba, sin contar las cartas de personas que pedían alojamiento en Larmes Keep. Todas había que presentarlas a Mr. Daver, el hombre más pesado para estos asuntos. Por ejemplo, decía:

—¿El reverendo John Quinton? No, no; ya hay otro sacerdote en la casa; no queremos más curas. Dígle que lo sentimos, pero que no hay ninguna habitación libre. ¿La señora Bagley, que desea traer a su hija? ¡De ninguna manera! Los niños no hacen más que molestar y meter ruido. ¿No le parece a usted? Ya veo que está usted conforme. ¿Quién es esta que dice que quiere venir para «una cura de reposo»? Eso

significa que está enferma. Pues no vamos a convertir Larmes Keep en un sanatorio. Puede usted contestarles a todos que no habrá alojamientos disponibles hasta pasadas Navidades. Después no me importa, porque yo me marché al extranjero.

Las tardes las tenía libres la joven. Podía, si así lo deseaba, ir a Siltbury, donde había dos cinematógrafos; Mr. Daver ponía el *auto* del hotel a su disposición. Sin embargo ella prefería pasear por el campo. La finca era mucho mayor de lo que se había figurado en un principio. Al sur de la casa llegaba hasta una extensión de media milla; al este estaba limitada por un acantilado, a lo largo del cual habían construido un alto muro, y con razón, porque el precipicio alcanzaba una altura de doscientos pies. En un sitio había habido un hundimiento y la brecha estaba tapada por una valla de madera. También se quiso, por lo visto, según notó ella en una de sus excursiones, montar un campo de *golf* de nueve agujeros; pero Mr. Daver había abandonado el proyecto y la hierba llegaba a una gran altura.

Al suroeste de la casa, y a eso de unas doscientas yardas, había un gran macizo de rododendros a través del cual se había abierto un estrecho sendero que terminaba en un pozo de construcción antigua. Este pozo de ladrillos estaba por completo derruido y medio enterrado. Sobre el hierro de encima del brocal habían fijado una tablilla de madera, indudablemente con objeto de satisfacer la curiosidad de los visitantes:

«Este pozo se usó desde el año 935 al 1794. Los dueños de la finca lo cegaron en mayo de 1914, habiendo sido necesarias para este fin ciento treinta y cinco carretadas de arena y piedras».

A Margarita le entretenía imaginarse todos los campesinos y siervos que en el curso de las edades habían pasado por donde ella estaba en aquel momento. Y cuando la joven salió del macizo de árboles vio a Olga Crewe, tan pálida como siempre.

Miss Belman no había hablado nunca con el coronel ni con el pastor; o ella había evitado el encontrarlos, o eran ellos los que no querían entablar conversación. A Olga Crewe no la había visto hasta ahora y se hubiera marchado por otro sitio si no la hubiese detenido la joven.

—¿Es usted la nueva secretaria, verdad? Hablaba con voz melodiosa, dulce. «Demasiado quizá», pensó Margarita.

—En efecto, soy miss Belman.

La otra hizo una inclinación de cabeza.

—Creo que sabrá usted cómo me llamo. Y me parece que se va usted a aburrir enormemente aquí.

—Yo espero que no —repuso Margarita sonriendo—. Es un sitio muy hermoso. Olga Crewe miró a su alrededor.

—Muy hermoso, sí; pero a los pocos años se cansa una de tanta hermosura.

Margarita se quedó asombrada al oír esto.

—¿Lleva usted aquí tanto tiempo?

—Casi puedo decir que desde que era niña. Creí que Joe se lo habría dicho; es un charlatán empedernido.

—¿Joe? —repitió miss Belman, perpleja.

—El cochero, que es el correveidile del pueblo.

Luego se volvió en dirección de Larmes Keep, frunciendo las cejas.

—¿Sabe usted, cómo se llamaba antes este sitio, miss Belman? La Casa de las Lágrimas. *Le Château des Larmes*.

—¿Por qué? —preguntó Margarita.

Olga Crewe se encogió de hombros.

—Será alguna tradición del tiempo del barón Augernvert, que construyó el edificio. El nombre primitivo se convirtió por el uso en el de Larmes Keep. Quizá le gustara a usted ver los calabozos.

—¿Hay calabozos? —dijo Margarita sorprendida. Olga asintió, pareciendo divertirse el asombro de la otra.

—Si los viese usted y las cadenas que hay en las paredes y en los suelos gastados por los prisioneros no tendría que preguntar de dónde venía el antiguo nombre de la casa.

Margarita se volvió hacia Larmes Keep. El sol se ponía detrás del edificio, y éste, envuelto en una luz roja, se destacaba claramente como una masa aterradora y siniestra.

—¡Qué miedo! —dijo miss Belman, estremeciéndose.

Olga Crewe se echó a reír.

—¿Ha visto usted el acantilado? —dijo, y la llevó a las rocas, donde estuvieron cerca de un cuarto de hora apoyadas en el parapeto y mirando hacia el abismo.

—Debería buscar usted a alguien que la llevara al otro lado de los peñascos. Está lleno de cuevas —dijo—. Hay una al nivel del agua que pasa por debajo de la casa, y cuando la marea está alta todas se inundan. No sé por qué no escribe Daver un libro hablando de ellas.

Hablaba con cierto tono de desprecio que no escapó a la penetración de Margarita.

—Esa debe ser la entrada —exclamó señalando un chorro de agua que parecía surgir del acantilado.

Olga asintió.

—Si estuviese la marea alta no se vería nada —repuso, y luego, volviéndose hacia la otra, le preguntó si no había visto el estanque.

El estanque era un pequeño lago de forma ovalada, rodeado de colinas de altura; un lugar delicioso que invitaba al baño.

—Nadie más que yo lo usa. Daver se moriría sólo de pensar que tenía que entrar en el agua.

Siempre que Olga hablaba de Daver envolvía sus palabras con un ligero matiz de desprecio; lo mismo que al tratar de los otros huéspedes. Cuando ya estaban cerca de

la casa, dijo miss Crewe, *á propos* de nada.

—Si yo estuviera en su lugar no hablaría mucho con Daver. Deje que lo haga él solo. Eso le gusta.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Margarita con calma; pero en aquel momento Olga se separó de ella sin despedirse, para ir al lado del coronel, que fumando un cigarrillo las veía acercarse.

¡La Casa de las Lágrimas!

Margarita se acordó de aquel nombre cuando se desnudaba por la noche, y a pesar del dominio que tenía sobre sí misma se estremeció.

CAPITULO IV

El policía que estaba en la esquina de Bennet Street y Hyde Lane se sentía feliz. Eran cerca de las tres de una mañana de primavera, tranquila y calurosa. En el sur de Londres se desencadenaba una tormenta; hasta allí llegaban, a intervalos, el eco de los truenos. Todos los vecinos de Mayfair dormían; todos menos Mr. J. G. Reeder, el amigo de la justicia y el terror de los criminales. El agente Dyer vio una luz detrás de la ventana de su cuarto y sonrió comprensivamente.

Era una noche tan callada que cuando oyó el ruido de una llave en la cerradura se volvió para mirar por encima del hombro, creyendo que abrían la puerta que estaba inmediatamente detrás de él. Pero aquélla no se movió. En cambio vio salir una mujer de un portal situado algo más allá.

—¡Policía!

Llamó con voz no muy estridente, suave, aunque angustiada. El otro se dirigió hacia ella con más rapidez de la que suelen llevar los policías.

—¿Pasa algo, señorita?

La que había llamado iba, como Dyer notó, muy pintada; con colorete en las mejillas y *rouge* en los labios, demasiado quizá para una persona que debía tener prisa y estaba asustada. El policía supuso que vista sin arreglos debía ser guapa, pero no pudo calcular su edad. Llevaba una bata negra, cerrada hasta el cuello. Y también vio Dyer algo que brillaba en la mano con que se agarraba a la barandilla de las escaleras que conducían a la puerta....

—No puedo decirle nada. Estoy sola en la casa y me parece haber oído no sé qué.

Hablaba con voz entrecortada. Por lo visto estaba medio muerta de miedo.

—¿No hay ningún criado en la casa? —preguntó el agente, algo sorprendido.

—No. Vine de París esta noche; había alquilado esta habitación amueblada y creo que los criados se equivocaron en cuanto a la fecha de mi llegada. Yo soy la señora Granville Fornese.

A Dyer le sonaba aquel nombre. Era de esos que nadie podría asegurar no haberlos oído nunca, y además parecía de cierta importancia; como de alguna persona conocida. Además, en Bennet Street vivían no pocos personajes.

El policía echó una mirada al oscuro *hall*.

—Si tiene usted la bondad de encender la luz, señora, entraré a ver qué pasa.

La otra negó con la cabeza y estremeciéndose al mismo tiempo.

—Se han apagado. Por eso me asusté. Me fui a la cama a la una sin notar nada anormal. Algo me despertó..., pero no sé qué... Y quise encender la lámpara que hay en mi alcoba. No funcionaba. Busqué una linterna que tenía en mi bolso, y...

Al llegar aquí se detuvo y puso al descubierto sus dientes en una sonrisa no precisamente de alegría. Dyer vio que tenía los ojos muy abiertos.

—Una sombra negra se deslizaba por la pared y luego desapareció. La puerta de mi cuarto estaba abierta y yo la había cerrado con llave antes de acostarme.

El policía, adentrándose en el umbral, iluminó el pasillo. Había una mesita apoyada a la pared, con un teléfono. Se acercó a él y cogió el auricular: no funcionaba.

—¿Cogió usted...?

Antes de terminar la pregunta se detuvo. Encima de él había oído un grito débil, pero prolongado, y ruido de pasos como si alguien anduviera por un suelo resquebrajado. La señora Fornese seguía aún en el umbral; Dyer se acercó a ella.

—¿Tiene usted la llave de esta puerta? —preguntó. La otra negó con la cabeza.

Entonces, tanteando la cerradura, encontró un cerrojo y lo echó.

—Tendré que telefonar desde algún sitio. Debería usted...

¿Qué debía hacer aquella señora? Dyer no era más que un policía y no sabía cómo resolver tan delicada situación.

—¿Podría usted irse, por ejemplo, a casa de algunos amigos?

—No —repuso la otra inmediatamente. Y luego añadió—: ¿No vive Mr. Reeder cerca? Me dijeron...

En la casa de enfrente había una luz encendida. Mr. Dyer miró hacia la ventana iluminada sin saber qué decidir. Allí vivía uno que ocupaba una posición aún más elevada que la de su jefe. El número 7 de Bennet Street se había convertido en casa de alquiler hacía poco y Mr. Reeder se había mudado a uno de los pisos. Nadie pudo adivinar las causas de su traslado a aquel interesante barrio. Los criminales tenían al detective por hombre fabulosamente rico: al menos no podía negarse que le gustaba vivir bien.

El policía, después de titubear un momento, se buscó en el bolsillo la moneda más pequeña que llevaba, y dejando a la otra en la puerta de su casa cruzó la calle y tiró un medio penique a la ventana iluminada. Un segundo más tarde ésta se abrió.

—Perdone, Mr. Reeder; ¿podría verle un momento?

La figura del detective desapareció para volverse a ver al poco tiempo en el umbral. Iba tan arreglado que parecía que esperaba que le llamasen; con su levita abotonada, su sombrero y sus lentes, que le servían para todo menos para mirar por ellos.

—¿Pasa algo? —preguntó amablemente.

—¿Me permite usted usar su teléfono? Se trata de una señora... que se llama Fornese..., y que estaba sola... cuando vio no sé qué. Yo también...

Entonces se oyó un grito, un golpe seco, y Dyer se volvió. La puerta de la casa número 4 se había cerrado, y la señora Fornese había desaparecido.

En seis zancadas, Mr. Reeder cruzó la calle y llegó a la otra acera. Ya en el portal, aplicó un oído a la abertura del buzón. No se oía más que el tic-tac de un reloj y también... algo así como un leve suspiro.

—¡Hum! —dijo el detective, frotándose las narices pensativamente—. ¡Hum! ¿Tendría usted la amabilidad de decirme lo que ha sucedido?

El policía repitió la historia de antes, pero con más ilación.

—¿De modo que echó usted el cerrojo para que no abrieran la puerta de adentro? Una magnífica precaución.

Luego frunció las cejas, y sin añadir nada más volvió a cruzar la calle, entrando en su casa. Allí abrió un cajoncito de la mesa de su despacho. Sacó una funda de cuero y cogió tres hierros en forma de ganchos, que metió en un llavero de madera, reuniéndose después con el policía.

—Temo que esto sea... no diré *ilegal*, porque una persona de mi posición no puede hacer nada ilegal, pero si algo insólito.

Mientras hablaba en voz baja y en tono de disculpa, introducía en la cerradura los hierrecitos y los daba vueltas para ambos lados. Al poco rato se oyó un ligero ruido, y míster Reeder abrió la puerta.

—Tendrá usted que prestarme su lámpara... Gracias.

Cogió la linterna que Dyer le ofrecía; iluminó el *hall*. No había nadie. Pasó el foco de luz por las escaleras que de allí arrancaban y escuchó. Como no oía nada, dio unos pasos sin hacer ruido.

El pasillo pasaba por debajo de la escalera y terminaba en una puerta que parecía dar a las habitaciones de los criados. Con gran sorpresa del policía, Mr. Reeder se dirigió a ella. Dio vueltas al pestillo, pero como no se abría, miró por la cerradura.

—Debe haber alguien... arriba —dijo Dyer con cierto temor respetuoso.

—Alguien arriba —repitió el detective, pensando en otra cosa—. Ya sé que oyó usted no sé qué.

Volvió al pie de las escaleras y levantó la vista. Luego iluminó el suelo del *hall*.

—No hay serrín —se dijo para sí—, de modo que no puede ser eso.

—¿Subimos, señor? —preguntó el policía, y ya había puesto el pie en el primer escalón cuando Mr. Reeder, con una fuerza que nadie habría podido sospechar en un hombre de su aspecto, le echó hacia atrás.

—No se impaciente —repuso con firmeza. Si la señora estuviese arriba habría oído nuestras voces. Pero es que no está.

—¿Entonces cree usted que habrá ido a la cocina? —exclamó el policía, perplejo. Míster Reeder movió la cabeza tristemente.

—¡Qué pocas mujeres de hoy día!, ¡ay!, ¡pasan el tiempo en la cocina! —dijo, haciendo un gesto que, dado su laconismo, era difícil de averiguar si se trataba de una protesta contra esta pérdida de virtudes domésticas femeninas o alguna otra cosa.

Luego iluminó con la linterna la puerta.

—Ya me lo suponía —exclamó con voz tranquila—. Hay dos bastones en el perchero del vestíbulo. ¿Quiere usted ir por uno de ellos?

El policía obedeció, sorprendido, y volvió con un bastón de cerezo, de puño encorvado. Míster Reeder lo examinó a la luz de su lámpara.

—Está lleno de polvo: por lo visto, pertenecía al anterior dueño de la casa. Esta punta del final en lugar de la contera demuestra que se compró en Suiza. Ahora que, como a usted quizá no le interesen las novelas policíacas, no sabrá a quién estoy imitando en este momento.

—No, señor —repuso el otro, asombrado.

Míster Reeder volvió a examinar el bastón.

—Es lástima que no tengamos una caña de pescar —dijo—. Haga usted el favor de aguardar aquí, sin moverse.

Y entonces, a gatas, comenzó a subir la escalera, manejando el bastón de modo rarísimo. Lo llevaba levantado, con el brazo extendido y haciendo como si golpeará obstáculos imaginarios. Conforme ascendía se reflejaba su silueta a la luz de la linterna, que sostenía con la otra mano, mientras Dyer le contemplaba con la boca abierta.

—No cree usted que sería mejor...

Cuando estaba diciendo esto el policía sobrevino el cataclismo. Una violenta explosión le hizo caer al suelo; el aire se llenó de nubes de humo y polvo y luego se difundió por la estancia el olor a madera quemada. Estupefacto, Dyer se levantó para ver a míster Reeder, que, sentado sobre un escalón, se limpiaba la chaqueta.

—Ahora puede usted subir sin ningún inconveniente —dijo el detective con calma.

—¿Qué..., qué ha pasado? —preguntó el otro.

El terror de los criminales estaba quitando el polvo a su sombrero cuidadosamente, aunque Dyer no podía verlo.

—Venga usted.

El policía subió y siguió a Reeder por el pasillo de arriba hasta que éste se detuvo enfocando con su linterna una escopeta de aspecto singular y que parecía haber sido construida caseramente. Estaba pegada a la barandilla, apuntando a la escalera por donde los dos hombres habían subido.

—Han tendido un hilo negro, invisible —dijo Mr. Reeder hablando tranquilamente—, de tal manera que el que lo rompiese tenía necesariamente que disparar el fusil.

—Pero... ¿y la señora?

El detective tosió.

—No debe estar en la casa —repuso amablemente—. Me parece que se marchó por la parte de atrás, donde hay una puertecilla, ¿verdad? Y ahora creo que se encontrará muy lejos de aquí. Me ha sido simpática, y siento que esto haya ocurrido demasiado tarde para que salga en los periódicos de la mañana, y tardará en saber que aún estoy vivo.

El policía respiró profundamente.

—Tendré que dar cuenta de todo esto.

—Claro —repuso Mr. Reeder—. ¿Quiere usted llamar al inspector Simpson y decirle que si viene por aquí me gustaría hablar con él?

Dyer se quedó algo vacilante.

—¿Cree usted que debemos registrar la casa?... Quizá hayan asesinado a esa mujer.

Míster Reeder negó con la cabeza.

—No han matado a nadie —contestó firmemente—. Lo único que han hecho es destruir una de las hipótesis de Mr. Simpson.

—Pero ¿por qué salió la otra?...

Reeder dio un golpecito en el hombro de Dyer como una madre a un hijo que pregunta alguna tontería.

—Esa señora se ha pasado media hora en la puerta —repuso con voz dulce—, yendo y viniendo y esperando, aunque en vano, que yo diera señales de vida. Pero yo la estaba vigilando desde una habitación que no era precisamente..., ¡hum!..., aquella que estaba iluminada. Y no me asomé porque aún no he perdido las ganas de vivir.

Y después de esto, Mr. Reeder se entró en su casa.

CAPÍTULO V

Míster Reeder, sentado cómodamente, llevando unas zapatillas de terciopelo malísimamente pintadas y un cigarrillo en los labios, explicaba al inspector a quien había llamado tan temprano las razones que tenía para fundamentar su opinión sobre aquel asunto.

—Estoy seguro de que no ha sido mi amigo Ravini. No ha sido capaz de planear esto porque carece de sutileza, y, sobre todo, de inteligencia. El golpe ha sido proyectado hace algunos meses, aunque no se haya ejecutado hasta ahora. El número 307 de Bennet Street pertenece a un señor anciano que vive casi siempre en Italia. Suele alquilar la casa con los muebles cada año, y en esta ocasión sólo llevaba desocupada un mes.

—Cree usted, entonces —dijo Simpson, sin ver claro— que los que la alquilaron...

Reeder hizo un gesto con la cabeza.

—No se trata de eso —contestó—. Los autores de esto habrán hecho probablemente que el administrador no se entere de nada, y debían saber que yo, anoche, tenía que estar en casa, porque no salgo desde que... ¡hum!... —el detective tosió para disimular—, desde que una amiga mía se marchó de Londres, porque no me gusta salir solo.

El rubor invadió las mejillas de Mr. Reeder.

—Hace algún tiempo —prosiguió éste, intentando en vano aparecer indiferente—, cenaba fuera e iba a los conciertos o a uno de esos melodramas que me gustan tanto.

—¿Pero de quién sospecha usted? —preguntó el inspector, interrumpiéndole, porque a él no le habían hecho levantar de la cama para discutir de teatro—, ¿de los Gregorys o de los Donovans? —añadió, refiriéndose a dos bandas que tenían poderosas razones para odiar a Mr. Reeder.

Este negó con la cabeza.

—De ninguno —repuso—. Creo, mejor dicho, estoy seguro de que esto se debe a algún veterano.

Simpson abrió los ojos.

—¿No hablará usted de Flack? —preguntó incrédulamente—. Debe estar escondido y no querrá hacerse ver tan pronto.

Reeder asintió.

—De John Flack hablo. ¿Quién, si no él, hubiera sido capaz de planear esto? Es el único artista. Y oiga usted, Mr. Simpson —añadió, llamando la atención del inspector con un golpecito—, desde que Flack se fue a Broadmoor no han tenido ustedes ningún robo de importancia. ¡Dentro de una semana lo habrá! ¡Será un golpe

maestro! ¡Estoy seguro de que su cerebro enfermo lo está proyectando en estos momentos!

—Flack ya se ha acabado —repuso Simpson, frunciendo las cejas.

Míster Reeder sonrió.

—Lo veremos. Lo de hoy no ha sido más que un disparo, una cosa sin importancia. Pero me alegro de no haber cenado fuera todos estos días. Por otra parte, nuestro amigo Jorge Ravini nunca come en casa: ¿quiere usted llamar al puesto de Policía de Vine Street para saber si ha pasado algo allí?

Vine Street, donde se sabía el paradero de muchos criminales, contestó inmediatamente que Jorge Ravini había salido de la ciudad: se creía que estaba en París.

—¡Vaya! —dijo entonces Mr. Reeder—. Ha hecho muy bien, y haría aún mejor quedándose allí para siempre.

El inspector Simpson se levantó.

—Tendré que ir a Scotland Yard a dar parte de esto —dijo—. Pero no creo que haya sido Flack. No puede hacer nada sin su banda, y como casi todos los que le seguían se han dispersado, y han ido muchos a la Argentina...

—¡Ja, ja, ja!

Míster Reeder se echó a reír sin saber por qué.

—¿De qué diablos se ríe usted?

El otro se excusó inmediatamente:

—Fue lo que pudiéramos llamar una risa escéptica. ¡A la Argentina! ¿Pero se van los criminales a la Argentina como no sea en esas novelas que se leen en el tren? Eso de la Argentina, Mr. Simpson, es una leyenda que se remonta a los tiempos que no había tratado de extradición con ese país. Yo, por mi parte, sueño con cogerlos a todos en la misma casa. Será un día feliz para mi cuando pase por el corredor de la cárcel y los vea cosiendo cualquier cosa: no hay ningún sedante mejor que la aguja. Mientras tanto, que vigilen bien todos los Bancos, porque el viejo John tiene setenta años y no puede perder tiempo. ¡No pasará mucho sin que se hable de él en Londres! Y, por cierto, ¿dónde podría encontrar yo a Ravini?

* * *

Jorge Ravini no era un hombre que se preocupara de la opinión que los demás podían tener de él, porque de lo contrario habría sido desgraciado toda su vida. Y él, precisamente, estaba hablando de Mr. Reeder, con un vaso de vino delante y un buen cigarro en los labios, en su piso de Half Moon Street. La casa estaba puesta magníficamente, porque el lema de Ravini era todo de lo mejor y lo que más pudiera ser, de modo que su gabinete parecía uno de esos relojes franceses que están cargados de adornos: esmaltes y colorados al lado de sedas y damascos. En aquella ocasión, Mr. Ravini estaba conversando con su ayudante, un tal Lew Steyne.

—Si ese viejo charlatán supiera la mitad de lo que a primera vista parece —dijo —, tendría que marcharme en el primer tren a Bordighera. Pero es un farolero. Listo hasta cierto punto, pero siempre sigue el mismo sistema.

—Usted podría enseñarle muchas cosas —contestó Lew, adulando a su jefe. Este sonrió, alisándose su bien cuidado bigote.

—No me sorprendería que estuviera enamorado de la chica. Mayo y diciembre, ¡que contradicción!

—¿Qué tal es ella? —preguntó Lew—. Nunca la he visto despacio.

Ravini se llevó los dedos a la boca y envió un beso hacia el techo.

—Sin embargo, Reeder no me asusta, porque ya me conoces, Lew: si yo quiero algo, voy detrás hasta que lo consigo. No he visto a ninguna muchacha como ella. No sé lo que habrá podido encontrar en ese idiota de Reeder.

—Las mujeres son muy raras —murmuró Lew—; pero, de todos modos, no creo que una mecanógrafa desprecie a un hombre como usted.

—No me ha despreciado —repuso inmediatamente Ravini—. Es que no la conozco. Pero ya me haré amigo suyo. ¿Dónde me has dicho que está?

—En Siltbury —contestó Lew.

Luego sacó un trozo de papel del bolsillo del chaleco, lo desdobló y leyó lo que había escrito:

—Larmes Keep, Siltbury. Hay que tomar el surexpreso; la seguí cuando se marchó de Londres, y por cierto que el viejo Reeder fue a despedirla y parecía bastante apenado.

—En una casa de huéspedes —murmuró Ravini—. ¡Vaya un empleo!

—Es la secretaria —exclamó Lew. (Le había dado ya todos estos detalles lo menos cuatro veces; pero Mr. Ravini era uno de esos hombres a quienes gusta oír las mismas cosas continuamente.)

—Es un sitio raro —añadió Lew—. No se parece en nada a las demás casas de huéspedes; sólo van allí los millonarios. Cuesta la habitación veinte guineas al mes, y aún hay que dar las gracias si le admiten a uno.

Ravini se quedó pensativo, acariciándose la barbilla.

—Estamos en un país libre —dijo—. ¿Quién me va a prohibir ir a...?, ¿cómo se llama?... ¿a Larmes Keep? Ninguna mujer me ha dicho que no en mi vida, y las que lo dicen, piensan otra cosa por dentro. De todos modos, esa muchacha tendrá que darme alojamiento si yo lo pago.

—¿Y si escribe a Reeder? —preguntó Lew.

—¡Que escriba! —contestó Ravini con tono de desafío, aunque su estado de ánimo quizá fuese otro—. ¿Qué podría hacerme? No es un crimen alojarse en una casa de huéspedes, creo yo.

—Regale usted a la chica una de esas sortijas de la suerte —dijo Lew.

Ravini se quedó mirando embelesado sus anillos.

—De ninguna manera —repuso—, no quiero privarme de mis amuletos. Pero no te preocupes: en cuanto trabé conocimiento con ella me hará caso.

Por una coincidencia, cuando a la mañana siguiente doblaba la esquina de Half Moon Street se encontró con el hombre a quien menos quería ver precisamente. Por fortuna, Lew había llevado su maleta a la estación, y su aspecto no revelaba que salía de Londres por asuntos amorosos.

Míster Reeder se quedó mirando los diamantes del italiano, que brillaban a la luz del sol. Aquellas piedras parecían ejercer una extraña fascinación sobre el detective.

—Sigue usted con su buena suerte, Jorge —dijo. El otro sonrió, satisfecho—. ¿A dónde va usted con tan buen tiempo? ¿A llevar al Banco dinero mal adquirido o a que le visen el pasaporte?

—Estoy dando vueltas —contestó el italiano, enfadado—. Un paseo higiénico. —Y luego añadió con cierto retintín—: ¿Qué se ha hecho del detective que decía usted que iba a seguirme? No le he visto.

Míster Reeder volvió la cabeza.

—Pues no se ha alejado nunca de usted —repuso amablemente—. Anoche le siguió desde el Flotsam a la reunión de Maida Vale, y luego fue detrás de usted hasta su casa, a eso de las dos y cuarto de la mañana.

Jorge se quedó con la boca abierta.

—Dice usted que... —Entonces miró a su alrededor. La única persona que había allí, además de ellos, era un señor de aspecto inofensivo y que parecía médico por su levita y su sombrero de copa.

—¿Ese tipo quizás...? —preguntó Ravini, frunciendo las cejas.

—Se dice *quizá* —corrigió Mr. Reeder—. Aún no habla usted correctamente.

Ravini no se marchó en seguida de Londres. Hasta las dos no logró deshacerse de su guardián, y cinco minutos más tarde subió al surexpreso. El mismo cochero que había llevado a Margarita Belman a Larmes Keep le condujo, remontando la colina, a la larga verja que rodeaba la fachada de la casa, deteniéndose delante del umbral. Un portero majestuoso, con un uniforme elegante y cuidado, salió a recibir al forastero.

—¿Señor...?

—Ravini —replicó el otro—. No he mandado reservar habitación.

El portero hizo un movimiento con la cabeza.

—Me temo que no encuentre usted alojamiento —dijo—. Mr. Daver no suele recibir huéspedes sin haber sido éstos admitidos anteriormente. Veré a la secretaria.

Ravini le siguió hasta el amplio *hall*, y allí se sentó en una cómoda silla. Aquella casa, según pensó, no tenía nada de común con las restantes casas de huéspedes. Era demasiado lujosa aun para hotel. Ravini pasó allí un rato sin ver a nadie, cuando oyó que alguien se acercaba, y al levantarse se encontró con Margarita Belman, que le miraba. Aunque ya habían discutido antes, ella hizo como que no le conocía. En aquellos momentos, Ravini no era más que un forastero.

—El dueño tiene por norma no aceptar ningún huésped a quien no haya escrito con anterioridad —dijo—. Por tanto, creo que no podrá usted detenerse aquí.

—El dueño me ha escrito —repuso Ravini, sin cuidarse de mentira más o menos—. Vaya usted a hablar con él, señorita.

Margarita vaciló. Sentía impulsos de hacer que llevaran la maleta de Ravini de nuevo al coche; pero comprendió que ella formaba parte del régimen de la casa y que no podía faltar a sus obligaciones por prejuicios particulares.

—Haga usted el favor de aguardar —contestó, para ir en busca de Mr. Daver.

El gran criminalista estaba con la cabeza metida dentro de un libro enorme, y al entrar la secretaria se quedó mirándola por encima de sus lentes.

—¿Ravini? ¿Un extranjero? Sí, debe ser extranjero. Pues, aunque no sea ésta mi costumbre, que se quede aquí.

—No es un hombre que convenga a usted, míster Daver —contestó la otra con firmeza—. Un amigo mío, que le conoce, dice que se trata de un criminal.

Míster Daver levantó las cejas.

—¡Un criminal! ¡Qué ocasión más magnífica para conocerlo de cerca, como quien dice! ¿No le parece a usted? Ya veo que sí. Que se quede, y si acaso nos molesta le echaremos.

Margarita se marchó algo intranquila y comprendiendo que sería una tontería decir la verdad. Encontró a Ravini, que seguía aguardando y acariciándose el bigote con menos aplomo del que tenía a su llegada.

—Míster Daver dice que puede usted quedarse. Ahora le enviaré al ama de llaves —añadió, y fue en busca de la señora Burton para darle las necesarias instrucciones.

Estaba enfadada consigo misma por no haber sido más explícita con Mr. Daver. Debía haberle dicho que si Ravini se quedaba, ella tenía que marcharse, y no hubiera tenido nada de particular que explicase por qué. Sin embargo, y afortunadamente, no era necesario que hablase con los huéspedes a menos que ellos la llamasen, y Ravini era demasiado prudente para aprovecharse de este privilegio.

Cuando por la noche se fue a la cama, Margarita escribió una carta a Mr. Reeder; pero luego, pensándolo mejor, la rompió. No podía acudir al detective a la más pequeña contrariedad que surgiese. Ya se había preocupado él bastante por ella, opinó con razón. Y mientras, Mr. Reeder examinaba con gran curiosidad el fusil con que habían intentado matarle.

CAPITULO VI

Haciendo justicia a Ravini, hemos de decir que no hizo ninguna tentativa para acercarse a la muchacha, si bien Margarita le vio alguna vez, aunque a distancia. Se había cruzado con ella en la pradera al segundo día de su llegada; pero se limitó a sonreír, inclinando la cabeza, porque, en efecto, parecía haber encontrado otro entretenimiento en Olga Crewe, de la que apenas si se separaba. Margarita les vio una tarde en el parapeto del acantilado, y Jorge Ravini parecía muy satisfecho. Estaba enseñando sus famosas sortijas de la buena suerte a Olga, y ésta, por lo visto, hizo alguna observación que provocó la risa del otro.

Al día siguiente fue cuando habló a Margarita. Se encontraron en el *hall*, y ella hubiera pasado de largo si él no la hubiese detenido.

—Quiero que seamos buenos amigos, señorita Belman —dijo—. No pienso molestarla, y, además, le pido perdón por lo pasado. ¿Qué más podría hacer un caballero?

—No necesita usted disculparse —contestó ella, más tranquila por el tono del italiano—. Y qué, ya que, por lo visto, he encontrado usted diversión, ¿le gusta este sitio?

—Es maravilloso —dijo el otro, que era muy aficionado a lo hiperbólico—. Y diga usted, miss Belman, ¿quién es esa muchacha que vive aquí, Olga Crewe?

—Un huésped como otro cualquiera; no la conozco.

—¡Es divina! —exclamó entusiasmado. Margarita estaba muy divertida.

—Y señora de los pies a la cabeza —prosiguió él—. Yo las conozco por las manos. Son diferentes a las de las que están en almacenes o a las mecanógrafas. No me refiero a usted —añadió inmediatamente—; usted también en una señora. Yo pensaba mandar por mi «Rolls» para dar un paseo con ella por el campo. ¿No se enfadará usted?

Margarita no sabía si enfadarse o echarse a reír. Hasta que optó por esto último, y sonriendo volvió de nuevo a su despacho.

Poco después de esto, Ravini desapareció, lo mismo que Olga. Miss Belman les vio entrar en el *hall* a eso de las once; la muchacha estaba más pálida que de costumbre, sin decir una palabra subió corriendo por las escaleras. Él iba encarnado y con los ojos muy brillantes.

—Me marchó a la ciudad mañana —dijo—. En el primer tren...; pero no tiene usted necesidad de pedir el coche: iré andando a la estación.

Hablaba casi incoherentemente.

—¿Se ha cansado usted ya de Larmes Keep?

—¿Eh? ¿Cansado? ¡No, por Dios! ¡Si me gusta mucho este sitio!

Se alisó el cabello, y al hacerlo, la joven notó que sus manos temblaban por el brillo intermitente de las sortijas. Margarita aguardó a que el italiano se marchara, y

luego subió por la escalera y llamó a la puerta de la habitación de Olga. Estaba al lado de la suya.

—¿Quién es? —preguntó una voz.

—Miss Belman.

Por dentro dieron vuelta a la llave, y la puerta se abrió. Sólo había una luz encendida en todo el cuarto, de modo que la cara de Olga estaba en la sombra.

—¿Qué quiere usted? —dijo.

—¿Podría entrar? —preguntó Margarita—. Tengo que decirle a usted algo.

Olga vaciló. Luego dijo:

—Pase. He estado llorando; pero creo que eso no le importará a usted.

Tenía los ojos encarnados y se veían huellas de llanto en su rostro.

—Esta maldita casa me entristece enormemente —exclamó, como excusándose y mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo—. ¿Para qué me quería usted ver?

—Para hablarle de Mr. Ravini. ¿Sabe usted que es un... ladrón?

Olga miró a la otra fijamente.

—A mí me tiene sin cuidado Mr. Ravini —repuso con calma—. ¿Por qué me dice usted eso?

Margarita no sabía qué hacer.

—Pues... creí que era usted amiga suya... Ha sido una impertinencia mía...

—Por supuesto —dijo Olga Crewe fríamente. La otra se puso encarnada.

Al irse a su cuarto por la noche estaba indignada consigo misma, y la indignación es enemiga del sueño y, además, muy difícil de disipar. Dio muchas vueltas en la cama tratando de olvidar hasta la existencia de Olga Crewe y Jorge Ravini; hizo imposibles por dormirse, y ya lo conseguía cuando...

Se incorporó en la cama, una mano se deslizaba por la parte exterior de la puerta, pero sin arañarla ni dar golpes. Margarita encendió la luz, y saltando del lecho fue hacia el umbral y escuchó. En el pasillo había alguien. Entonces, cogiendo el pestillo, dijo:

—¿Quién está ahí?

—¡Déjeme entrar! ¡Déjeme entrar!...

Aquello era un murmullo ahogado, pero ella reconoció la voz. ¡Era de Ravini!

—No puedo dejarle entrar. Váyase o telefonearé...

Entonces oyó un ruido extraño... el llanto de un hombre. Y después los gemidos cesaron. La joven, tratando de contener los fuertes latidos de su corazón, aguardó al lado de la puerta, aplicando el oído a la madera, pero no oyó nada. Se pasó el resto de la noche sentada en la cama, con un chal por encima de los hombros, y escuchando, escuchando...

Amaneció un día gris; cuando salía el sol se quedó dormida. La doncella que la llevaba el té todas las mañanas fue quien la despertó, y al hacerlo, Margarita se tiró de la cama para abrir la puerta. Algo había que la llamaba la atención.

—Va a ser un día muy hermoso —dijo alegremente la criada, que era una aldeana de cara colorada.

Margarita asintió. Tan pronto como se hubo ido la doncella salió de nuevo a la puerta para examinar detenidamente lo que antes la había sorprendido. Era un trozo de tela triangular que se rompió, sin duda, al ser cogido en una de las rendijas de la vieja puerta de roble; un triángulo de seda rosa que ella, pensativamente, dejó encima del tocador. Aquello tenía que acabarse. Si Ravini no se iba por la mañana o Air Daver no le decía que se fuera, ella se marcharía a Londres en el tren de la noche.

Cuando salía de su cuarto encontró a la doncella.

—El huésped del número 7 se ha marchado, señorita —dijo ésta—; pero se ha dejado aquí el pijama.

—¡Que se ha ido ya!

—Se debió de marchar anoche. Por lo menos, en su cama no ha dormido.

Margarita siguió a la otra por el pasillo hasta llegar al cuarto de Ravini. La maleta había desaparecido; pero sobre la almohada, y cuidadosamente doblado, se veía un pijama de seda roja. Acercándose a él, Margarita vio que en la parte correspondiente al pecho faltaba un pedazo. ¡Un pedazo de forma triangular!

CAPITULO VII

Cuando el viejo loco Flack se tiró a media noche desde el elevado muro del manicomio, y sin detenerse más que para secarse la sangre de sus manos — porque había matado a un vigilante que encontró en su huida—, tomó el camino de Londres buscando el pequeño automóvil que debía andar por allí cerca, Complicó en gran manera la existencia de muchos seres, y a tres por lo menos les hizo que pasaran al libro del Destino.

La Policía no suele olvidarse de la Prensa para lograr sus fines. Pero la fuga de un loco asesino de Broadmoor no debe publicarse inmediatamente. Varias veces se había pedido la ayuda pública para la captura de Flack. Habían circulado su descripción y sus señas personales, pero sin resultado alguno.

Hubo una conferencia en Scotland Yard, a la que Mr. Reeder asistió; y él otro y otros cuatro, alrededor de la mesa del superintendente, hablaron de lingotes de oro y de los *sabuesos*, con cuya palabra se designa al imprescindible espía.

El viejo John cayó traicionado por una persona ajena a la Policía. Ravini, uno de los jefes de banda más principales, era el encargado de *cubrir* un robo en el Banco Leadenhall. Esta era precisamente la especialidad de John Flack, especialidad que tampoco carecía de interés para Ravini.

El robo se llevó a cabo; un domingo por la mañana, dos automóviles salieron del patio del Banco Leadenhall. Al lado de cada conductor iba un hombre con el uniforme de policía y ambos coches llevaban dentro un oficial. Un agente les vio salir, pero no les detuvo al notar la presencia de sus compañeros. Aquello no era una cosa insólita; ya se habían hecho antes transportes de oro o valores los domingos por la mañana, si bien se había dado parte a las autoridades. El policía llamó por teléfono a la estación de Old Jewry, pero ya Flack se había puesto a salvo.

Fue Ravini, descontento, según se creyó, de la parte que le había tocado en el botín, el que descubrió al viejo; pero del dinero no se volvió a saber nada más.

Se hicieron pesquisas por toda Inglaterra para encontrar la guarida de John Flack; todo fue inútil. No había hotel ni casa de huéspedes donde no se hubiese recibido su retrato, ni persona que no le conociera, aunque se disfrazase.

Las indagaciones practicadas después de detenerle dieron también poco resultado. Se averiguó, sí, dónde se alojaba: en una habitación amueblada de Bloomsbury, donde vivía, aunque con raros intervalos, desde hacía años; pero no se descubrió documento alguno que revelara la situación del cuartel general de la banda. Probablemente no lo tenía, sino que se determinaba provisionalmente, aunque no se podía negar que el viejo se valía de una especie de estado mayor que le ayudaba.

—De todos modos —dijo Big Bill Gordon, el jefe de los Cinco—, no se ocupará ahora de más robos; debe estar pensando probablemente en la manera de salir del país.

Míster Reeder negó con la cabeza.

—La naturaleza de los criminales puede cambiar; pero su soberbia persiste —contestó con su estilo grandilocuente—. Mr. Flack no se enorgullece de sus asesinatos, sino de sus robos, y celebrará su vuelta a la libertad del modo que mejor le plazca.

—Pero si la banda se ha dispersado... —comenzó a decir Simpson.

J. G. Reeder le interrumpió, sonriendo dulcemente:

—Es indudable, Mr. Simpson, que sus hombres se han concentrado de nuevo. Es una palabra, ¡hum!, impropia, pero no encuentro otra mejor. La fuga de Mr. Flack del establecimiento donde estaba recluido demuestra que ha tenido que contar con alguien. La cuerda, el cuchillo con que asesinó al desgraciado vigilante, las herramientas de que tuvo que valerse, la certeza que hay de que un automóvil le estaba aguardando, todo demuestra que su banda ha cooperado a la evasión. Y Mr. Flack...

—¡No le llame usted, por Dios, Mr. Flack! —dijo Big Bill, irritado.

J. G. Reeder hizo un guiño.

—Siento un gran respeto por la edad —repuso en voz baja—, y mayor aún por los muertos. Dentro del mes que viene espero que míster Flack me merezca más respeto que actualmente.

—¿Pero quiénes pueden haberle ayudado? —interrumpió Simpson—. Sus antiguos compañeros o están en la cárcel o se han marchado de Inglaterra. Ya sé que usted, míster Reeder, piensa en lo de anoche. Yo también he reflexionado acerca de ello y mi opinión es que la emboscada de ayer no era obra de Flack, sino de gente de otra banda. ¿No sabe usted que Donovan ha salido de Dartmoor? Y no es precisamente amigo suyo.

Míster Reeder levantó la mano, como protestando.

—Por el contrario. Joe Donovan, a quien vi por la mañana temprano, estuvo muy cariñoso y me dijo que sentía todas las cosas desagradables con que me había amenazado delante del Tribunal. Vive en Kilburn, y ayer por la tarde estuvo en el *cine* con su mujer y su hija. No, no fue él. Es un hombre sin imaginación. Sólo John Flack, con su genio, es el que ha podido planear esta comedia, que ha estado a punto de convertirse en drama.

—¿Estuvieron a punto de asesinarle, no, Reeder? —dijo Big Bill.

Míster Reeder hizo un movimiento con la cabeza.

—Ahora no pensaba en eso. Yo quería, antes de subir por la escalera, forzar la puerta de la cocina. Si lo hubiese hecho habría cogido probablemente a Mr. Flack y se habrían acabado todas nuestras preocupaciones.

Míster Simpson examinaba unos papeles que había encima de su mesa.

—Si Flack quiere hacer algún robo de los suyos va a tener que emplearse a fondo. El único traslado importante es el de ciento veinte mil soberanos, que saldrán del

Banco de Inglaterra para Tilbury mañana por la mañana, o pasado, y es imposible que John organice un robo en tan poco tiempo.

Al oír aquello, Mr. Reeder escuchó atentamente.

—Ciento veinte mil soberanos —murmuró luego, acariciándose la barbilla—, o sea diez toneladas. ¿Va el dinero por tren?

—En un carro, y con diez hombres armados: uno por tonelada —dijo Simpson irónicamente—. Pero no necesita usted preocuparse por eso.

Míster J. G. Reeder juntó los labios como si fuese a silbar, pero no lo hizo. Por el contrario, exclamó:

—Flack era antes un químico. Yo creo que no hay criminal que sepa más de esa materia en Inglaterra que él.

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó Simpson, frunciendo las cejas.

Reeder se encogió de hombros.

—Yo tengo un sexto sentido —dijo, como si se estuviera disculpando de algo—, y siempre que pienso en cualquier hombre o, ¡hum!, mujer, me represento alguna de las propiedades de estos seres. Por ejemplo, Mr. Simpson, en cuanto le veo me acuerdo instintivamente del *ring* de boxeo, donde tuve el gusto de verle por vez primera. —(Simpson, que había sido un peso *welter amateur*, hizo un gesto)—. Y por eso no puedo imaginarme a Flack sino en un laboratorio, rodeado de tubos de ensayo y demás adminículos de la química experimental. En cuanto a lo de anoche, yo ya sospechaba que se trataba de una emboscada, aunque no pude adivinar en qué consistiría. Cierta persona quiso también en una ocasión desembarazarse de mí de algún modo diabólico, y serró el piso de una casa para que me cayera sobre unas púas afiladas. En cuanto entré ayer en el piso busqué el serrín o el polvo de la madera, y como no vi nada de eso comprendí de qué se trataba.

—¿Pero cómo sabía usted que tenía que haber algo? —preguntó con curiosidad Big Bill.

Míster Reeder sonrió.

—Yo he nacido para criminal —repuso.

El detective volvió a su casa de Bennet Street pensando a la vez en Margarita Belman, que se hallaba a salvo en Sussex, y en si podía un carruaje vulgar conducir ciento veinte mil soberanos. Estos detalles insignificantes interesaban siempre a Mr. Reeder. Lo primero que hizo al llegar a su casa fue enterarse por teléfono de si aún seguían en uso estos vehículos para tales menesteres. Sabía que si la banda de Flack quería apoderarse del dinero era preciso que fuese conducido en un solo carro; pero no podía decir por qué sabía esto. Es que realmente había nacido para criminal.

Por la tarde se dedicó a una tarea para él nueva y no desagradable. Escribió una carta a Margarita Belman, y era la primera vez que lo hacía en su vida.

«Mi querida miss Margarita —comenzaba—: Espero que no se enfade usted porque yo la escriba; pero como en nuestra despedida ocurrieron algunos incidentes

que quizá (digo esto sabiendo la bondad de usted) le desagraden, escribo esta carta...».

Aquí se detuvo Mr. Reeder buscando un medio de expresar su pena por no poderla ver, sin revelar al mismo tiempo sus pensamientos más íntimos. Y cuando a las cinco le llevó el té el criado, aún seguía delante de la carta sin saber cómo concluir. Entonces cogió la taza, la llevó a la mesa y miró hacia el fondo, como buscando la inspiración.

Inmediatamente vio sobre la superficie del líquido una delgada capa de espuma que tenía un color como de acero. Mojó el dedo en aquella capa y se lo llevó a la lengua.

—¡Hum! —dijo luego, tocando el timbre.

El criado acudió en seguida.

—¿Desea usted algo, señor? —preguntó respetuosamente e inclinando la cabeza. Al principio, Reeder no contestó.

—¡Esta leche! —exclamó al fin.

—¿La leche? —dijo el criado, sorprendido. La leche es fresca, señor: la trajeron esta misma tarde.

—¿No la cogió usted de manos del lechero, verdad? Estaba la botella delante de la puerta.

El criado asintió.

—Sí, señor.

—Está bien —prosiguió Mr. Reeder con calma—. En lo sucesivo recogerá usted la leche de las mismas manos del que la traiga. ¿No la ha probado usted?

—No, señor. Tomé el té, pero me gusta sin leche —repuso el otro. Reeder le dedicó una de sus raras sonrisas.

—Por eso, Petera —dijo—, está usted aún vivo y sano. Tráigame lo que quede de líquido y otra taza de té, pero sin leche, por supuesto.

—¿No le gusta a usted, señor? —preguntó el criado, sorprendido.

—Sí —contestó Reeder amablemente—; pero prefiero que no tenga estricnina. Me parece, Peters, que vamos a pasar una semana muy divertida. ¿Tiene usted familiares?

—Mi madre, ya anciana —dijo Peters, sin salir de su asombro.

—¿Está usted asegurado? —preguntó el detective. El otro se limitó a inclinar la cabeza sin contestar.

—Me lleva usted esa ventaja —exclamó Reeder—. Sí, creo que vamos a pasar una semana muy divertida.

Y aquella predicción no tardó en realizarse.

CAPITULO VIII

Londres supo la noticia de la fuga de John Flack con indignación o miedo, según el carácter de sus habitantes. En el seno de la población se escondía un asesino, autor, además, de los robos más audaces y sensacionales. No era una nueva muy agradable para los ciudadanos pacíficos. Y la evasión había tenido lugar una semana antes: ¿por qué no la había dado a la publicidad ya Scotland Yard? ¿Por qué omitir una información de tanto interés? ¿Quién tenía la culpa de aquel silencio? En las columnas de los periódicos se insertaban todas estas preguntas en grandes titulares. El atentado de Bennet Street llegó a ser del dominio público, y míster Reeder, con gran asombro suyo, se encontró convertido en un asunto de interés general.

Reeder solía pasarse las horas sentado en su despacho de la oficina de Investigación Pública, haciendo girar sus pulgares y mirando con desconsuelo las hojas en blanco de su cuaderno de notas.

En aquellas meditaciones, nadie, ni los que le interrumpían a riesgo de que él les mirase airadamente, podían decir si pensaba en el modo de adquirir una fortuna fabulosa y en cómo dispondría de ella, o en alguna muchacha bella y joven, o en nada realmente determinado.

Pero a la sazón reflexionaba acerca del más antiguo y al mismo tiempo más reciente de sus enemigos.

Al principio, los miembros de la banda de Flack eran tres: John, Jorge y Augusto, y comenzaron sus operaciones en aquella época en que se consideraba científico y maravilloso quemar la cerradura de una caja de caudales.

Augusto Flack fue muerto por el vigilante nocturno del Banco Carr, de Lombrad Street, en ocasión en que aquél trataba de hacer una visita a sus arcas; Jorge Flack, el más joven de los tres hermanos, fue condenado a trabajos forzados por diez años a consecuencia de un robo en Bond Street, y murió en la prisión; sólo John Flack, el loco, el cabeza de familia, se libró de ser descubierto y detenido.

Él fue el que alistó entre sus filas a un tal O. Sweizer, bandido yanqui, y a Adolfo Victoire, y éstos, a su vez, consiguieron nuevos adeptos. Porque precisamente ésta era la habilidad de John: captarse la ayuda de los bandidos más inteligentes del hampa. Y aunque los hombres de Flack habían muerto o sido encarcelados, casi todos, la banda era más fuerte que nunca, porque aún seguía trabajando su cerebro director.

Así estaba el asunto cuando J. G. Reeder se encargó de él, no tanto porque la Policía oficial hubiese fracasado como porque el superintendente comprendió que aquella tarea exigía que un hombre dedicara, todos sus esfuerzos a ella.

Acabar con los personajes secundarios de la banda era una cosa relativamente fácil.

Reeder cogió a O. Sweizer, el robusto bandido, medio suizo, medio americano, cuando él y otro compinche desconocido trataban de robar la caja de la oficina de

Telégrafos de Bedford Street un domingo por la mañana. Sweizer quiso luchar, pero Reeder le esposó rápidamente y luego acudió en ayuda de sus compañeros, que estaban apresando a los restantes bandidos.

Victoire fue detenido una noche en el hotel Charlton, cuando comía con Denver May. Al principio no se preocupó, porque la Policía le dijo que le habían acusado de un delito imaginario, y él sabía que no había de costarle trabajo demostrar lo contrario.

—Querido Mr. Reeder —dijo con modo de hablar algo indiferente—, está usted muy equivocado; pero voy a seguirle la broma. Puedo probar que cuando se perpetró el robo de las joyas de Herford Street, yo estaba en Niza.

Esto sucedió cuando ya iba camino del cuartelillo de Policía.

Al registrarle, encontraron encima de él una porción de armas mortíferas; pero Victoire no perdió por eso su buen humor. Sin embargo, toda aquella alegría se desvaneció cuando le acusaron del robo del Banco Lens, del asesinato frustrado del vigilante nocturno y de otras dos o tres cosas más que no hay por qué detallar ahora.

Le llevaron a la cárcel a rastras, porque se resistía, gritando como un energúmeno. Mister Reeder le dio entonces un consejo, que él rechazó violentamente.

—Diga usted que estaba en Niza —le dijo el detective amablemente.

Al poco tiempo, la Policía detuvo a un hombre en Somera Town por el vulgar delito de maltratar a su mujer en público, y cuando le registraron se encontró encima de él un trozo de una carta que fue enviado en seguida a Reeder, y que decía:

«Cualquier noche, a eso de las once, en la Avenida Whitehall. Reeder es un hombre de talla mediana, que representa ya cierta edad; de pelo gris y grandes patillas; lleva siempre un paraguas. Se le recomienda que lleve usted suelas de goma y que le meta dentro del cuerpo un buen trozo de hierro. No le será difícil averiguar quién es. Aproveche las ocasiones...: cincuenta libras a cuenta...; resto, cuando haya usted cumplido el encargo...».

Esta fue la primera noticia que tuvo Reeder de enemistad que por él sentía el misterioso John Flack.

El día en que éste fue enviado a Broadmoor fue de gran satisfacción para el detective. No es que se sintiera feliz ni que se viera libre de preocupaciones: su satisfacción era la misma que podía tener un cuentacorrentista al examinar un balance con superávit, o la de un arquitecto que ve su obra concluida. Aún le quedaban más balances que examinar y más edificios que construir; sólo se diferenciaban unos de otros en la forma y la importancia.

De una cosa estaba seguro Reeder: de que Flack también tenía que pensar en él. No sabía si para que no le sucediera de nuevo lo ya ocurrido o para evitar más inferencias del detective. Y Reeder no se equivocaba fácilmente.

El teléfono, situado en un ángulo de la habitación, llamó entonces. Mr. Reeder cogió el auricular con aire de fastidio. El encargado de la central de la oficina le dijo que llamaban desde Horsham. Reeder cogió una hoja de papel y aguardó a que le

hablaran. Al poco tiempo oyó una voz, e inmediatamente el detective la reconoció, porque era un hombre que no se olvidaba de nada.

—¿Es usted, Reeder?... ¿Sabe quién soy yo?...

La misma voz que le había amenazado en la sala del Tribunal de Old Bailey, la misma risa irónica que se había oído continuamente durante el proceso.

Míster Reeder tocó entonces un timbre y se puso a escribir rápidamente.

—¿Sabe quién soy verdad? ¿Conque creía usted haberse librado ya de mí, eh? ¡Pues no! Escuche, Reeder, puede usted decir a sus colegas que estoy preparando algo sensacional, algo que les va a dejar atónitos. ¿Loco, verdad? Ya veréis si estoy loco o no. Y en cuanto a usted...

Entonces entró en la habitación un recadero. Mr. Reeder le entregó la hoja de papel en que había escrito, dándole a entender con un gesto que era urgente. El otro leyó el papel y salió de la estancia.

—¿Es Mr. Flack? —preguntó Reeder en voz baja.

—Sí, Mr. Flack, hipócrita... ¿Ha recibido ya usted el paquete? Creo que no. Pero si ha llegado ya, ¿qué le parece?

—¿El paquete? —dijo Reeder con voz más suave que nunca; y antes de que el otro pudiera contestar añadió—: Le va a ser muy difícil burlar a la Policía, amigo. Además, que usted no es el viejo Flack... Conozco la voz de éste: tiene un acento de Cockney imposible de imitar, y, por si eso fuera poco, John Flack está ya en la cárcel...

Reeder contaba con el efecto que habían de producir estas frases suyas, y no se equivocó.

—¡Miente usted! —gritó el otro—. Yo soy Flack, Flack, el loco... El loco, ¿eh? Usted fue el que tuvo la culpa de que me encerraran en aquel infierno, y le prometo que no ha de correr mejor suerte que ese otro idiota...

La comunicación cesó de repente, oyéndose un ligero ruido, como si hubiesen colgado el otro auricular. Reeder prestó atento oído, pero sin resultado. Luego volvió a llamar al timbre y entró el mismo de antes.

—Sí, señor; fui a la estación de Policía de Horsham. El inspector ha enviado tres hombres en un *auto* a la oficina de Telégrafos.

Míster Reeder miró hacia el techo.

—Me parece que han llegado tarde —dijo—. Ese respetable bandido ha debido escaparse.

Un cuarto de hora más tarde tuvo la plena certeza de ello. La Policía llegó a su destino cuando ya el pájaro había volado. Los encargados de Telégrafos no recordaban que hubiera ido nadie con aspecto de viejo ni de facineroso. Por tanto, Reeder comprendió que habían llamado desde la cabina de algún otro sitio.

Míster Reeder fue entonces a dar parte de todo a su jefe; pero ni él ni el ayudante estaban en la oficina. Entonces pidió comunicación con Scotland Yard y relató lo sucedido a Simpson.

—Creo que debería usted averiguar por la Policía francesa el paradero de Ravini. Quizá no esté en París.

—¿Dónde cree usted que está entonces? —preguntó Simpson.

—Eso —repuso Reeder en voz baja— es precisamente lo que no sé. No puedo decir que habrá ido al cielo, porque no le admitirán con esas sortijas...

—¿Quiere usted decir que muerto? —preguntó inmediatamente Simpson.

—Es muy posible: mejor dicho, muy probable.

—¿Ha recibido usted ese paquete?

—No, y lo aguardo con el mayor interés —dijo Mr. Reeder, y volvió a su despacho para hacer lo mismo que estaba haciendo antes.

A las tres de la tarde llegó, por fin, el paquete. Mr. Reeder se enteró al volver de su frugal almuerzo, que tomaba siempre en un restaurante de Whitehall. Era un bulto muy pequeño, de unas tres pulgadas de largo, y al examinarlo vio que lo habían echado al Correo en el mismo Londres. Lo pesó cuidadosamente y lo sacudió fuertemente, aunque dado su tamaño era imposible que bajo el papel que lo envolvía hubiese alguna máquina infernal. Reeder cortó la envoltura y encontró una cajita muy parecida a la que suelen emplear los joyeros. Al levantar la tapa vio una capa de algodón, y encima de ella tres anillos de oro, en cada uno de los cuales iban engarzados tres magníficos diamantes. Dejó las joyas encima de su cuaderno y se quedó mirándolas durante largo tiempo.

Eran las sortijas de la suerte de Jorge Ravini. La meditación de Mr. Reeder duró cerca de diez minutos, porque comprendía que aquello significaba que el italiano había muerto, y no necesitaba leer la tarjeta que venía al lado de los anillos para saber quién era el autor de tal asesinato. Las iniciales «J. F.» de dicha tarjeta eran de puño y letra de míster Flack, y las palabras que seguían: «Ahora le toca a usted», sumamente instructivas, aunque no se hubiesen escrito con el propósito de infundir miedo, como lo habían sido en efecto.

Media hora más tarde, Mr. Reeder tuvo una entrevista con Simpson, con el que se había citado en Scotland Yard. Simpson examinó las sortijas con curiosidad, e hizo observar a su colega una manchita oscura que había en una de ellas.

—Es indudable que Ravini ha muerto —dijo—, y lo primero que hay que averiguar es adónde fue cuando dijo que se marchaba a París.

Aquello no era tan difícil como creía Simpson. Se acordó de la amistad que existía entre Lew Steyne y el italiano, y llamando por teléfono a la Policía de la City averiguaron en seguida el paradero de aquél.

—Tráigale en un *taxi* —dijo Simpson colgando el auricular—. Y lo que ahora hemos de preguntarnos es: ¿qué es lo que prefiere John? ¿Un asesinato sensacional o un robo que llame la atención?

—Creo que lo último —contestó Reeder pensativamente—. Para Mr. Flack, el matar a alguien es simplemente un detalle que perfeccione su gran plan de enriquecimiento.

Luego se mordió los labios, como reflexionando.

—Perdone usted si le parezco pesado, pero he de repetir que la especialidad de Flack es el apoderarse de lingotes de oro —prosiguió—. Para eso forzó la caja del *Megantic*. ¡Hum!... —Se acarició la barbilla, mirando a Simpson por encima de los lentes.

El inspector hizo un movimiento de cabeza.

—Ojalá que John quisiera salir de Inglaterra en cualquier barco: pero no será tan tonto como todo eso. Además, este transporte de oro del Banco Leadenhall no volverá a repetirse. Creo que esta vez se quedará con las ganas.

Reeder no parecía muy convencido.

—¿Quiere usted llamar al Banco de Inglaterra para ver si ha salido ya el dinero que iba a Australia? —preguntó.

Simpson copió el teléfono, dio un número y al cabo de un rato le pusieron en comunicación con quien deseaba. Mientras. Reeder seguía sentado sosteniendo con las manos su paraguas y cerrando los ojos como si no le importara aquella conversación. Luego, el inspector colgó el teléfono.

—El dinero debía haber salido esta mañana; pero la salida del *Olanic* se ha aplazado por haberse estropeado una estibadora —dijo—. El oro va a Tilbury en un carro y con escolta. En Tilbury lo meterán en la caja de caudales del buque, que es una de las más fuertes y nuevas de las de su clase; por eso no creo que John empiece a operar allí.

—¿Por qué no? —preguntó el detective con voz dulce y casi sonriendo—. Yo, por el contrario, opino que ese cargamento ha de llamar la atención de Mr. Flack.

—Ojalá fuese usted un buen profeta —dijo Simpson gravemente—. No podría haber nada mejor.

Aún seguían hablando de Flack y de la afición que sentía por los lingotes de oro cuando Lew Steyne llegó, acompañado de un policía. Ningún ladrón, por ducho que sea su oficio, puede entrar en la sombría Scotland Yard sin experimentar cierta inquietud; por eso los esfuerzos de Lew para disimular su turbación eran realmente dignos de lástima.

—¿Qué pasa, Mr. Simpson? —preguntó, como si estuviera ofendido—. No he hecho nada.

Luego se quedó mirando a Reeder, a quien conocía y a quien creía, y no sin fundamento, autor de su detención.

Simpson le hizo entonces una pregunta, y él se encogió de hombros.

—¿Es que soy yo la niñera de Ravini? No tengo nada que ver con ningún italiano, y apenas si conozco a éste.

Míster Reeder negó con la cabeza.

—El jueves pasado, por la tarde, estuvo usted dos horas con él —repuso. Lew quedó algo confuso.

—Tengo cierto negocio con él, lo confieso —dijo—. Se trata de una casa que quiero alquilar.

De repente abrió desmesuradamente los ojos, y, atónito, vio las tres sortijas que había encima de la mesa. Reeder notó que fruncía las cejas y que luego preguntaba con voz ronca:

—¿Qué es eso? ¿No son las sortijas de la suerte de Jorge?

Simpson asintió y acercó al otro la hoja de papel sobre que estaban los anillos.

—¿Los reconoce usted?

Lew cogió una de las sortijas y la miró, dándole vueltas.

—¿Por qué están aquí? —preguntó en tono de desconfianza—. Ravini me dijo que nunca se las quitaba.

Luego, como si comprendiese toda la verdad, dio un grito.

—¿Qué le ha sucedido? —exclamó—. Acaso ha...

—Me temo —repuso Mr. Reeder gravemente— que no podamos ver más a Jorge Ravini.

—¿Ha muerto? —preguntó Lew estremeciéndose. Su cara amarilla se había vuelto blanca—. ¿Dónde... quién lo hizo?...

—Eso es precisamente lo que queremos saber —dijo Simpson—. Debe usted informarnos Lew. ¿Dónde está Ravini? Ya sé que dijo que iba a París; ¿pero dónde fue realmente?

El otro se volvió hacia Reeder.

—Todo lo que sé es que se fue detrás de *ella* —exclamó algo vacilante.

—¿Quién es ella? —preguntó Simpson; pero míster Reeder no tenía necesidad de más explicaciones.

—¿Iba siguiendo a miss Belman?

Lew asintió.

—Sí, una muchacha que él conocía y que tenía un empleo de secretaria en no sé qué hotel o cosa así. Yo la vi marcharse. Ravini quería entablar relaciones con esa muchacha, y por eso se marchó adonde fue ella.

Aún no había terminado de hablar cuando Mr. Reeder cogió el teléfono y dijo la palabra que en el código de señales de Scotland Yard quiere decir que dejen libre la comunicación.

Al cabo de un rato le contestó una voz que hablaba en tono imperativo:

—Soy Mr. Daver, el dueño. ¿Miss Belman? Me parece que está fuera. Volverá probablemente dentro de pocos minutos. ¿Quién habla ahí?

El diplomático Mr. Reeder contestó que querría comunicar con Jorge Ravini, y durante algún tiempo tuvo que soportar las quejas que Mr. Daver le hizo.

—Se marchó esta mañana temprano, sin pagar la cuenta...

—Yo iré ahí y la pagaré —repuso míster Reeder.

CAPITULO IX

—**L**o único que a nosotros nos interesa —dijo Mr. Daver—, y creo que en eso estará usted conforme conmigo, es que Mr. Ravini se marchó sin pagar la cuenta. Esto fue lo que le dije a un amigo suyo que me llamó por teléfono. Para mí, ése es también el secreto de su desaparición. ¡Se ha marchado sin pagar la cuenta!

Y dicho esto se recostó en la silla y miró a Margarita como el que ha expuesto un problema insoluble. A la joven, la actitud de míster Daver, con las manos juntas, le recordaba a otra persona.

—El hecho de que dejara dos pijamas sin valor no demuestra sino que tenía prisa. ¿No le parece a usted? Supongo que sí. Y por qué tenía prisa es una cosa que no he podido comprender. Ahora que si es verdad lo que dijo usted de que era un ladrón, quizá sea que se enteró de que le habían descubierto.

—No le llamó nadie por teléfono ni recibió ninguna carta mientras estuvo aquí —repuso Margarita.

Míster Daver hizo un movimiento de cabeza.

—Eso no quiere decir nada. Los hombres así tienen cómplices. Y siento que se haya ido, porque tenía una gran ocasión para examinarle de cerca. Diré, de paso, que he descubierto ya algo acerca de los Flacks, del famoso John Flack. ¿No sabe usted que se ha escapado del manicomio donde estaba? Ya veo que no lo sabía usted. Yo soy un observador miss Belman. Varios años de estudio han desarrollado en mí este sexto sentido de la observación, que suele estar atrofiado en los demás individuos.

Cogió un sobre de su cajón y sacó de él un montón de recortes de periódicos. Entre éstos había un retrato de un señor ya de edad, que enseñó a la muchacha.

—Flack —dijo lacónicamente.

Ella se quedó asombrada al ver lo viejo que era el bandido; además, su rostro delgado, su barba y bigote gris y la mirada de inteligencia que se advertía en sus ojos no se avenían con el tipo corriente del criminal empedernido.

—En mi agencia de informaciones recogieron todos estos recortes —dijo—. Aquí tengo también otro retrato que puede interesar a usted, y que ha sido realmente una casualidad que me lo enviaran con los demás. Ya verá usted luego por qué. Es de un tal Reeder.

Si Mr. Daver hubiera levantado la vista habría observado el rubor que invadía el rostro de la joven.

—Otro viejo, pero éste pertenece a la oficina de Investigación Pública.

—No es un viejo —dijo Margarita inmediatamente.

—Pues lo parece —repuso Mr. Daver, y la misma joven tuvo que reconocer que, en efecto, aquel retrato del detective no le hacía mucho favor.

—Este fue el que detuvo a Flack; y ¿a que no adivina usted lo más curioso?

Margarita negó con la cabeza.

—¡Que va a venir hoy!

Miss Belman se quedó con la boca abierta.

—Me telefoneó por la tarde diciendo que vendría esta noche y preguntando si podría alojarle aquí. Si no hubiera sido por el interés que yo me tomo por todo lo que se refiera a los delincuentes, su nombre no me habría llamado la atención y le hubiese tenido que decir que no podía venir.

Luego se quedó mirando a la joven.

—Dice usted que no es muy viejo. ¿Es que le conoce? Ya veo que sí. Eso es otra casualidad. Yo espero con impaciencia que llegue el momento de poder hablar con él de lo que a mí me gusta. Será una entrevista interesantísima.

—Me parece que a Mr. Reeder no le agrada hablar de crímenes —dijo—. Siempre se resiste a hacerlo.

—Ya veremos —contestó Mr. Daver, y por su tono comprendió la joven que estaba seguro de que el detective le había de conceder una audiencia.

Míster Reeder llegó algo antes de las siete, y con gran sorpresa de Margarita había abandonado su levita y sombrero de copa para ponerse un elegante traje gris. Su equipaje lo constituían dos pesados baúles.

El primer encuentro de los dos amigos fue algo embarazoso.

—No creo que me tache usted, miss... ¡hum!..., Margarita, de indiscreto. Pero la verdad es que, ¡hum!..., que necesitaba un día de descanso y...

Comparado con el que la joven conocía, aquel Reeder parecía un hombre que tuviese mucha menos necesidad de descansar que el otro.

—¿Quiere usted venir a mi despacho? —preguntó entonces ella.

Cuando llegaron allí, Mr. Reeder abrió la puerta despacio. Margarita creyó observar que contenía su respiración y la acometieron ganas de echarse a reír. Pero, conteniéndose, entró en la habitación, y después dijo, hablando de prisa:

—Me he portado muy mal con usted, míster Reeder. Debiera haberle escrito... por una tontería...; me refiero a nuestra disputa.

—Desacuerdo tan sólo —repuso el detective—. Yo, realmente, parezco un viejo; pero es que...

—A los cuarenta y ocho años no es uno viejo —contestó ella—. ¿Y por qué no ha de llevar usted patillas? Fue una curiosidad femenina: me habría gustado ver cómo estaba usted sin ellas.

Míster Reeder levantó una mano en señal de que iba a hablar. Luego dijo alegremente:

—La culpa la he tenido yo, miss Margarita. Es indudable que parezco un viejo. Y, hablando de otra cosa, ¿cree usted que está mal que haya venido a Larmes Keep? —Echó una mirada por la habitación y, bajando la voz, preguntó—: ¿Cuándo se fue Mr. Ravini?

Margarita se quedó asombrada.

—¿Vino usted por eso?

El otro asintió.

—Me han dicho que estaba aquí. ¿Cuándo se marchó?

A grandes rasgos le contó Margarita lo sucedido la noche pasada, sin que él, mientras la escuchaba seriamente, hiciera ningún comentario hasta que la joven hubo terminado.

—¿Y puede usted recordar lo que sucedió antes de eso? ¿Le vio usted durante el día?

Margarita arrugó la frente e hizo memoria.

—Sí —exclamó de repente—, estuvo paseando por fuera con miss Crewe. Llegaron algo tarde.

—¿Con miss Crewe? —preguntó inmediatamente el detective—. ¿Mis Crewe? ¿Sería quizá la agraciada joven que estaba jugando al *croquet* con un pastor cuando yo vine?

La otra le miró sorprendida.

—¿Vino usted acaso dando la vuelta por la llanura? Yo creí que el coche le habría llevado hasta la puerta del hotel...

—Me bajé en la colina —aclaró entonces míster Reeder—. A mi edad es necesario hacer un poco de ejercicio. Además, los alrededores de esta casa son maravillosos. Pues sí, era una joven pálida, de ojos oscuros, ¡hum!...

El detective tenía la vista fija en Margarita.

—Así que ella y Ravini salieron a dar un paseo. ¿Se conocían?

Margarita hizo un movimiento de cabeza.

—No creo que Ravini la hubiera visto antes de venir aquí.

Luego contó la agitación que dominaba al italiano aquella noche y cómo encontró a Olga Crewe, en su cuarto, llorando.

—¡Llorando, ah! —dijo Mr. Reeder, acariciándose la nariz—. ¿La ha visto usted luego?

Y como la muchacha negase con la cabeza, preguntó inmediatamente:

—Se levantó tarde al día siguiente. Probablemente le dolería la cabeza, ¿verdad?

Margarita se quedó atónita.

—Sí. ¿Pero cómo lo sabe usted?

Reeder no estaba muy dispuesto a explicarlo.

—El cuarto de usted es el...

—El cuatro. El de mis Crewe es el cinco. El detective inclinó la cabeza.

—Y Ravini estaba en el siete, esto es, dos puertas más allá. —Y luego, de repente, preguntó:

—¿Dónde me han alojado a mí?

Margarita repuso algo vacilante:

—En el siete también. Son órdenes de míster Daver. Es una de las mejores habitaciones de la casa. Y le advierto, Mr. Reeder, que el dueño es un criminalista y tiene muchas ganas de hablar con usted acerca de esto.

—Magnífico —contestó el detective, aunque estaba pensando en otra cosa—. ¿Podría yo verle?

Acaba de dar un cuarto de hora. Margarita le llevó al despacho del pabellón. La mesa de Mr. Daver estaba completamente arreglada, cosa insólita, y el dueño de la casa consultaba en aquel momento un gran libro de cuentas.

—Este es Mr. Reeder —dijo Margarita, y se retiró.

Durante un segundo se miraron ambos, y luego, con un gesto majestuoso, Mr. Daver invitó a su visitante a sentarse.

—Es un alto honor para mi el de hablar con usted, Mr. Reeder —dijo, haciendo una profunda inclinación—. Como humilde estudiante de los grandes autores, cuyas obras conocerá usted seguramente al dedillo, me encuentro honradísimo al tratar con el que pudiéramos llamar el Lombroso moderno. ¿No le parece a usted? Creo que estará conforme conmigo.

Míster Reeder miró hacia el techo.

—¿Lombroso? —repitió—. ¡Hum!, un italiano, ¿no? Me suena ese nombre.

Como Margarita Belman había dejado tan sólo entornada la puerta, Mr. Daver se levantó para cerrarla, y luego volvió a sentarse.

—Me alegro de que haya venido usted. Realmente, Mr. Reeder, me ha librado usted de una gran preocupación. Desde ayer por la mañana he estado dudando entre llamar a Scotland Yard, nuestra magnífica Central de Policía, y pedirles que enviaran un oficial, o no, a fin de aclarar este extraño misterio.

Se detuvo para producir más efecto y prosiguió:

—Me refiero a la desaparición de Mr. Jorge Ravini, huésped de Lames Keep, quien salió de aquí a las cinco menos cuarto de la mañana de ayer, y a quien se le vio camino de Siltbury.

—¿Quién le vio? —preguntó el detective.

—Uno de Siltbury cuyo nombre no recuerdo. Mejor dicho, no lo he sabido nunca. Lo encontré, por casualidad, al ir hacia el pueblo.

Se inclinó sobre la mesa y miró con sus ojos de búho a Mr. Reeder.

—Ha venido usted por este asunto de Ravini, ¿verdad? No necesita usted contestarme, ya lo he adivinado. ¿Me equivoco? Creo que no.

Míster Reeder no replicó. Cosa extraña, no parecía muy dispuesto a hablar pero aun en circunstancias normales, Mr. Daver no lo hubiera notado.

—Claro está que no quiero dar un escándalo en la casa —dijo el dueño—, y supongo que podré confiar en su discreción. Lo único que me molesta de todo esto es que Ravini se haya marchado sin pagar la cuenta, aunque eso no sea más que un incidente. ¿No comprende usted? Ya veo que sí.

Se detuvo, y entonces el detective dijo como hablando para sí:

—A las cinco menos cuarto. A esa hora apenas habría luz, ¿verdad?

—El horizonte comenzaba a teñirse de rosa por el lado del mar —repuso Mr. Daver poéticamente.

—¿Conque iba a Siltbury? ¿Y llevaba su maleta?

Míster Daver asintió.

—¿Podría ver su cuarto?

El otro se puso en pie, sonriendo.

—Esperaba esa petición, y en verdad que es razonable. ¿Quiere usted tener la bondad de seguirme?

Reeder cruzó detrás de él el amplio *hall*, en el que no había más que un caballero de aspecto militar, que le miró de reojo cuando pasaba. Ya comenzaba a subir las escaleras míster Daver cuando Reeder se detuvo, y señalando con el dedo dijo:

—¡Esto es muy interesante!

Las cosas más vulgares interesaban al detective. En aquella ocasión se había fijado en una caja de caudales muy grande, más grande que las que suelen haber en las casas particulares, tenía seis pies de altura y la mitad de ancho y estaba empotrada en el tabique que sostenía el primer tramo de las escaleras.

—¿Qué sucede? —preguntó Daver, volviéndose y sonriendo al ver qué era lo que había llamado la atención al detective.

—¡Ah! ¡Es la caja! Aquí guardo muchos documentos de gran valor. Modelo francés, como ya habrá usted observado, y quizá excesiva para tenerla aquí. ¿No le parece? Sin embargo, cuando vienen algunos millonarios... que tienen joyas y cosas de esas... no crea usted que no le costaría trabajo abrirla a un ladrón, por listo que fuera. Y basta con esta llavecita...

Sacó una cadena del bolsillo y metiendo una llave en la cerradura tiró de un registro. Inmediatamente la puerta se abrió.

Míster Reeder metió allí la cabeza curiosamente. No había más que tres cajitas de latón sobre dos estantes pequeños colocados al fondo. Las puertas tenían un grosor extraordinario y por su cara interior eran completamente lisas, a excepción de una barra de hierro que parecía servir para aumentar la resistencia de la cerradura. El detective vio todo esto y algo más. El suelo de la caja estaba mucho más brillante que el de las paredes. Sólo un hombre tan observador como Reeder se hubiera dado cuenta de ello. Y, además, aquella barra. Reeder sabía muchas cosas acerca de las cajas de caudales.

—Teniéndola se me figura que soy rico —dijo sonriendo Mr. Daver, mientras cerraba la puerta y subía las escaleras—. Es una cosa de psicología.

Llegaron a un ancho corredor y, por fin, Daver se detuvo delante de la puerta del cuarto número 7, diciendo mientras metía la llave en la cerradura:

—Este es también el cuarto de usted. Yo tenía casi la seguridad de que su visita estaba relacionada con la desaparición de Mr. Ravini, el señor que se fue sin pagar la cuenta. —Luego, sonriendo, añadió en tono de disculpa—: Perdone usted mi insistencia sobre este punto, pero ha sido una cosa enojosa para mí.

Míster Reeder entró en el cuarto detrás del dueño. El cuarto estaba decorado y amueblado con un lujo sorprendente. No había muchos muebles, pero los que se

veían llamaban la atención de todo el que fuera un buen conocedor. La cama era de estilo jacobino; la alfombra, legítima de Teherán, y una mesa de tocador que había, se remontaba también a la misma época que la cama.

—Aquí fue donde encontramos los pijamas.

Esto lo dijo Mr. Daver haciendo un gesto dramático. Mr. Reeder, sin hacerle caso, examinaba en aquel momento las ventanas, una de las cuales estaba abierta.

El detective, asomándose, vio a Siltbury a lo lejos, confundiéndose casi con las sombras; las luces del pueblo comenzaban entonces a divisarse, pero la carretera no podía distinguirse, tapada como estaba por un macizo de abetos. A la izquierda se hallaba la colina por donde había venido el detective.

Luego, Reeder salió de la habitación, y echando una ojeada al pasillo dijo:

—Tiene usted una casa muy hermosa, míster Daver.

—¿Le gusta a usted? ¡Ya me lo suponía yo! —repuso el otro, entusiasmado—. Sí, es una finca magnífica. Quizá le parezca a usted un sacrilegio que yo la destine a casa de huéspedes, pero creo que miss Belman le habrá dicho ya que es una de mis manías. Aborrezco la soledad y no tengo ganas de ponerme ahora a hacer amistades. Por eso resuelvo el problema de esta manera: puedo escoger a las personas que más me agraden.

Míster Reeder miraba entonces hacia la escalera.

—¿Ha tenido usted algún huésped llamado Holden? —preguntó.

Míster Daver negó con la cabeza.

—¿Y alguno llamado Willington? ¿Dos amigos míos, que creo que vinieron aquí hace cosa de ocho años?

—No —repuso con presteza el dueño—; yo nunca me olvido de ningún nombre. Puede usted consultar nuestros libros. Quizá —añadió con una perplejidad que daba risa— dieran otros nombres. Pero no, no creo.

Mientras hablaba se abrió una puerta que había al extremo del corredor y se volvió a cerrar inmediatamente. Mr. Reeder, a quien nada se le escapaba, vio una silueta femenina en el umbral.

—¿De quién es esa habitación? —preguntó.

Aquella vez, Mr. Daver estaba perplejo de veras.

—Es la mía —repuso, tosiendo nerviosamente—. Creo que ha visto ya a la señora Burton, una pobre mujer que ha sufrido mucho en esta vida.

—La vida —exclamó el detective con voz triste— está llena de sufrimientos.

Míster Daver mostró su asentimiento con una inclinación de cabeza.

Pero Mr. Reeder tenía una vista excelente, y aunque no conociese al ama de llaves estaba seguro de que el lindo rostro que había vislumbrado durante unos segundos no pertenecía a ninguna mujer doliente. Y mientras se vestía para ir a comer se preguntó por qué Olga Crewe ponía tanto empeño en que no se la viera. Quizá fuera por modestia natural: la modestia era la cualidad femenina que más agradaba a míster Reeder.

Estaba luchando con la corbata cuando Daver, que parecía haberse constituido en su secretario particular, llamó a la puerta pidiendo permiso para entrar. Se adelantó algo agitado y llevando en la mano un recorte de periódico.

—Hablaban usted de Mr. Willington y míster Holden —dijo—. Esos nombres me sonaban a mí, aunque no les conocía de nada. Y entonces me acordé de haberlos leído —añadió mostrando el papel.

Míster Reeder, mirándose al espejo, se arregló por fin el nudo de la corbata.

—¿En ese papel? —preguntó dando la vuelta para recibirlo de manos de Mr. Daver.

—Yo soy, como ya sabrá usted, Mr. Reeder, un humilde discípulo de Lombroso y de los grandes criminalistas que han elevado el estudio de los delincuentes a la categoría de ciencia. Miss Belman, sin proponérselo, me llamó la atención acerca de la banda de los Flacks, y durante estos últimos días he estado recogiendo detalles acerca de esos malhechores. Entonces leí que Willington y Holden eran dos detectives encargados de la captura de John Flack, de cuya suerte no se ha sabido nada: recuerdo muy bien ahora su desaparición, lo mismo que la de un tercer caballero que también ocurrió.

Míster Reeder afirmó con la cabeza.

—¿Se acuerda usted también de este último? —preguntó Daver en tono de triunfo—. Era un abogado llamado Biggerthorpe, a quien le llamaron un día desde su despacho y a quien no se ha vuelto a ver. ¿Me permite usted añadir —prosiguió sonriendo— que míster Biggerthorpe no ha estado aquí en su vida? ¿Por qué creía usted que estuvo?

—Nunca dije que lo creyera —repuso el detective, contestando con la misma amabilidad que su interlocutor—. Me había olvidado de Biggerthorpe. Hubiera sido un testigo interesantísimo contra Flack, ¿hum!

Y luego añadió:

—¿Es usted aficionado a la criminología?

—Humilde estudiante de esta ciencia —contestó Mr. Daver en actitud modesta. Y bajando la voz hasta convertirla en un suspiro, dijo:

—¿Puedo decirle una cosa, Mr. Reeder?

—Todo lo que usted guste —repuso éste abrochándose el chaleco—. Las historias me agradan sobremanera. Pero rodeados de un ambiente tan maravilloso, preferiría que me dijese usted algún cuento de hadas. ¿O será de fantasmas? ¿Los hay en Larmes Keep? Los fantasmas son mi especialidad: creo que he detenido muchos más que cualquier otro representante de la ley. Algún día pienso escribir una obra sobre este asunto que se titule *Los fantasmas que he visto* o *Guía para el mundo de ultratumba*, en «sesenta y tres» volúmenes. Conque decía usted...

—Decía —exclamó Mr. Daver con voz apagada— que me parece que Flack en persona se alojó una vez aquí. Hace siete años —prosiguió, dando a sus palabras cierto tono impresionante—, un hombre de barba gris y rostro macilento llegó aquí a

las diez de la noche pidiendo habitación. Llevaba mucho dinero encima; pero a pesar de eso le hubiera despachado si no fuese porque me faltó corazón para dejar a un pobre viejo abandonado en medio de la nieve de aquella noche fría.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí? —preguntó míster Reeder—. ¿Y por qué cree usted que era Flack?

—Porque —repuso Daver sin alzar la voz— se marchó lo mismo que se ha ido Ravini: una mañana temprano, sin pagar la cuenta y dejándose el pijama en la habitación.

Lentamente, Reeder le volvió para mirar a Daver.

—Eso parece el argumento de un juguete cómico; pero tengo demasiada hambre para echarme a reír —exclamó—. ¿A qué hora comemos?

En aquel mismo momento sonó el *gong*.

Margarita Belman solía sentarse en otra mesa que los huéspedes, y por eso no pudo evitar el ruborizarse ligeramente cuando míster Reeder se acercó a ella con una silla pidiendo que llevaran allí otro cubierto. Cada uno de los otros huéspedes comía en mesa separada de las de los demás.

—Gente muy insociable —dijo el detective, desplegando la servilleta y echando una ojeada por él comedor.

—¿Qué opina usted de Mr. Daver? J. G. Reeder sonrió amablemente.

—Es una persona muy divertida —dijo, y ella se echó a reír, aunque se puso seria inmediatamente.

—¿Ha encontrado usted algo que se relacione con Ravini?

Míster Reeder negó con la cabeza.

—Estuve hablando con el portero; parece un hombre digno y honrado. Me dijo que cuando bajó la mañana en que Ravini se fue encontró la puerta de fuera sin echar el cerrojo ni llave. Es un hombre muy observador. ¿Pero quién es la señora Burton? —preguntó de repente.

—El ama de llaves —repuso Margarita sonriendo, al tiempo que hacia un movimiento de cabeza—. Una mujer muy triste que se pasa la vida comparando su posición anterior con la que tiene ahora, de estar «enterrada viva», según dice, en Siltbury.

Míster Reeder dejó encima de la mesa el cuchillo y el tenedor.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Es una señora que ha venido a menos?

Margarita rió en voz baja.

—Más bien parece que la vida que lleva ahora es la mejor que pudiera soñar —repuso—. Es de una vulgaridad e incultura terribles. Las cuentas que me entrega tienen cosas graciosísimas. Pero, realmente, es posible que haya visto mejores tiempos. La primera noche que pasé aquí entré en su cuarto para que me explicara una cuenta que yo no entendía; claro que fue inútil, porque las matemáticas son griego para ella. Estaba sentada delante de una mesa y mirándose las manos.

—¿Las manos?

La joven asintió.

—Las tenía cubiertas por gran número de sortijas, todas ellas preciosísimas —contestó Margarita, y no pudo quejarse del efecto de sus palabras, porque Reeder dejó caer cuchillo y el tenedor encima del plato.

—¿Sortijas?

—De diamantes y esmeraldas. Yo me quedé asombrada. Cuando me vio ocultó las manos y al día siguiente me dijo que se las había regalado una actriz de teatro que estuvo aquí y que no valían nada.

—Eso sería lo que la apuntaron —murmuró Mr. Reeder.

—¿Qué dice usted? —preguntó la otra con curiosidad; pero el detective hizo un gesto con la mano que quería significar que hablaba en broma.

Después de cenar, Reeder mandó llamar por medio de una sirvienta a Mr. Daver, y cuando éste llegó le dijo el detective que tenía mucho que trabajar y que le suplicaba que llevaran recado de escribir y una mesa a su cuarto. Margarita no se pudo explicar por qué no se lo había pedido a ella, pero supuso que sería porque no sabía él que aquello estaba dentro de sus atribuciones.

—¿Escribe usted mucho. Mr. Reeder, eh? —preguntó Daver, sonriendo—. ¡Yo también! No soy feliz si no tengo una pluma en la mano. Y dígame, porque me interesa, ¿trabaja usted mejor por la mañana o por la tarde? Yo nunca he podido contestarme a mí mismo esa pregunta.

—Ahora escribiré hasta las dos —dijo míster Reeder, consultando el reloj—. Tengo esa costumbre de siempre. Escribo hasta las dos; luego fumo un cigarrillo, bebo un vaso de leche —¿tendría usted la bondad de decir que subieran uno a mi cuarto?— y desde las dos duermo hasta las nueve.

Margarita, que asistía a aquella conversación, se quedó asombrada al oír esto. Era una cosa insólita que Reeder hablara de sí mismo ni de lo que hacía. La joven no había visto nunca una persona a quien le gustara menos referir sus asuntos particulares.

Quizá, como estaba en vacaciones, se había vuelto más confidencial, pensó ella. Ciertamente resultaba mucho más joven aquella noche que en las demás ocasiones en que ella le había visto.

Miss Belman salió luego a informar a la señora Burton de los deseos del huésped. La otra recibió estas órdenes con cierto desdén.

—¿Leche? Ya me suponía yo que sería de esos que beben leche por la noche. ¡Parece mentira que no tenga miedo de nada!

—¿De qué había de tener miedo? —preguntó inmediatamente Margarita; pero la otra no contestó.

—A nadie le gusta tener cerca un detective, ¿verdad, miss Belman? Y, además, no es como yo me había figurado que debía ser un policía.

—¿Por qué sabe usted que es detective?

La señora Burton miró a la otra durante un segundo y luego señaló con un gesto la dirección del despacho de Daver.

—Me lo dijo el dueño —repuso—. ¡Un detective! ¡Y yo aquí, sirviéndole de cabeza desde la mañana hasta la noche, en vez de vivir bien en París o en cualquier gran ciudad donde fuera debidamente atendida! ¡Esto es horrible!

Esta era la segunda vez desde que Margarita estaba en Larmes Keep que la señora Burton prorrumpía en estos desahogos de su irritación. Margarita sospechaba que la amargada mujer buscaba un pretexto para hacerla su confidente, pero no lo encontró. A Margarita le desagradaba una persona tan ordinaria, y, por tanto, no tenían ningún interés común que hiciese desaparecer la barrera de hielo que había entre ellas. La señora Burton estaba siempre llorando y nunca dejaba de lamentarse de haber desaparecido del brillante mundo exterior.

—Me tratan muy mal —dijo con voz trémula—, y ella sobre todos. El otro día la dije que viniera a mi cuarto a tomar una taza de té, y ¿a que no sabe usted lo que me dijo?

—¿De quién está usted hablando? —preguntó Margarita con curiosidad, porque no podía pensar que *ella* fuera Olga Crewe: era imposible imaginarse a la mundana Olga tomando el té y charlando con la señora Burton. Y, sin embargo, era de Olga de quien ésta hablaba. Pero al oír la pregunta de Margarita se calló por un momento.

—De nadie... ¿Dice usted que leche? Se la llevaré yo misma.

Cuando lo hizo así, Reeder estaba poniéndose una americana. Uno de los criados había colocado ya pluma, tintero y recado de escribir encima de la mesa, y dos gruesos cuadernos, en parte escritos, pregonaban las actividades literarias de Mr. Reeder.

El detective cogió la bandeja de manos de la señora Burton y la dejó encima de la mesa.

—Vive usted en una casa muy bonita —dijo luego—. Y muy agradable. ¿Lleva usted mucho tiempo aquí?

—Unos cuantos años —repuso la otra.

E hizo como que se marchaba, pero se detuvo en la puerta. Mr. Reeder comprendió su situación. Por discreta que fuera, indudablemente debía tener unas ganas terribles de hablar con cualquiera que quisiese escuchar sus tribulaciones.

—Aquí nunca hay mucha gente. Mr. Daver escoge a sus huéspedes con cuidado.

—Y hace bien. Y a propósito, ¿dónde está el cuarto de Mr. Daver?

La otra salió al pasillo y señaló una puerta.

—¡Ah, sí!; ahora me acuerdo de que me lo dijo. Está muy bien orientado. La vi a usted salir de él esta tarde.

—Debe estar usted equivocado: nunca entro en su habitación —repuso la otra inmediatamente—. Habrá usted visto...

Se detuvo para añadir al cabo de un momento:

—A otra persona. ¿Trabajaré usted hasta muy tarde?

Míster Reeder repitió el programa que había expuesto a Daver.

—Y quisiera que dijese usted al dueño que no me gusta que me interrumpen. Necesito tranquilidad para coordinar mis pensamientos y la más ligera distracción me, ¡hum!, me perturba —añadió cerrando la puerta y aguardando para echar el cerrojo a que la señora Burton hubiese tenido tiempo de bajar las escaleras.

Echó las cortinas de la ventana y las sujetó por medio de la mesa de escritorio, y luego, abriendo los dos cuadernos, los colocó de modo que impidieran que la luz se proyectase sobre la cama. Hecho esto se puso una bata, se tumbó en el lecho, cubriéndose con un edredón, y a los cinco minutos estaba dormido.

Margarita Belman pensaba llamar al cuarto del detective después de las once, o sea cuando ella iba a retirarse, para ver si quería algo; pero, afortunadamente, cambió de parecer: afortunadamente, porque Mr. Reeder quería dormir bien durante cinco horas antes de comenzar un registro extraoficial por toda la casa, o bien antes de que ocurriese algo que le obligara a despertarse.

A las dos en punto abrió los ojos y se incorporó en la cama algo cegado por la luz. Luego, levantando la tapa de uno de los baúles, sacó una cajita de madera en la que había un infiernillo y los demás adminículos necesarios para hacer té. Prendió fuego al alcohol, y mientras hervía el agua fue al cuarto de baño y, desnudándose, se dio un baño frío. Después de vestirse volvió a la alcoba.

Míster Reeder era un hombre muy metódico y, además, ponía gran cuidado en sus cosas. Toda su vida había sentido cierto desagrado hacia la leche. Iba por las mañanas a las calles de los suburbios, y viendo las botellas que había en todas las puertas, pensaba en las grandes facilidades que aquella atrevida costumbre daba a los asesinos. Llegó hasta a calcular que un loco, trabajando sistemáticamente, diezmaría a Londres en un mes.

Así, pues, se bebió el té sin leche, tomó un bizcocho y luego, guardando cuidadosamente el infiernillo y lo demás, se puso un par de zapatillas de suela muy gruesa. En el baúl encontró una rodilla muy dura, que en manos de un hombre vigoroso es un arma tan temible como un cuchillo. Se la metió en el bolsillo interior de la chaqueta. Volvió a registrar en su equipaje, pero no cogió nada de lo que llevaba, ni siquiera la browning, porque sabía que las armas de fuego no sirven sino para los casos desesperados.

Lo último que sacó fue un bambú ahuecado y dentro del cual había otro, siendo en realidad la caña de pescar que ya en una ocasión había echado de menos. A su extremo había una especie de hendidura, y después de ajustar los dos trozos colocó en la punta una linternilla eléctrica cuyos hilos iban a parar a una especie de llavecita situada en el mango de la caña. Hizo funcionar esta llave, y viendo que estaba en buen estado echó una mirada por la habitación antes de apagar la luz.

Si hubiera sido de día habría sido cosa cómica verle sentado en la cama, con la caña de pescar, que había dejado en el suelo, a su lado. Pero Mr. J. G. Reeder no se sentía ridículo, sobre todo teniendo en cuenta que nadie le estaba contemplando. De

cuando en cuando movía la caña a la derecha y a la izquierda, como un pescador para atraer a su presa. Estaba completamente despierto y aguzaba los oídos para no confundir los ruidos de la naturaleza —el gemido del viento al pasar por entre los árboles— con los que vinieran de la presencia de algún hombre.

Estuvo sentado durante más de media hora, balanceando su caña, hasta que, al fin, notó que venía una corriente de aire frío en la puerta. No había oído nada, ni siquiera el más leve chirrido de la cerradura, pero Reeder sabía que la puerta había sido abierta.

Entonces tiró de la caña, llevándola hacia el umbral, mientras él, con un pie en el suelo, se preparaba para saltar o agacharse, según aconsejasen las circunstancias.

El extremo de la caña no tropezó con ningún obstáculo. El detective contuvo su respiración para oír mejor. Como el pasillo estaba cubierto por una gruesa alfombra, no le extrañaba no haber oído pasos; pero la gente tiene que respirar y, al respirar, forzosamente hay que hacer ruido. Y comprendiendo entonces que él también estaba demasiado silencioso para un hombre que se supone que duerme, lanzó un gruñido que podía pasar como procedente de un señor de cierta edad que está reposando.

Alguien tocó el extremo de la caña, echándolo hacia un lado. Reeder, entonces, encendió la linternilla, y un rayo de luz iluminó la pared opuesta del pasillo.

La puerta estaba abierta, pero en el corredor no había nadie.

El detective, a pesar de su maravillosa serenidad, se estremeció y sintió una sensación fría correr por toda su espina dorsal. Alguien le estaba aguardando..., esperando a que él saliera, para aparecer.

Y entonces, alargando el brazo, adelantó aún más la caña.

Chas.

Una cosa había caído sobre el bambú. La linterna quedó en el suelo, boca arriba, iluminando el techo del pasillo. Inmediatamente, Reeder saltó de la cama, y andando de prisa se ocultó detrás de la puerta abierta. Por la rendija quizá pudiera ver lo que pasaba fuera.

El silencio era aterrador. Únicamente el reloj del *hall*, abandonando por un momento su monótono tic-tac, dio las tres menos cuarto. Pero todo siguió lo mismo, nadie se acercaba a la linternilla, hasta que...

El detective vio durante un segundo una cara lívida y delgada, un pelo blanco y revuelto, una calva, una barba canosa y una mano en forma de garra que se acercaba a la lámpara...

¿Debía usar la pistola o la rodilla? El detective optó por esto último. Y cuando el otro cogió la linterna salió de la habitación y pegó un golpe a ciegas. Se oyó un rugido semejante al de una bestia salvaje y el aparecido retrocedió, mientras la luz se extinguía poco a poco.

El corredor quedó completamente a oscuras. Reeder volvió a dar un golpe; pero falló esta vez, y por la violencia del impulso cayó sobre una rodilla soltando su arma.

Al levantar la mano buscando algo encontró su brazo, y sin soltarlo fue a su cuarto y encendió la luz.

¡Y entonces se vio frente a frente de Olga Crewe!

CAPÍTULO X

Durante un momento se quedaron mirando, ella asustada, él atónito. ¡Olga Crewe!

Luego se dio cuenta de que aún seguía cogiendo su brazo y la soltó.

—Siento lo ocurrido —dijo el detective—. ¿De dónde sale usted?

La joven estaba temblando: quería hablar, pero no podía. Luego, dominándose, balbuceó:

—Oí... un... ruido... en el pasillo..., y salí. Me... asusté... mucho.

Mientras se acariciaba maquinalmente el brazo, el detective vio una señal roja en el sitio por donde él la había cogido. Lo raro era que no le hubiese roto algún hueso.

—¿Pasa... algo?

A Olga le costaba un trabajo enorme pronunciar las palabras. Parecía que se había olvidado de hablar.

—¿Dónde está la llave de la luz del *hall*? —preguntó Reeder. Aquello era de más utilidad que estarse allí mirando.

—Enfrente de mi cuarto.

—Encienda —dijo el detective. La otra obedeció sin replicar.

Sólo cuando el pasillo estuvo iluminado salió él de su habitación, y sin disipar aún sus sospechas, porque llevaba la browning en la mano.

—¿Pasa algo? —volvió a preguntar ella, ya más segura de sí. Su cara estaba un poco menos pálida, pero aún seguía en sus ojos la misma expresión de terror.

—¿Vio usted algo en el pasillo? —preguntó Reeder.

La otra negó con la cabeza.

—Nada. Oí un ruido y salí.

Olga mentía; pero Reeder no se preocupó en demostrárselo. La joven había tenido tiempo de ponerse las zapatillas y la bata que llevaba, siendo así que el combate no había durado más de dos segundos. Además, el detective no oyó abrirse la puerta del cuarto de Olga; por consiguiente, había presenciado todo lo ocurrido.

El detective avanzó por el pasillo, encontró su rodilla y luego volvió al lado de Olga. La joven estaba medio apoyada en la puerta, acariciándose el brazo. No miraba a Reeder, sino más allá, aunque no había nada en el corredor que pudiera llamarle la atención.

—Me ha hecho usted daño —dijo luego con calma.

—¿Sí? Lo siento.

La señal roja se había trocado en azul. Míster Reeder era un hombre compasivo por naturaleza; sin embargo, en aquella ocasión, aunque estaba apenado, no era precisamente por el dolor de la joven.

—Debía usted irse a la cama, señorita. Mi pesadilla se ha disipado, y deseo que la de usted termine también pronto, aunque no lo creo. La mía ha durado un momento:

la de usted, si no me equívoco, es por toda la vida.

Olga le miró fijamente.

—Es una pesadilla, en efecto —repuso—, y perpetua, desgraciadamente.

Y entonces se retiró con una inclinación de cabeza. El detective oyó el ruido de su puerta al cerrarse y el de la llave en la cerradura.

Volvió luego a su alcoba y acercando una silla a la cama se sentó. No quiso cerrar la puerta. Mientras su cuarto estuviese a oscuras y el corredor iluminado no creía que habría de repetirse la escena de antes.

Comprendió que la rodilla no le había servido de nada y lamentó su repugnancia por las armas ruidosas. Luego colocó la pistola al alcance de la mano. Si se repetía la pesadilla...

De pronto oyó un murmullo.

Era una conversación ahogada en la que sobresalía una voz que dominaba a las otras. Sin embargo, no había nadie en el pasillo ni en el *hall*. El detective, deslizándose sobre las puntas de los pies, se acercó a la puerta y escuchó.

Alguien reía con una risa extraña que helaba la sangre en las venas; luego oyó el chirrido de una llave y una voz que preguntaba:

—¿Quién hay ahí?

Era Margarita. Reeder se acordó de que su cuarto estaba enfrente de la escalera, y guardándose la pistola en el bolsillo se aventuró por el corredor. La joven estaba apoyada en la barandilla, mirando hacia abajo. El murmullo había cesado. Miss Belman vio con el rabillo del ojo al detective y se volvió.

—¿Qué pasa, Mr. Reeder? ¿Quién encendió la luz del pasillo? He oído voces en el *hall*.

—Era yo.

La sonrisa de Reeder la hubiera tranquilizado en otra ocasión; pero ahora Margarita tenía un miedo cerval. Sentía fuertes deseos de echarse a llorar.

—Ha pasado no sé qué —dijo—. Estuve en la cama escuchando todo, pero sin atreverme a levantarme. Estoy asustadísima, Mr. Reeder.

Este se acercó a la muchacha, e inclinándose sobre la barandilla iluminó con la linterna la habitación de abajo.

—No hay nadie —exclamó.

Margarita estaba más pálida que nunca.

—*Había* alguien —insistió—. He oído ruido de pasos antes de que encendiera usted la linterna.

—Será la señora Burton —afirmó él—. Me ha parecido que era su voz...

Y entonces irrumpió en escena un nuevo personaje. Mr. Daver apareció al extremo, del pasillo. Llevaba una bata de seda abotonada hasta el cuello.

—¿Qué pasa, miss Belman? —preguntó—. ¡No me diga usted que han querido forzar la ventana de su cuarto! ¡Y me parece que ha ocurrido eso! ¡No me lo diga usted, pero me lo parece! ¡Santo Dios, qué cosa más terrible!

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Reeder.

—No lo sé; pero creo que ha sido alguien que ha querido entrar en la casa —repuso míster Daver.

Estaba asustado de veras; la joven oyó el ruido de sus dientes al chocar.

—Noté que querían forzar el pestillo de la ventana de mi cuarto y vi... ¡no sé qué! ¡Qué cosa más terrible! Creo que debía llamar a la Policía.

—Es una idea excelente —contestó Reeder con su amabilidad de siempre—. ¿Estaba usted dormido, no, cuando oyó el ruido?

Míster Daver vaciló por un momento.

—No dormido del todo —dijo—. Medio despierto. Me costaba trabajo conciliar el sueño, no sé por qué.

Se llevó la mano a la garganta para subirse el cuello de la bata, que se había bajado, pero no lo hizo con suficiente rapidez.

—Le costaría a usted trabajo —exclamó Reeder suavemente— porque se le olvidó quitarse el cuello y la corbata. Eso molesta mucho.

Míster Daver hizo un gesto.

—Me he vestido de prisa... —comenzó a decir.

—Será que se desnudó usted de prisa —repuso Mr. Reeder—. La gente que se va a la cama con el cuello puesto, como usted, se expone a la muerte. Y es una lástima para el verdugo. Lástima porque... se ha escapado el ladrón.

Daver hizo como que iba a hablar, pero sin contestar nada se retiró, cerrando la puerta.

Margarita miró a Reeder con cierto miedo.

—¿Pero qué misterio es éste? ¿Ha habido un ladrón? ¡Dígame usted la verdad! Si no, me parece que me va a dar un ataque.

—La verdad es —dijo Mr. Reeder entornando los ojos— lo que nos ha contado este señor. Entró en la casa cierta persona que no tenía derecho a venir; pero ya creo que se ha ido; puede usted irse a la cama sin miedo.

Margarita no apartó la vista del detective.

—¿Se acostará usted también?

—Inmediatamente —repuso Reeder con amabilidad.

La joven, obedeciendo a un impulso, le cogió una mano. Él la retuvo con la otra.

—Es usted mi ángel de la guarda —dijo la joven sonriendo, aunque estaba a punto de echarse a llorar.

—No he oído nunca —repuso Reeder— que los ángeles de la guarda lleven patillas.

Aquello era humillar un poco a miss Belman; pero, sin embargo, al detective no debió parecerle mal, porque repitió este *jeu desprit* cuando estuvo de nuevo solo en su cuarto.

CAPITULO XI

El detective cerró la puerta, apagó la luz y trató de descifrar el misterio de cómo se había abierto aquélla. Antes de acostarse había echado el cerrojo, y la llave aún seguía puesta por la parte de dentro. Le llamó la atención, al cerrar, el poco ruido que hacía, lo mismo que el cerrojo: por lo visto, habían sido engrasados recientemente. Entonces examinó cuidadosamente la puerta y encontró una sencilla explicación a lo que parecía un problema insoluble.

La puerta se dividía en ocho tableros, cada uno de los cuales estaba profusamente tallado. El tablero de encima de la cerradura se movió ligeramente cuando el detective pasó su mano por encima, pero Reeder tardó aún largo tiempo en encontrar el resorte que buscaba. Cuando por fin lo hizo funcionar se abrió el entrepaño como una puerta en miniatura, dejando un hueco por el que se podía pasar la mano para descorrer el cerrojo.

Aquello no tenía nada de particular y podía no estar destinado a fines criminales. Reeder conocía muchos hoteles y casas de huéspedes donde había aparatos semejantes para abrir una puerta desde fuera, lo que es una precaución necesaria en ciertos casos, y el detective se preguntó si no habría un mecanismo semejante en el cuarto de Margarita Belman.

Cuando terminó su inspección era ya de día, y entonces, descorriendo las cortinas, se sentó al lado de la ventana para examinar el paisaje que se ofrecía ante su vista.

En todo aquello había dos o tres cosas que no comprendía. Si Larmes Keep era el cuartel general de la banda de Flack, ¿qué tenía que ver con ellos Olga Crewe? La joven debía tener veinticuatro años, llevaba en la casa lo menos diez años, y Reeder conocía de sobra a los malhechores para no saber que no trabajaban con niños. Además, Olga había estado en un colegio por lo menos cuatro de aquellos diez años. El detective movió la cabeza en señal de incompreensión.

Pensó que hasta que oscureciera no ocurriría nada de particular, y echándose en la cama se cubrió con la colcha y durmió hasta que un golpecito en la puerta anunció la llegada de la doncella, que traía el té.

La criada era una mujer de cara redonda, joven, aunque no una niña, que hablaba con ligero acento de Cockney y cuyos modales bruscos denotaban que se creía parte indispensable de la casa. Reeder recordó que era la misma que le había servido durante la cena.

—¡Pero el señorito no se ha desnudado! —dijo, sorprendida.

—No lo suelo hacer nunca —repuso Reeder, incorporándose y cogiendo la taza de té—. Es una pérdida de tiempo inútil. Tan pronto como se ha quitado uno el traje tiene que volvérselo a poner.

La otra le miró seriamente.

—Usted es un detective, ¿no? Todo el mundo lo sabe ya. ¿Para qué ha venido usted?

Reeder sonrió enigmáticamente al ver la ansiedad con que la criada le preguntaba.

—No voy yo a descubrir los asuntos del dueño de la casa.

—¿Le ha mandado llamar a usted? ¡Qué barbaridad!

El detective se llevó un dedo a los labios.

—¿Se trata de los candeleros?

Reeder asintió.

—¿Sigue creyendo que los ha robado alguien? —preguntó la criada, roja y con los ojos brillantes. Reeder se estaba enterando de uno de los pequeños escándalos del hotel.

Aquello no carecía de interés. En el rostro de la criada se reflejaban los remordimientos. El detective hubiera podido jurar quién había robado los candeleros, porque los que no hacen más que hurtos sin importancia no pueden disimular sus impresiones.

—¿Puede usted decirme...? —comenzó a decir ella; pero Reeder la hizo callar levantando una mano.

—Cállese usted y téngame por amigo suyo —repuso.

Era un hombre muy astuto, cosa que a primera vista no se podría sospechar de él. Además, necesitaba obtener algunos informes de lo que sucedía en la casa y comprendió que aquella mujer podría suministrarlos. Sin embargo, no llegó a suponer que en manos de la doncella estaba todo el secreto de Larmes Keep.

Al bajar, Reeder decidió ir a la oficina de Daver; quería saber la historia de aquellos candeleros desaparecidos. Entonces oyó una voz de mujer que hablaba en tono irritado, y cuando iba a llamar a la puerta del despacho, ésta se abrió y él pudo escuchar lo siguiente:

—¡Me trata usted muy mal! ¡Muy mal, míster Daver! He estado trabajando durante cinco años sin decirle nada a nadie y ahora me trae usted un detective para espiarme. ¡No consentiré que me traten como una ladrona! Si usted cree que me he portado mal después de todo lo que he hecho... Sí, ya sé que me han pagado bien; pero yo podía haber sacado aún más dinero... Yo tengo mi dignidad, Mr. Daver, lo mismo que usted, y esto de hoy... ¡Me marcharé esta misma noche!

Y la criada, pues ella era, salió del despacho furiosa, sin casi darse cuenta de que el detective aguardaba fuera. La puerta se cerró detrás de ella; por lo visto, Mr. Daver estaba también de mal humor, afortunadamente para Reeder, a quien no le parecía prudente que se enteraran de que él había oído toda o parte de aquella conversación.

Entonces salió al campo, bañado por el sol; de las personas que se habían despertado durante la noche, él era el más animado y el más satisfecho. Se encontró con el reverendo Mr. Dean y con el coronel, que llevaba unos mazos de *golf*, y ambos le saludaron con un gruñido. El coronel estaba algo agitado, y Mr. Dean hizo un gesto cuando pasó a su lado.

Dando paseos por la llanura examinó la fachada de la casa minuciosamente. Las líneas del edificio eran muy definidas: de trazos rectos y angulares y aspecto tétrico, que no disimulaban las ventanas Tudor abiertas ya en época lejana.

Luego llegó a la campiña que se extendía delante de la ventana de su cuarto. Allí se veía un macizo de rododendros que quizá tuvieran alguna utilidad, pero que realmente resultaba un sitio sospechoso.

Debajo de su ventana veía un chaflán del gabinete, cosa que satisfizo al detective, porque sabía que era conveniente que la alcoba de uno estuviese encima de una habitación en la que pudiera mirar todo el mundo.

Volviendo sobre sus pasos llegó a la otra parte del edificio. Allí había tres ventanas, cubiertas con gruesas cortinas, que indudablemente pertenecían a las habitaciones particulares de Mr. Daver. La pared situada debajo de ellas estaba oscurecida por la hiedra; Reeder se preguntó qué habría en aquel ala de la casa.

Al regresar a la puerta principal vio a Margarita Belman, que, resguardándose con la mano del sol, buscaba indudablemente a alguien. Cuando se dio cuenta de la presencia del detective fue con presteza a su encuentro.

—¡Ah, está usted allí! —dijo dando un suspiro de alivio—. No sabía qué le había pasado: no ha bajado usted a almorzar...

La joven parecía algo fatigada: indudablemente no había pasado la noche tan divertida como él.

—No he dormido desde que hablé con usted —dijo, contestando a este pensamiento de Reeder—. ¿Qué sucedió? ¿Es verdad que alguien quiso entrar en la casa?

—Quiso entrar y entró —repuso Mr. Reeder—. Pero en los hoteles son frecuentes, ¡hum!, los robos, miss, ¡hum!, Margarita. ¿Ha avisado Mr. Daver a la Policía?

La joven hizo un movimiento de cabeza.

—No lo sé. Ha estado telefoneando durante toda la mañana; yo acabo de ir ahora a su cuarto, pero estaba cerrado y sólo oí su voz. Mr. Reeder, no me dijo usted la cosa tan terrible que sucedió en Londres el día de mi marcha. Lo he leído en el periódico esta mañana.

—¿Una cosa terrible?

El detective estaba perplejo. Ya casi había olvidado el incidente del fusil.

—¡Ah!, ¿se refiere usted a aquella bromita?

—¡Broma! —repitió ella, asombrada.

—Los criminales tienen un sentilo especial del humor —dijo Mr. Reeder alegremente—. Aquello no era más que, ¡hum!, una farsa para asustarme. Son cosas que uno ya espera, como si dijéramos: las papeletas de examen que se nos dan para demostrar la agudeza de cada uno.

—¿Pero quién lo hizo? —preguntó ella. Míster Reeder miró entonces con aire indiferente para todos los lados. Margarita notó que le era molesto hablar de un

incidente tan trivial.

—Aquí está nuestra amiga —dijo de pronto el detective, y la joven, siguiendo la dirección de sus ojos, vio a Olga Crewe.

Esta llevaba un vestido gris oscuro y un gran sombrero negro que la tapaba la cara. Saludó con una sonrisa nada afectada a su compañero de pensión.

—Buenos días, Mr. Reeder. Creo que no es esta la primera vez que nos encontramos —exclamó, acariciándose un brazo.

Míster Reeder presentó sus excusas.

—Ni aun ahora sé lo que ha sucedido —dijo Olga, y entonces se enteró Margarita por primera vez de lo que aconteció la noche anterior antes de salir ella de su cuarto.

—No creía que tuviera usted tanta fuerza. ¡Mire!

Olga Crewe se levantó la manga del vestido, enseñando una mancha azul que se veía en su antebrazo. Al ver la cara del detective se echó a reír.

—¿Ha enseñado usted a Mr. Reeder todas las atracciones de la finca? —pregunto a Margarita con tono ligeramente despreciativo—. Creía que estaría usted hoy en la piscina.

—No sabía que hubiera una piscina —dijo Reeder—. Realmente, después de los acontecimientos de anoche, esta casa me parece tan siniestra que creo que aquí habrá que bañarse en sangre.

A Olga no la divirtió aquello. Cerró los ojos y se estremeció ligeramente.

—¡Qué bromista es usted! Venga, miss Belman.

A Margarita le disgustó aquel tono, que casi equivalía a una orden, pero obedeció. Cuando se alejaron de la casa, Olga se detuvo y señaló en una dirección.

—Venga usted a ver el pozo. ¿Le gustan las cosas viejas? —preguntó.

—Me gustan más las nuevas —repuso Reeder alegremente—. Sobre todo, la gente a quien conozco poco me entusiasma.

Olga sonrió, disimulando su turbación.

—Entonces estará usted muy satisfecho, porque no conocía a nadie de los que vivimos aquí.

El detective frunció las cejas.

—Sí, hay dos personas en esta casa a quienes no conocía antes —dijo. Miss Crewe se le quedó mirando.

Por entonces llegaron a donde la joven había dicho. Reeder leyó despacio la inscripción antes de tantear con el pie la tabla de madera que cubría la boca del pozo.

—¿Sólo dos? ¿Me conocía usted a mí de antes?

—La he visto a usted —repuso Reeder—, pero no la conocía.

—Esa trampa no se ha abierto desde hace muchos años —dijo Olga—. Yo no la tocaría, añadió al ver que Reeder, tirando de ella, dejaba al descubierto una profunda cavidad.

La tabla se abría por medio de dos puertas que debían haber sido engrasadas recientemente, porque no chirriaban al abrirse ni había tampoco polvo encima de

ellas. Agachándose, el detective se asomó a la boca del pozo, mirando hacia abajo.

—¿Cuántas carretadas de cal y arena se necesitaron para llenarlo? —preguntó luego.

Margarita leyó la tablilla.

—¡Hum! —dijo entonces Mr. Reeder, y buscándose en los bolsillos, sacó una moneda de dos chelines que dejó caer por la abertura.

Escuchó durante largo tiempo y luego oyó cierto ruido metálico.

—¡Nueve segundos! —exclamó, mirando a Olga—. Restando lo que haya tardado en llegar a nosotros el sonido, se puede saber la profundidad de este agujero.

Luego se levantó, se quitó el polvo de los pantalones y volvió a dejar la trampa como estaba.

—Quizá haya rocas debajo —dijo—; pero agua seguro que no. Voy a calcular cuánto haría falta para llenar el pozo por completo. Será una ocupación muy interesante para mí, que de joven sentía mucha afición por las matemáticas.

Durante el camino de vuelta, Olga Crewe se mantuvo en silencio. Cuando por fin llegaron a la puerta de la casa dijo a Margarita:

—Enseñe usted a Mr. Reeder el resto de la casa. Yo estoy algo cansada.

Y con una inclinación de cabeza entró en el edificio. Mr. Reeder la vio desaparecer con mucho interés.

—Con la pintura estaría muy diferente —dijo hablando para sí—; pero la voz es muy difícil de disimular. Aun al mejor actor le saldría mal.

—¿Habla usted conmigo?

—Conmigo mismo —repuso Reeder, y añadió deferentemente—: Es una mala costumbre que tenemos todos los viejos.

—Es que miss Crewe no se pinta nunca.

—Mientras está en el campo, claro —dijo Reeder, y señalando con su bastón el muro que bordeaba el acantilado preguntó—: ¿Qué hay al otro lado de esa pared?

—La muerte repentina —repuso Margarita, riendo.

Durante un cuarto de hora estuvieron apoyados en el parapeto contemplando la playa que se extendía debajo. El canal que conducía a la cueva llamó la atención del detective. Preguntó a la joven qué anchura tenía; Margarita contestó que debía de ser muy angosto, pero él no estuvo conforme.

—Una cueva subterránea es algo magnífico; y además ese canal me parece más grande que muchos. Creo que tendré que hacer una exploración. ¿Cómo podría uno bajar?

Miró hacia la derecha y hacia la izquierda. La playa estaba encerrada dentro de una pequeña bahía, limitada a un lado por el precipicio, y al otro, por una montaña de rocas que se extendía hasta el horizonte. Míster Reeder, señalando al mar, dijo:

—Francia está a sesenta millas.

Tenía la costumbre de salirse por la tangente.

—Pues me parece que voy a dar una vueltecita por aquí esta tarde. El paseo me entretendrá.

Cuando volvían a la casa se acordó Reeder de la piscina y pidió a Margarita que se la enseñase.

—No sé por qué Mr. Daver no la manda desecar —dijo la joven—. Es un gasto inútil. Vi el impuesto del Municipio ayer y hay que pagar una suma tremenda por sacar agua corriente en la casa.

—¿Es muy antigua?

—Eso es lo asombroso —repuso ella—. Que fue construida hace doce años, cuando la gente apenas si había oído hablar de piscinas particulares.

El estanque era de forma ovalada, y una de sus paredes había sido construida artificialmente. El otro lado y el fondo, sin embargo, eran de roca natural. Había también como una especie de plataforma abierta en la piedra. Mr. Reeder dio varias vueltas por allí, mirándose en las límpidas aguas. En la parte rocosa se detuvo más tiempo y practicó una investigación minuciosa. Había un sitio —no podía calcular a qué profundidad— en que el muro se interrumpía dejando un hueco.

—Esto es muy interesante —dijo luego—. Me parece que voy a ir por mi traje de baño. Afortunadamente, he traído uno.

—No sabía que practicara usted la natación —exclamó la joven sonriendo.

—Soy aficionado a todo —repuso Reeder con ademán modesto.

Fue a su cuarto, se desnudó y se puso un traje de baño, cubriéndose con el abrigo. Olga Crewe y Mr. Daver habían ido a Siltbury; con gran satisfacción suya había visto bajar por la colina al coche del hotel, envuelto en una nube de polvo.

Cuando se quitó el abrigo para meterse en el agua presentaba un aspecto realmente cómico, porque llevaba un cinturón encima del traje de baño, al que iba sujeto un cuchillo de caza de hoja muy larga, y además había sacado de su cuarto una maleta de tela impermeable en la que guardaba una de las muchas linternas que siempre llevaba consigo. Hizo los preparativos de siempre: metió los pies en el agua fría, estremeciéndose un poquito, y luego se zambulló. Sin perder el tiempo en preliminares se dejó caer al fondo, acercándose a la roca que le había llamado la atención.

La abertura tenía dos pies de altura y unos ocho de ancha; el detective se aventuró por ella, sujetándose a la bóveda rocosa para avanzar más de prisa.

De repente terminó esta bóveda, y Reeder se vio rodeado de agua por todas partes: entonces subió a la superficie y se agarró a un saliente para mantenerse a flote, mientras abría la maleta que llevaba a la cintura y la dejaba encima de una especie de plataforma, después de haber sacado la linterna.

Estaba en una cueva natural, y bastante alta, que se había formado en el interior de una de las rocas que limitaban la piscina. En el rincón más lejano de la caverna había una abertura de cuatro pies de altura por dos de ancha. El detective vio que de ella salía una especie de corredor que bajaba.

Avanzó por él unas cincuenta yardas, observando que aunque el pasillo era obra de la naturaleza —probablemente habría sido un torrente subterráneo y algún enorme cataclismo lo elevó por encima de las aguas—, se había convertido en practicable por obra del hombre. En un sitio se veían hendiduras producidas por el escoplo; en otro huellas de la voladura de algún barreno. Mr. Reeder, volviendo sobre sus pasos, llegó a la cueva, y después de tapar la linterna hizo una profunda aspiración y se metió en el agua con objeto de regresar al estanque. Cuando salió a la superficie vio la cara aterrada de Margarita Belman.

—¡Oh, Mr. Reeder! —exclamó la joven—. ¡Me ha asustado usted! Le oí saltar, pero al llegar aquí vi que no había nadie y creía que le habría pasado algo. ¿Dónde ha estado usted? No ha podido pasar todo este tiempo sin respirar...

—¿Quiere usted darme mi abrigo? —dijo Reeder; y después de abrochárselo apresuradamente, añadió con cierta solemnidad—: He ido a ver si en esta casa se cumplía lo prescrito por el Ayuntamiento.

La joven le miró asombrada.

—En todos los teatros, como ya sabrá usted, miss..., ¡hum!..., Margarita, se requiere que haya salidas suplementarias para casos de urgencia. Ya he visto dos esta mañana, pero me parece que la más importante no la he descubierto aún.

—¡Qué hombre! ¡Indudablemente la locura es lo que más se parece al genio!

El detective comió solo aquel día, y a primera vista ningún huésped se interesaba menos por sus compañeros que Mr. J. G. Reeder. Los dos jugadores de *golf* habían vuelto y comían en la misma mesa. Miss Crewe, que llegó algo tarde y que le saludó con una sonrisa, se sentó precisamente enfrente de él.

—Olga está inquieta —se dijo el detective para sí—. Esta es la segunda vez que se le cae el tenedor. Ahora se levantará y volverá a sentarse, dándome la espalda. ¿Pero con qué pretexto?

Por lo visto no hacía falta pretexto alguno. La joven llamó a una camarera e hizo que la llevaran el vaso y los cubiertos al otro lado de la mesa. Reeder estaba satisfecho de sí mismo.

Daver entró en el comedor cuando el detective pelaba una manzana.

—Buenos días, Mr. Reeder. ¿Se ha disipado su pesadilla? Ya veo que sí. Es usted un hombre de hierro: yo le admiro, porque, por mi parte, soy el hombre más miedoso del mundo y sólo al pensar en un ladrón me estremezco. Esta mañana tuve una discusión con una criada, y, no lo creerá usted, no podía articular palabra hasta largo rato después. Usted no es como yo, ¿verdad? Es natural. Me ha dicho miss Belman que ha utilizado usted hoy nuestra piscina. ¿Le gusta? Supongo que sí.

—¿Quiere usted sentarse y tomar café conmigo? —preguntó cortésmente Mr. Reeder; pero Daver rehusó la invitación y dijo, inclinándose con una ligera sonrisa en los labios:

—No, no; tengo que trabajar. No sabe usted lo agradecido que estoy a miss Belman por haberme orientado hacia el personaje más fascinador de los tiempos

actuales. ¡Qué hombre! —exclamó, repitiendo sin saberlo el elogio de Reeder—. Yo trato de seguir su vida... No, no puedo detenerme: me voy a marchar ahora mismo. ¿Se sabe algo de su infancia? ¿Estaba casado?

Reeder asintió. No tenía ni la más ligera idea acerca del casamiento de John Flack, pero le pareció que en aquella ocasión no debía mostrarse ignorante. Sin embargo, no pudo suponer el efecto que aquello iba a causar sobre Daver. El dueño del hotel se quedó con la boca abierta.

—¿Casado? —balbuceó—. ¿Quién se lo ha dicho a usted? ¿Dónde se casó?

—De eso —repuso gravemente Reeder— me está prohibido hablar.

—¡Casado! —exclamó Daver, frotándose la barbilla; pero no siguió la conversación. Hizo algunas alusiones al tiempo y luego salió del comedor.

Míster Reeder siguió sentado en lo que él llamaba la sala de los banquetes, con una revista ilustrada en la mano y aguardando a que se le presentase una ocasión más pronto o más tarde. Mientras, vigilaba cuidadosamente a los criados. Las camareras que servían a la mesa vivían en un pequeño pabellón situado en el extremo de la finca más próximo a Siltbury. Todos los hombres, incluso el portero, le parecían fuera de sospecha. El portero era un viejo soldado que llevaba multitud de condecoraciones prendidas en la guerrera de su uniforme y tenía un ayudante, un joven natural del mismo Siltbury: era el único miembro de la servidumbre que no dormía en uno de los pabellones. El resto de los criados no ofrecía interés alguno: sólo la doncella ofendida podía servirle de algo, aunque a lo mejor no haría sino molestarle contándole sus penas.

Desde donde estaba sentado Reeder se veía la llanura. A las tres, el coronel, el reverendo Mr. Dean y Olga Crewe salieron por la verja, indudablemente con dirección a Siltbury. El detective llamó entonces al timbre, y con gran satisfacción suya fue la doncella que estaba ofendida la que recibió su orden e que le prepararan té.

—Este es un sitio muy agradable —dijo míster Reeder para entablar conversación.

La muchacha contestó lacónicamente:

—Sí, señor.

—A cualquier muchacha —añadió el detective mirando por la ventana— le encantaría venir aquí, y creo que a todas se les partiría el corazón antes de marcharse.

La otra no debía estar conforme con esto, porque repuso:

—El trabajo de arriba no es molesto, ni el del comedor tampoco. Pero yo no lo puedo resistir. Estuve en un hotel de campanillas antes de venir aquí. Voy a marcharme para mejorar de empleo. Cuanto antes me vaya, mejor.

La doncella reconoció que pagaban bastante; pero allí, según su propia frase, «no se vivía». Y según después añadió, prefería que los huéspedes fuesen hombres a que fueran mujeres.

—Miss Crewe —la que aquí llaman así— me da más trabajo que todos los demás juntos —dijo—. No puedo darla gusto. Primero quiere un cuarto, luego le gusta más otro. No sé por qué no se va con su marido.

—¿Con su...? —Mr. Reeder miró a la criada sorprendido, y, para disimular, exclamó:

—Quizá no se lleven bien.

—Nunca riñen; Como me consta que se han casado, no me explico por qué aparentan no serlo y se ven a hurtadillas yendo él al cuarto de ella y ella al de él. Y ya llevan bastante tiempo con todas sus farsas —añadió.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Reeder.

—Desde la última semana, o así —repuso la criada—. Yo sé que se han casado porque he visto su partida de matrimonio: se casaron hace seis años. Ella guarda este documento en su tocador.

Y luego se le quedó mirando con desconfianza.

—No debía haber dicho a usted esto. No quiero hacer daño a nadie, aunque me hayan tratado muy mal —dijo—. Nadie de la casa más que yo lo sabe. Fui doncella de la señorita durante dos años. Pero si se portan mal conmigo yo tampoco tengo por qué andar con contemplaciones.

—¡Casados hace seis años! ¡Caramba!

Y volviendo la cabeza miró fijamente a la criada.

—¿Le gustaría a usted ganarse cincuenta libras? —preguntó—. Se las daré a usted con tal de que pueda echar un vistazo a esa partida de matrimonio.

La doncella se puso encarnada.

—Intenta usted sobornarme —dijo en tono vacilante; y luego añadió:

—No quiero perjudicarles.

—Yo soy detective —explicó entonces Reeder—; pero ahora me ha encargado el director de los Registros averiguar si ese casamiento fue legal o no. Yo podría registrar el cuarto de miss Crewe y buscar el certificado, pero preferiría que usted me ayudase. Si cincuenta libras sirven de algo...

La otra se quedó callada por un momento, y luego repuso que ya vería. Media hora más tarde volvió a entrar en el *hall* y dijo al detective que lo había buscado, pero en vano. El sobre en que estaba la partida seguía en el sitio de antes, pero el certificado ya no estaba.

Míster Reeder no preguntó quién había sido el novio de Olga, aunque no se lo dijeron, porque estaba seguro de quién era aquel afortunado mortal. Hizo entonces a la otra una pregunta que la criada contestó como él ya suponía.

—¿Sabe usted el nombre del padre de ella?

—John Crewe, comerciante —repuso inmediatamente la doncella—. El nombre de la madre es Ana. Me hicieron jurar sobre la Biblia que no le diría a nadie que estaban casados.

—¿Y lo sabe alguna persona? ¿Nadie, verdad?

La joven se detuvo, vacilante.

—Sí. La señora Burton lo sabe. Sabe todo.

—Gracias —dijo Reeder, sacando de la cartera dos billetes de cinco libras—.

¿Cuál era la profesión del marido? ¿La recuerda usted?

La otra hizo un gesto.

—Secretario ponía, y no sé por qué, siendo una persona independiente.

—Gracias —repitió Reeder.

Y luego telefoneó a Siltbury pidiendo un *taxi*.

—¿Va usted a salir? —le pregunto Margarita, encontrándole en la puerta.

—Voy a Londres a comprar algunos regalitos —repuso Reeder—. Cualquier cosa para agradar a unos amigos.

No fue directamente en el *taxi* a Siltbury. Antes siguieron por un camino que corría paralelo a la costa y que terminaba en un paraje arenoso del que el coche salió con alguna dificultad.

—Ya le dije que por aquí no íbamos a ningún sitio —exclamó el conductor, algo irritado.

—Entonces vamos bien —repuso Reeder empujando al coche para que llegara a sitio más seguro.

Según le informó el *chauffeur*, a Siltbury no iban nunca muchos visitantes. La playa de la ciudad era de guijarros y casi todo el mundo la prefiere de arena.

—Hay playas preciosas por aquí —dijo el conductor—, pero es imposible llegar a ellas.

Hacía un cuarto de hora que habían tomado el camino que conducía al pueblo, cuando Reeder, que iba al lado del conductor, le señaló una serie de dunas situadas a la derecha.

—Son las canteras de Siltbury. Ahora ya no se trabaja en ellas, pero han abierto muchos agujeros.

—¿Agujeros?

—Están llenas de ellos por completo. Usted se perdería entre tanta cueva. El viejo míster Kimpon las explotaba hace muchos años, pero se arruinó. Hay una caverna en la que cabrían holgadamente cuatro coches. Hace veinte años, tres personas entraron para explorar y no volvieron a salir.

—¿Quién es el dueño de esto ahora?

A Mr. Reeder no le interesaba aquello; pero cuando estaba preocupado con cualquier cosa solía entablar una conversación, porque el sonido de la voz humana ejercía sobre él un efecto maravilloso.

—Ahora el dueño es Mr. Daver. Lo compró a raíz de haberse extraviado esas tres personas y ha cerrado la entrada. Ya lo verá usted en seguida.

Subían en aquel momento una ligera pendiente. Cuando llegaron a la cima de la colina, Reeder vio a unas doscientas yardas de allí una especie de abertura cercada por una valla de madera.

—Desde aquí no se ve —dijo el conductor—; pero la parte de arriba del agujero está alambrada por completo.

—¿Ha puesto una valla el dueño?

—Sí, señor. Mr. Daver posee toda la tierra que se extiende desde aquí hasta el mar. Antes cultivaba unos cien acres de terreno, pero no sacaba nada. En aquellos días guardaba todo el material dentro de la cueva.

—¿Cuándo dejó el cultivo? —preguntó Reeder interesado.

—Hace cerca de seis años —repuso el otro, diciendo precisamente la misma fecha que sospechaba el detective—. Yo antes veía mucho a Mr. Daver, porque tenía un coche de caballos que era el que él tomaba siempre. En aquel tiempo trabajaba enormemente: por la mañana, en la finca, y al oscurecer, iba a la ciudad a comprar cosas. Más parecía un criado que el dueño. Solía ir a la llegada de los trenes y tenía muchos huéspedes en su casa: más que ahora. A veces los buscaba en el mismo Londres y también acostumbraba a visitar a miss Crewe cuando ésta estaba en el colegio.

—¿Conoce usted a miss Crewe?

Por lo visto el *chauffeur* la había visto muchas veces, pero sin hablarla casi nunca.

Reeder bajó entonces del coche y cruzando la valla llegó al camino. El suelo era calcáreo y parecía haber sido arreglado recientemente. El *chauffeur* le dijo que Mr. Daver hacía siempre que dos hombres mantuvieran en buen estado la carretera, aunque no sabía por qué.

—¿Adónde quiere usted ir ahora?

—A algún sitio tranquilo desde donde se pueda telefonear.

Tales eran los hechos averiguados por el detective, los cuales no carecían de interés. La vida de Mr. Daver había cambiado por completo hacía seis años. De atareado hombre de negocios, «más criado que dueño», se había convertido en plácido rentista. El misterio de Larmes Keep parecía ya resuelto. Reeder llamó por teléfono al inspector Simpson y le puso al corriente de todo.

—A propósito —dijo Simpson al terminar—, el oro aún no ha sido enviado a Australia. Ha pasado no sé qué en el muelle. Lo que dijo usted acerca de que Flack lo robaría sería una broma, ¿verdad?

Reeder, que había olvidado por completo aquel incidente, dio una respuesta evasiva.

Cuando volvió a Lames Keep ya habían regresado los demás huéspedes. El portero dijo que pensaban organizar una fiesta para el día siguiente; pero como ya había repetido la misma historia la víspera, Mr. Reeder no le hizo mucho caso; suponía que hablaba de buena fe. Pero en la casa no había indicio alguno de tal fiesta; ni siquiera se preparaban para recibir a nuevos huéspedes.

El detective buscó a la doncella ofendida, pero en vano. Preguntando discretamente, se enteró de que se había marchado aquella misma tarde.

Entonces subió a su cuarto, cerró con llave la puerta y se dedicó a la lectura de dos gruesos volúmenes que había traído consigo. Eran las hazañas de la banda de Flack. Quizá sea impropio decir «banda», porque el viejo disponía y cambiaba de ayudantes como un empresario teatral de actores. La policía conocía a muchos que habían colaborado con John Flack en sus tristemente célebres robos. Algunos habían ido a la cárcel, intentando vanamente, después de recobrar la libertad, entablar de nuevo relaciones con un jefe que pagaba tan generosamente. Otros, en el mismo caso que los anteriores, habían desaparecido y se creía que vivían como potentados en el extranjero.

Reeder pasaba las hojas del libro, lleno de detalles importantes, haciendo la cuenta de lo que aquel hombre había adquirido durante su actuación de veinte años. El total era sorprendente. Flack había trabajado sin cansarse nunca, y aunque pagaba bien, no había gastado mucho. En algún sitio de Inglaterra debía haber un tesoro enorme. Y Reeder adivinaba que todo este dinero estaba muy cerca de él.

¿Con qué fin se había afanado tanto John Flack? ¿Qué objeto llevaba al reunir una suma tan inmensa? ¿Era solamente por ambición? ¿O trabajaba como un loco, sin finalidad alguna?

La codicia del viejo era bien conocida. Nada le bastaba. Al robo del Banco Leadenhall siguió, una semana más tarde, otro al Trust Sindical de Londres, que aunque la policía se enteró del plan unos días antes, fue llevado a cabo hasta en sus más mínimos detalles.

El detective cerró entonces los libros y bajó en busca de Margarita Belman. El desenlace del drama se acercaba y era necesario, para que él estuviera tranquilo, que la joven se marchara de Larmes Keep en seguida.

Estaba Reeder en mitad de la escalera cuando vio que Daver subía. Tuvo una inspiración.

—Precisamente le andaba buscando —dijo. ¿Querría usted hacerme un favor?

Daver se deshizo en cumplimientos.

—¿Yo un favor a usted? Estoy a su disposición.

—He estado pensando continuamente en lo ocurrido anoche —dijo Reeder.

—¿La aventura del ladrón? —preguntó Daver en seguida.

—Eso mismo —contestó el detective—. Ha sido un incidente que no quiero olvidar, y, afortunadamente para mí, he encontrado una huella dactilar en la puerta.

Reeder notó que Daver se demudaba.

—Es decir, he encontrado algo que se parece a una huella dactilar, y quiero asegurarme por medio del dactiloscopio. Por desgracia, sin pensar en que este instrumento me podía haber sido útil, me lo dejé en Londres y querría saber si puedo mandar a alguien...

—Con muchísimo gusto —repuso Daver, aunque su tono carecía de sinceridad—

•. Uno de los criados...

—Yo pensaba en miss Belman —le interrumpió Reeder—, que es amiga mía y que, además, trataría con gran cuidado ese aparato tan delicado.

Daver se quedó callado por un momento, meditando.

—Quizá sería mejor un criado... en el próximo tren.

—Es que ella iría en *auto*: yo me encargaría de eso.

Y añadió, frotándose la barbilla:

—También puedo traer un par de hombres de Scotland Yard.

—No, no —repuso inmediatamente Daver—. Que vaya miss Belman. Me parece muy bien; yo mismo se lo diré.

Reeder consultó entonces su reloj.

—El próximo tren sale a las ocho treinta y cinco, y creo que es el último. Miss Belman tiene tiempo de cenar antes de partir.

Y fue el mismo detective el que enteró de todo a la sorprendida Margarita.

—Iré con mucho gusto; ¿pero no sería mejor que fuera otra persona? ¿No podría enviar usted...?

Al ver los ojos de él fijos en los suyos se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

—¿Quiere usted hacer esto por... ¡hum!... por mí, miss... ¡hum!..., Margarita? —preguntó Reeder en tono humilde.

Luego fue al *comptoir* y escribió una nota mientras la joven pedía un coche por teléfono. Ya oscurecía, cuando un landó se detuvo delante de la puerta del hotel. Reeder, que acompañaba a Margarita, abrió la puerta del carruaje.

—Hay un hombre dentro —murmuró a su oído—. No se alarme usted: es un policía que la acompañará a Londres.

—Pero..., pero... —comenzó a decir ella.

—Llegará usted ya cerrada la noche a la capital —dijo Reeder—. Yo espero reunirme con usted por la mañana.

CAPITULO XII

Estaba Mr. Reeder en su cuarto con todos sus escasos útiles de tocador delante de él y, pensando en el tiempo que la moda le hacía perder —porque se había vestido para ir a cenar—, cuando llamaron a la puerta de su cuarto. El detective dejó por un momento de peinarse y miró en todas direcciones.

—Adelante —dijo luego.

La cabeza de Mr. Daver apareció en la puerta, con su expresión habitual de disculpa.

—¿Le interrumpo acaso? —preguntó—. Siento tener que molestarle; pero como miss Belman se ha marchado, ¿comprende usted?, creía...

—Entre usted, entre usted —dijo—. Estaba preparándome para acostarme. Estoy muy cansado, y este aire de mar...

El rostro de Daver se alargó.

—Entonces, Mr. Reeder, de nada ha servido mi visita. El caso es —añadió, cerrando la puerta como si tuviera que decir algo muy importante que no debía oír nadie— que mis tres huéspedes quieren jugar al *bridge* y me han encargado que le diga a usted si quería hacer el favor de acompañarles.

—Con mucho gusto —repuso Reeder amablemente—. Yo no juego ni mal ni bien, pero bajaré inmediatamente.

Míster Daver se retiró, deshaciéndose en frases de agradecimiento. Apenas se hubo cerrado la puerta detrás de él, cuando Reeder echó la llave y, sacando del baúl una larga escala de cuerda, la arrojó por el balcón, sujetándola a una de las patas de la cama. Luego, asomándose al balcón, dijo ciertas palabras en voz baja y se sujetó al lecho a fin de que éste no se venciera con el peso del hombre que subía por la escalera. Cuando éste hubo subido guardó aquélla en el baúl de nuevo, y después de cerrarlo se acercó a uno de los tabiques de la estancia, que resultó ser, una vez abierto, un armario, como ya le había dicho Mr. Daver.

—Es un escondite como otro cualquiera. Brill —dijo el detective—. Siento tener que dejarte solo durante dos horas, pero no creo que nadie te venga a molestar. Dejaré encendida la luz para que veas bien.

—Perfectamente —repuso el policía de Scotland Yard, metiéndose en el armario.

Cinco minutos más tarde Mr. Reeder cerraba con llave la puerta de su cuarto y bajaba a reunirse con los que le esperaban.

Los huéspedes estaban en el *hall* silenciosos, hasta que, viéndole llegar, emprendieron lo que apenas si podía pasar por conversación frívola. Había también otra persona cuando entró Reeder, y desconocida para éste: una mujer de aspecto melancólico y vestida de negro, que el detective supuso sería la desconsolada señora Burton. Al verle llegar, los dos hombres se levantaron, y después de las frases tradicionales organizaron el juego de compañeros. Reeder se sentó enfrente del

coronel Hothling, a su izquierda estaba miss Crewe, a su derecha el reverendo Mr. Dean.

—¿A cuánto jugamos? —preguntó el coronel, atusándose el bigote y mirando fijamente al detective.

—A una puesta modestita —repuso éste—. Yo no juego muy bien.

—Propongo seis peniques los cien puntos —dijo el reverendo—. Es lo más que puede ser para un pobre sacerdote como yo.

—O para un militar retirado como yo —contestó el coronel; quedando, por tanto, decidido que fueran seis peniques los cien puntos.

Jugaron dos manos sin hablar casi más que lo indispensable. Reeder sabía que la situación estaba muy tirante, pero no hizo nada para romper el hielo. Su compañero parecía demasiado nervioso para un hombre que debía haber pasado toda su vida en el campo de batalla.

—Aquí se pasa muy bien —dijo Reeder con su dulzura característica.

Una o dos veces vio que la mano con que la joven sostenía las cartas temblaba ligeramente. Sólo el reverendo continuaba impasible y jugaba sin vacilaciones.

Y después de una jugada malísima de su compañero, de una jugada que dio a los otros la baza y el juego, Mr. Reeder echó para atrás su silla.

—¡Qué mundo más extraño es éste! —dijo sentenciosamente—. ¡Y cómo se parece a un juego de cartas!

Los que conocían bien al detective sabían que cuando éste empezaba a filosofar era cuando había de temérsele más; pero los tres que estaban sentados en aquel momento a su lado no notaron sino que había dicho una vulgaridad.

—Hay personas —murmuró Reeder mirando hacia el techo— que no juegan bien hasta que no tienen todos los ases. Yo, por el contrario, prefiero quedarme con los reyes.

—Juega usted muy bien, Mr. Reeder.

Era la joven la que había hablado con voz temblorosa y vacilante, como si estuviese inquieta.

—Los dos primeros juegos los llevo bien —repuso Mr. Reeder—. Debe ser porque tengo una memoria extraordinaria y me acuerdo de todas las figuras.

Hubo un silencio. Aquella vez la alusión era demasiado directa para que los demás no se diesen cuenta.

—Cuando yo era joven —prosiguió Reeder, sin dirigirse a nadie en particular— conocí a cierto sujeto que pudiera muy bien llamarse el rey de las casas de juego. Empezó su actuación..., ¡hum!..., profesional siendo condenado por bigamo; luego se dedicó a fomentar la existencia de garitos y tomó parte en el robo de un Banco en Denver. Hace bastantes años que no sé de él: sus compañeros solían llamarle «El Coronel», porque era un hombre de aspecto militar y de lengua muy suelta.

El detective no miraba al coronel al hablar; por eso no pudo ver cómo éste se ponía pálido.

—No he vuelto a verle desde que se dejó bigote; pero creo que podría reconocerle por el color de sus ojos y por una cicatriz que tiene en el cuello, recuerdo, indudablemente, de alguna desagradable aventura. Me dijeron que era un gran esgrimidor del cuchillo, arte que debió aprender durante su estancia en la América latina. Era, como ya digo, el rey de las casas de juego.

El coronel estaba impasible, sin mover un músculo del rostro.

—Se cree —añadió Reeder mirando a la joven pensativamente—, que como debe haber cambiado mucho se atreve a alojarse en los mejores hoteles sin miedo a la policía.

Olga miraba también fijamente a Reeder con los labios contraídos.

—¡Dice usted unas cosas interesantísimas, míster Reeder! —pudo balbucear al fin—. Míster Daver me ha dicho que tiene usted algo que ver con la policía.

—Muy poco, muy poco —repuso Reeder.

—¿Y conoce usted a más reyes? —preguntó el reverendo con voz fría. El detective se volvió hacia él.

—Al rey de los diamantes —dijo en voz baja—. Nombre muy apropiado para un sujeto que estuvo cinco años ejerciendo un tráfico ilegal de piedras preciosas en el África del Sur y otros cinco años en la cárcel de la ciudad del Cabo. Le encerraron, si no recuerdo mal, por haber agredido a un vigilante, y cuando recobró la libertad tomó parte en un robo en Johannesburgo; pero ahora, por más esfuerzos que hago, no puedo acordarme de si le encerraron en la Prisión Central de Pretoria o si se escapó. Lo que sí creo es que tuvo algo que ver con un asunto que me encargaron a mí. ¿Pero cómo se llamaba...?

Miró fijamente al reverendo.

—¡Gregorio Dones! ¡Eso es: Gregorio Dones! Ahora me acuerdo. Tenía un ángel tatuado en el antebrazo izquierdo, lo cual debía haberle persuadido a no abandonar el camino de la honradez y aun a ingresar en las filas de la Iglesia.

El reverendo Mr. Dean se levantó de la mesa, metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de dinero.

Ha perdido usted el juego, pero creo que tiene más puntos que nosotros —dijo—. ¿Qué le debo. Mr. Reeder?

—Algo que no podrá usted pagarme nunca —repuso el detective, moviendo la cabeza—. Créeme, Gregorio, aún hemos de saldar cuentas tú y yo.

El pretendido sacerdote salió entonces de la habitación encogiéndose de hombros y sonriendo. Mr. Reeder, que le miraba con el rabillo del ojo, le vio dirigirse hacia el vestíbulo.

—¿Y todas las personas que usted conoce son hombres? —preguntó Olga Crewe. Reeder asintió gravemente:

—Eso creo, miss Crewe.

La otra le miró con aire de desafío.

—Es decir, ¿que no sabe usted quién soy yo? —dijo. Luego, gritando, añadió:

—¡Ojalá lo supiera usted! ¡Ojalá!

Y dando la vuelta desapareció.

Míster Reeder se quedó en el *hall*, mirando a todas partes. En el oscuro umbral del *hall*, más oscuro aún por las cortinas que había, vio una sombra que se desvaneció inmediatamente. Pensó que debía de ser la señora Burton.

Ya era hora de irse a su cuarto. Pero sólo había dado dos pasos cuando todas las luces del *hall* se apagaron. En circunstancias como aquella, Mr. Reeder era muy extravagante. Volviéndose se acercó a la pared que tenía más cerca y aguardó dando la espalda al tabique. Entonces oyó la voz quejumbrosa de míster Daver.

—¿Quién diablos ha apagado la luz? ¿Dónde está usted, Mr. Reeder?

—¡Aquí! —repuso el detective hablando muy alto y dejándose caer inmediatamente al suelo. Era tiempo: apenas lo había hecho cuando oyó un silbido y el golpe de una cosa al chocar contra la pared.

Reeder lanzó entonces una especie de gemido y cruzó, arrastrándose, por el suelo de la habitación.

Entonces volvió a oír la voz de Daver:

—¿Pero qué pasa? ¿Le ha sucedido algo, míster Reeder?

El detective no contestó y siguió deslizándose hasta donde estaba el dueño de la casa. Pero, de pronto, tan bruscamente como se habían apagado volvieron a encenderse las luces. Daver se hallaba al lado de la puerta y estuvo a punto de desmayarse cuando vio a Mr. Reeder surgir del suelo junto a él.

Se estremeció e hizo una mueca. Tenía los ojos muy abiertos y trataba de hablar, aunque sin conseguirlo. Luego miró hacia la pared, pero Reeder había visto ya el cuchillo clavado en el tabique.

—No me lo diga usted —dijo el detective amablemente—. ¿Fue el coronel o el representante de la Iglesia?

Se acercó a la pared y haciendo un esfuerzo arrancó el cuchillo. Era largo y ancho.

—Arma mortífera —murmuró luego.

Al fin pudo hablar Daver.

—Mortífera —repitió con voz ronca—. ¿Se lo... tiraron, Mr. Reeder? ¡Qué horrible!

El detective, mientras le miraba gravemente, preguntó:

—¿Qué piensa usted de esto?

Pero el otro perdió el conocimiento.

Reeder le dejó entonces tumbado en un sofá y subió las escaleras. No se veía su pistola automática, y, sin embargo, la llevaba preparada.

Se detuvo delante de la puerta de su cuarto y la abrió de par en par. La lámpara de al lado de la cama continuaba encendida. Reeder dio entonces a la llave de la luz del techo y miró por la rendija de la puerta antes de aventurarse a entrar.

Luego cerró, echando la llave, y se dirigió al armario.

—Puedes salir, Brill —dijo—. Supongo que no habrá venido nadie...

No recibió ninguna respuesta. Entonces abrió la puerta del armario.

¡Estaba vacío!

—¡Bien! —dijo Reeder, y aquello quería decir que las cosas no iban bien precisamente.

No había señales de lucha y nada hacía sugerir que Brill no hubiera salido por su propia voluntad y se hubiera marchado utilizando la ventana, que aún seguía abierta.

Míster Reeder, de puntillas, se acercó a llave de la luz, la apagó, haciendo lo mismo con la lámpara de al lado de la cama, y luego, cautelosamente, volvió a la ventana mirando hacia afuera. La noche estaba muy oscura y no se podía ver nada.

Las cosas iban algo más de prisa de lo que él había previsto; y de esto él era el que tenía la culpa. Había obligado a actuar a la banda de Flack y éstos no eran personas que se durmiesen.

Estaba abriendo el baúl cuando oyó un chirrido. Alguien había introducido una llave en la cerradura: el detective aguardó, empuñando su revólver. Sin embargo, no ocurrió nada y él se acercó a la puerta para ver qué pasaba. A la luz de la linterna lo descubrió. Habían cerrado con llave por fuera, dejándola puesta en la cerradura, de modo que no se pudiera abrir desde dentro.

—Me alegro —dijo Reeder, expresando sus pensamientos en alta voz— de que miss..., ¡hum!... Margarita se haya marchado a Londres.

Luego se mordió los labios pensativamente. ¿No estaría también él mejor si se hubiera ido a la ciudad? No podía asegurarlo.

De una cosa estaba seguro: de que los Flack le iban a dejar muy poco tiempo tranquilo y este tiempo había que aprovecharlo lo mejor posible.

Podía decirse que aún no había utilizado nada de lo que traía en los baúles. De uno sacó la escalera de cuerda, y luego, metiendo la mano hasta el fondo, extrajo una especie de cilindro. Acercándose a la ventana lo sujetó a uno de los jarrones que había en el alféizar y que no había retirado para hacer entrar a Brill. Después de colocarlo a su satisfacción encendió una cerilla y prendió ruego a la mecha, situada en un extremo del cilindro. Hizo bien en retirar en seguida la mano: se oyó un zumbido y un proyectil se hundió en la pared con un ruido ahogado. No había habido explosión ninguna. Debía tirar con un revólver de aire comprimido. Los disparos se repitieron, pero ya el cilindro comenzaba a funcionar esparciendo por toda la llanura una luz roja que podía verse a varias millas de distancia.

Reeder oyó ruido de pasos debajo de la ventana, pero no se atrevió a mirar. Y cuando llegó el primer *auto* cargado de policías no había nadie en los alrededores de la casa.

Con excepción de los criados, sólo quedaban dos personas en Larmes Keep cuando comenzó el registro: Mr. Daver y la sombría señora Burton. El «coronel» Hothling y el «revertido» Mr. Dean habían desaparecido como si se los hubiese tragado la tierra.

Bill Gordon habló con el dueño de la casa.

—Esta casa es el cuartel general de Flack y usted lo sabía. Me parece que no escapará usted con bien.

—¡Pero si yo no conozca a ese bandido ni le he visto nunca! —balbuceo Mr. Daver—. ¡Esto es lo más terrible que me ha pasado en mi vida! ¿Voy a ser responsable de lo que hagan mis huéspedes? ¿No, verdad? Si esta gente es en realidad amiga de Flack, yo no tengo nada que ver con ellos. Puede usted registrar la casa desde la buhardilla hasta el sótano, y si encuentra usted algo que demuestre que soy culpable puede llevarme a la cárcel. Se lo suplico. ¿Es que no me cree usted un hombre honrado? ¡Ya veo que me cree usted!

Ni él, ni la señora Burton, ni ninguno de los criados que fueron interrogados a primera hora de la mañana dijeron nada que sirviese para esclarecer la identidad de los huéspedes. Miss Crewe solía venir todos los años y pasarse en Larmes Keep cuatro o cinco meses. Hothling y el reverendo eran huéspedes nuevos. Una comunicación telefónica con el jefe de policía de Siltbury confirmó la declaración de Mr. Daver, de que era desde hacía veinticinco años el dueño de aquella casa y de que no se le podía acusar de nada. Registraron sus papeles y las tres cajitas de latón que había en la caja de caudales, sin más resultado que el de demostrar de nuevo su inocencia.

Bill habló con Reeder mientras tomaba una taza de café en el *hall* a eso de las tres de la madrugada.

—No hay duda de que todo esta gente pertenece a la banda de Flack y probablemente le ayudaron a escaparse, aunque sabe Dios por qué medios. Desde el oscurecer he tenido a dos hombres de guardia en la carretera, y ni la mujer ni los dos hombres han pasado.

—¿Ha visto usted a Brill? —preguntó entonces Reeder, acordándose de pronto de la desaparición del detective.

—¿Brill? —repuso el otro, asombrado—. ¿No estaba con usted? Me dijo usted que fuera a la ventana de su cuarto...

Reeder le explicó en pocas palabras lo sucedido y juntos subieron al cuarto número 7. En el armario no había rastro alguno que diera indicios del paradero del policía. Golpearon los tabiques, pero no parecía que allí hubiese puertas secretas de ninguna clase; posibilidad que no había excluido Mr. Reeder, porque no sería nada raro que en aquella casa las hubiese.

Mientras dos hombres daban una batida por el campo buscando al desaparecido oficial, Simpson y Reeder volvieron a terminar la taza de café.

—Se ha confirmado su teoría, pero no sé qué relación tiene Daver con esto.

—Ninguna —repuso Reeder—. Él no fue el que me tiró el cuchillo: lo único que tenía que hacer era averiguar dónde estaba yo para facilitar el trabajo del coronel. Pero, sin embargo, a él se debe el que viniera miss Belman poco antes de la fuga de Flack.

El otro asintió.

—Era un anzuelo con que querían pescarle a usted —exclamó, acariciándose la barbilla—. Es uno de los golpes típicos de Flack. ¿Pero por qué intentaron pegarle un tiro? ¿No les bastaba con tener aquí a la chica?

Reeder tampoco podía explicárselo. Estaban tratando con un loco, con un hombre del que no podía esperarse nada razonable.

El detective se arregló los pelos, algo alborotados.

—Todo esto es sorprendente —dijo—. Me parece que me voy a acostar.

Y ya estaba durmiendo tranquilamente, bajo la protección de un policía, cuando Bill irrumpió violentamente en su habitación.

—¡Levántese, Reeder! —gritó.

Míster Reeder, despertándose inmediatamente, se incorporó.

—¿Qué pasa? —dijo.

—¿Que qué pasa? ¡El transporte de oro que iba a hacer el Banco de Inglaterra se efectuó esta madrugada a las cinco; pero al ir camino de Siltbury desapareció!

CAPITULO XIII

A última hora, las autoridades del Banco habían cambiado de parecer, y ya cerrada la noche decidieron embarcar las 53.000 libras pendientes de transporte. Con este objeto pidieron a Woolwich un coche militar, cosa que suele hacer con frecuencia el Banco Nacional.

El carruaje hizo su primer viaje escoltado por ocho policías y conducido por un soldado. Llegaron a Tilbury a las ocho y media de la noche y volvieron a Londres a las dos de la mañana, siendo cargado de nuevo en el patio del Banco, bajo la vigilancia de un oficial, de un sargento y de los dos vigilantes que están de guardia en el edificio durante toda la noche. Otro destacamento de Scotland Yard, armado de pistolas automáticas, fue designado para la defensa del oro transportado en este segundo viaje, que ascendía a 73.000 libras. Después de cargar todos los lingotes subieron al techo, y el coche salió del Banco. Cada uno de aquellos ocho hombres había sido elegido por un alto jefe de Scotland Yard, que les conocía personalmente. Un inspector vio el carruaje en Commercial Road, lo mismo que un policía ciclista que estaba de guardia en el empalme de las carreteras de Ripple y Barking.

El camino de Tilbury pasa a unas cien yardas del pueblo de Rainham y fue en este punto, cerca ya de la ciudad, cuando el coche desapareció. Dos agentes que, montados en motocicletas, habían salido al encuentro del convoy y que habían recibido un mensaje telefónico del puesto de la carretera de Ripple diciendo que pasaban, al ver que no llegaba se inquietaron y dieron parte a Tilbury.

Hacía una mañana tranquila, pero la niebla cubría ciertos trechos del camino, sobre todo cuando éste bordeaba el río; esta niebla se disipó a las ocho de la mañana bajo la influencia de un viento del sureste, y ya no había casi ninguna cuando la Policía de Tilbury comenzó a practicar investigaciones descubriendo la única tragedia que en aquel camino parecía haber ocurrido durante la noche. Un viejo Ford, que por lo visto se había salido de la carretera, chocó contra un poste de telégrafos y se quedó allí parado. El motor estaba intacto, sin señal alguna de desperfecto; pero el que iba en el *auto* estaba muerto, sin duda alguna. El médico no descubrió ninguna herida en el infeliz, que era un campesino de Rainham, y parecía que había muerto de un ataque al corazón.

Poco más allá de donde fue encontrado, la carretera atraviesa un barranco conocido vulgarmente con el nombre del Agujero de la Col, y en el fondo del cual hay un puente que une dos partes de la finca por donde pasa el camino. Ya había sido levantado el cadáver del aldeano cuando Reeder y el jefe de Scotland Yard llegaron a aquel sitio. No se había recibido ninguna noticia del convoy; pero la Policía local, que siguió las huellas del coche, hizo dos descubrimientos. Por lo visto, el coche militar se había tenido que echar a un lado de la carretera, porque se veían huellas de ello en el suelo arcilloso.

—Parece —dijo Simpson que era el encargado de resolver aquel misterio— que el coche torció hacia aquí para dejar paso al *auto* del campesino. Las huellas de este último van haciendo curvas. Por lo visto, ya debía haber muerto ese desgraciado.

—¿Desde aquí se pueden seguir las huellas del convoy?

Simpson asintió, llamando a un sargento de la brigada de Essex.

—Parece que el coche siguió hacia Becontree —dijo esté último—. Un policía de allí dijo que vio un coche que marchaba en dirección de Londres, pero que iba cubierto por un toldo. Lo conducía un militar.

Míster Reeder había liado un cigarrillo y tenía la cerilla encendida en la mano.

—¡Caramba! —dijo, bajando el fósforo a ras de tierra y viendo cómo se apagaba.

Y entonces comenzó a agacharse por el suelo, encendiendo una cerilla tras otra.

—¿Pero no tiene usted bastante luz, míster Reeder? —preguntó Simpson, irritado.

El detective, poniéndose en pie, sonrió. Pero nada más que por un momento, porque inmediatamente volvió a ponerse serio.

—¡Pobre hombre! —dijo en voz baja—. ¡Pobre hombre!

—¿De quién habla usted? —preguntó Simpson; pero Reeder no contestó, señalando por toda respuesta un coche viejo de los que aún utilizan algunos Ayuntamientos para el transporte de agua. Luego se acercó a él, y abriendo el depósito se introdujo dentro de él con una cerilla encendida para alumbrarse.

—¿Hay algo? —pregunto Simpson.

—Me temo que no —repuso Reeder examinando la manga que llevaba el coche. Luego se bajo más pensativo que nunca.

—¿Se ha figurado usted alguna vez lo fácil que es hacer pasar inadvertido un coche militar? —dijo—. Basta con un toldo, como el que vio el policía, y ya pueden volver a entrar en Londres.

—¿Cree usted que llevaban el oro allí?

Reeder asintió.

—Estoy seguro —dijo.

—¿Dónde atacaron al convoy?

El detective señaló las huellas que se veían a un lado de la carretera.

—Ahí —exclamó sencillamente. Simpson se impacientó algo.

—¡Imposible! No se ha oído ni un tiro, y nuestros hombres no se van a retirar sin lucha. Hubieran podido sostenerse aun contra fuerzas cinco veces superiores, y una multitud tan grande no habría pasado desapercibida.

Reeder hizo un gesto.

—Sin embargo, es aquí donde se apoderaron del convoy —dijo—. Creo que debía usted buscar el coche, para lo cual debía ir a Becontree y que el policía le diera una descripción detallada del carruaje.

Un cuarto de hora más tarde llegaron en automóvil a esta pequeña aldea de Essex y se entrevistaron con el agente en cuestión. Éste dijo que vio el coche pocos minutos antes de que terminara su guardia; la niebla era espesísima y oyó el ruido del motor

antes de encontrarse con el coche. Dio de él una descripción análoga a la de todos los carruajes militares. Le parecía que era gris e iba cubierto por un toldo negro, en el que se destacaban «M. E.», Ministerio del Ejército, y el signo del Gobierno. Vio que lo conducía un soldado y que éste llevaba otro a su lado. Del interior no pudo darse cuenta, porque el toldo lo impedía. El soldado, al pasar, le saludó, haciendo un gesto con la mano, y él no se había preocupado de aquello hasta que no se enteró del robo.

—Sí, señor —repuso contestando a una pregunta de Reeder—. Me parece que iba cargado. Avanzaban muy lentamente y con gran esfuerzo. Nosotros vemos pasar muchas veces esta clase de coches, que vienen de Shoeburyness.

Simpson llamó por teléfono a la Policía de Barking, que también había visto el convoy. Pero esto no tenía nada de particular, porque por allí pasaban con cierta frecuencia. Ese coche u otro semejante cruzó el túnel de Blackwall, pero la Policía de Greenwich no pudo identificarlo, y desde entonces se perdían todas sus huellas.

—Me parece que estamos en una pista falsa —dijo Simpson—. Si su teoría es cierta, Reeder...; pero no, no puede serlo. Es imposible que nuestros hombres fuesen tan desprevenidos que no tuvieran tiempo ni de disparar un tiro, y, sin embargo, no se ha oído ningún disparo.

—No los ha habido —repuso Reeder, moviendo la cabeza.

—¿Entonces dónde están los agentes? —preguntó Simpson.

—Han muerto —contestó con calma el detective.

En Scotland Yard, en presencia del comisario, medio incrédulo, medio asustado, míster J. G. Reeder reconstruyó el crimen:

—Flack es un químico: creo que ya les hice notar a ustedes esto. Observaría usted, Simpson, que encima del puente había un carro de los del agua, y supongo que habrá averiguado usted que ni pertenecía al dueño de la finca ni se le había visto antes por allí. Quizá se pueda saber dónde ha sido comprado; probablemente, en alguna subasta municipal. En el *Times* venía el anuncio de una. Ha sido muy fácil introducir a presión en el tanque una gran cantidad de cualquier gas mortífero, algún compuesto del carbón monóxido. Y muy fácil también llegar al puente una mañana tranquila y sin viento, enchufar la manga y llenar el barranco de gas. Esto ha sido indudablemente lo que ha pasado. Aún quedaba por allí algo de carbón monóxido, porque cuando yo encendí una cerilla se apagó inmediatamente, lo mismo que todas las demás, cuando se acercaban al suelo. Si el coche hubiese traspuesto el agujero, el conductor y los policías habrían escapado a la muerte. Pero como el conductor perdió el conocimiento, el carruaje se salió de la carretera y tuvo que detenerse. Probablemente perecieron antes de que Flack y su compañero, fuera éste quien fuese, bajaran con mascarillas y se llevaran el coche.

—Pero el campesino... —comenzó a decir el comisario.

—Murió probablemente poco después de marcharse el convoy. Bajó también a aquel barranco mortífero; pero la velocidad a que iba su *auto* le llevó hasta arriba, aunque sin librarle de los efectos del gas.

Al llegar aquí se levantó el detective.

—Ahora iré a hablar con miss Belman —dijo—. ¿La llevó usted al hotel, como le pedí que lo hiciera, Simpson?

Simpson miró al otro, mudo de asombro.

—¿A miss Belman? —preguntó—. ¡Yo no he visto a miss Belman!

CAPITULO XIV

Sin explicarse lo que pasaba, Margarita Belman entró en el coche que la aguardaba fuera de Larmes Keep. La puerta se cerró inmediatamente detrás de ella y el carruaje se puso en movimiento. La joven vio a su acompañante: estaba sentado en un rincón del landó, y la saludó con una sonrisa algo turbada. No empezó a hablar hasta que no se hubo alejado el coche del edificio.

—Me llamo Gray —dijo—. No me ha presentado Mr. Reeder. Soy el sargento Gray, de la Policía.

—Míster Gray, ¿qué significa todo esto? Me envían a Londres por un aparato...

Gray tosió. Dijo que no sabía nada de tal aparato, pero que le habían dado instrucciones de dejarla en otro coche que habría de aguardar al pie de la colina.

—Míster Reeder no quiere que vaya usted en tren. ¿No ha visto usted a Brill?

El otro le contó que había dos policías en la casa: Brill y él.

—¿Pero qué es lo que sucede en Larmes Keep? —dijo la joven.

La mirada de Reeder la había revelado ya anteriormente que algo extraño pasaba en el hotel.

—No lo sé, señorita —repuso Gray diplomáticamente—. Mis únicas noticias son de que va a venir el inspector con una docena de hombres, y eso debe ser por algo. Y creo que Mr. Reeder no quiere que esté usted en la casa.

¿Cuál era el misterio de Larmes Keep? ¿Tenía alguna relación con la desaparición de Ravini? Trató de reflexionar sobre todo esto, pero le fue imposible coordinar sus pensamientos.

—El carruaje se detuvo al pie de la colina, y Gray saltó al suelo. Un poco más allá vio la joven la luz trasera de un coche que aguardaba a un lado del camino.

—¿Ha leído usted la carta de Reeder, señorita? Irá usted sin detenerse hasta Scotland Yard y Mr. Simpson se encargará de usted.

El policía la acompañó hasta el coche y se quedó en la carretera viendo desaparecer el carruaje.

Era un landó del mismo tipo que el anterior, aunque más grande y cómodo. Margarita se recostó en un rincón, y cubriéndose con la manta se acomodó para hacer un viaje de dos horas. Hacía una atmósfera algo sofocante, y en vano trató varias veces de bajar una de las ventanillas. El mismo resultado negativo obtuvo con la otra; no solamente no había cristales, sino que la portezuela estaba herméticamente cerrada. Entonces sintió un pinchazo en la mano, y tanteando de nuevo vio que la puerta había sido atornillada recientemente. Lo que la había herido era una astilla de madera.

Cada vez más inquieta, buscó el pestillo, pero no lo había. La segunda portezuela era en todo semejante a la primera.

Sus movimientos debían haber llamado la atención del *chauffeur*, porque el vidrio que comunicaba con la parte anterior se abrió, y una voz ronca dijo:

—Siéntese y estese quieta. Este no es el coche de Reeder: se ha marchado.

Y luego, el que hablaba continuó en un tono que helaba la sangre:

—Tiene usted que venir conmigo... por ahí... Reeder ha de llorar lágrimas de sangre. ¿Me conoce usted, verdad? Reeder me conoce. Yo quería cogerle esta noche; pero tú serás la que le atraigas, querida.

Y luego el cristal de delante se cerró. El coche, abandonando la carretera principal, había tomado por un camino secundario, con objeto, según supuso la joven, de evitar los pueblos y las ciudades. Margarita examinó entonces las paredes del *auto*. Tenía una capota de cuero. Si ella tuviera un cuchillo...

Entonces se le ocurrió una idea y estuvo a punto de lanzar un grito al acordarse de la barra de metal que sujetaba la capota al resto de la carrocería por la parte de adentro. Haciendo uso de toda su fuerza, y apoyándose fuertemente con los pies, trató de romper el cuero. Una bocanada de aire frío entró en el interior del carruaje cuando la capota comenzaba a abrirse. El *auto* cerrado se convertía en uno abierto. Margarita comprendió que no había que perder tiempo. El coche iba a una velocidad de treinta millas por hora, pero había que afrontar el riesgo de herirse en la caída. Agarrándose a la cubierta se sostuvo hasta estar cerca de tierra y luego se dejó caer en medio de la carretera.

Aunque quedó completamente llena de polvo, resultó milagrosamente ilesa, y entonces, poniéndose de pie, trémula de miedo, buscó algún camino por donde salir de allí. A la derecha había un parapeto de madera no muy alto, sobre el que ella saltó mientras el *auto* frenaba y se detenía.

Margarita echó a correr, y a pesar de lo apurado de la situación trató de averiguar el terreno que pisaba. No estaba cultivado; pisaba algunos montículos en su huida, y grupos de espinos desgarraban sus vestidos cuando ella pasaba a su lado. La joven creyó oír que su raptor venía detrás de ella, persiguiéndola; pero continuó avanzando, sumiéndose en la oscuridad.

El mar debía estar cerca. Se podía notar su olor característico. Y al detenerse una vez para tomar alientos, Margarita oyó el ruido de las olas que morían en alguna playa no lejana, pero invisible. Al cabo de un rato se detuvo para escuchar, pero los latidos de su corazón casi no la dejaban oír.

—¿Dónde está usted? ¡Venga aquí!...

La voz estaba muy cerca. A una docena de yardas, miss Belman vio una silueta negra que se aproximaba y le costó gran trabajo reprimir el grito que pugnaba por salir de su garganta. Se ocultó detrás de un árbol y aguardó; pero, con gran horror suyo, un rayo de luz disipó las tinieblas. El otro tenía una linterna y la estaba buscando.

Era inevitable que la descubrieran y, comprendiéndolo, la joven echó a correr de un lado para otro con la esperanza de despistar a su perseguidor. El suelo bajaba

progresivamente, y esto la permitió avanzar más deprisa. Bien lo necesitaba, porque el loco la había descubierto ya y se abalanzó sobre ella, gritando furioso. La captura parecía inminente. Margarita saltó con todas sus fuerzas para escapar, pero encontró el suelo bajo sus pies. Sin poder ponerse en pie, caía por una pendiente pronunciadísima. Dio contra un macizo y el golpe estuvo a punto de dejarla desmayada. Con todas sus fuerzas se agarraba a los árboles, a la hierba y a la arena, y cuando ya había perdido toda esperanza llegó a una especie de plataforma y se detuvo con una pierna colgando sobre un abismo de doscientos pies de altura. Afortunadamente, la noche estaba oscurísima, y hasta la mañana siguiente no se dio cuenta Margarita Belman del peligro que había corrido.

Debajo de donde ella estaba se veía el mar y una playa de arena amarillenta que formaba una pequeña bahía en la que no se veían huellas de habitación humana. Esto no tenía nada de particular, porque a aquella playa malamente se podía llegar por el mar. Hacia el Norte debía estar Siltbury; ante ella se extendía un terrible precipicio, y encima una cuesta sumamente inclinada, pero que quizá podría escalarase según la joven pensó.

En la caída había perdido un zapato; después de una ligera búsqueda lo encontró, pero tan cerca del borde del abismo, que estuvo a punto de acometerla un ataque de vértigo cuando fue a recogerlo.

La plataforma tenía unas cien yardas de larga, en forma de media luna, y estaba por completo cubierta de arbustos espinosos. El hecho de que hubiera allí docenas de nidos demostraba hasta la saciedad que nadie, por muy atrevido que fuera, se había acercado a aquel paraje. Entonces comprendió la joven la utilidad del parapeto de la carretera, la cual bordeaba la costa hacia el Oeste durante algunas millas. ¿A qué distancia estaría Larmes Keep?, se preguntó, aunque luego se dio cuenta de que de nada le serviría saberlo. De lo que tenía que preocuparse era del modo de escapar a una muerte que parecía tan próxima.

Tenía que salir de aquella plataforma. Pudiera ser que la vieran desde el mar: pero esto era tan sólo una remotísima probabilidad. Las lanchas de recreo que salían de Siltbury no iban nunca en aquella dirección; las flotillas de pesca tampoco, pues siempre se alejaban hacia el Sur. La joven miró luego al precipicio con la vana esperanza de encontrar alguna bajada practicable; mas no divisó ninguna. Además. Margarita tenía hambre, y aunque cogió algunos nidos no encontró huevos en ninguno de ellos.

Lo único que podía hacer era un examen minucioso del sitio donde se encontraba. Hacia el Oeste no se veía nada de particular, pero por el lado contrario había una especie de pendiente que conducía a otra plataforma, no tan ancha como aquella.

Bajar era cosa fácil; sin embargo, el detenerse más tarde ofrecía ciertas dificultades. Con gran trabajo, la joven rompió dos ramas de un grueso arbusto, y usándolas al estilo de un bastón de alpinista comenzó a deslizarse. Al principio pudo marchar lentamente gracias al suelo de arena o de algunas plantas a las que poder

agarrarse; pero luego venían pasajes de roca sobre los que el bastón no hacía efecto ninguno ni lograba retardar la velocidad.

Y entonces, con gran terror de la joven, notó que no llevaba dirección, que a pesar de los esfuerzos que hacía, se desviaba de la plataforma donde quería llegar, y aunque Margarita intentó por medio de esfuerzos desesperados inclinarse hacia la derecha, le fue imposible conseguirlo. Las mismas ramas, tan abundantes en la parte superior de la pendiente, escaseaban ahora. Aquella cuesta podía terminar en la orilla del mar o en el borde de algún terrible abismo. Continuó rodando, unas veces de espalda, otras de costado, otras de cara, aumentando cada vez más su velocidad. Sus bastones se habían convertido en ramas destrozadas, y pronto vio que la plataforma quedaba encima de ella. Volviendo la cabeza divisó las paredes calcáreas del abismo, que caían hasta profundidades inconmensurables.

Por fin supo adónde iba a parar. La pendiente, bordeando una enorme roca, bajaba en ángulo agudo al mar. Antes de que la joven pudiera darse cuenta del peligro que corría se deslizó vertiginosamente por el suelo de arena, formando a su alrededor un torbellino. Peñascos de tamaño aterrador pasaban a su lado, y fue milagroso el que se librara de ser aplastada por uno de ellos.

Y entonces, de repente, bajó por el aire como disparada por una catapulta. Margarita vio una cosa verde que se movía por debajo de ella, e inmediatamente el agua la cubrió por entero.

Le pareció una eternidad el tiempo que tardó en subir a la superficie. Afortunadamente, era muy buena nadadora, y mirando en su alrededor vio que la playa estaba a menos de cincuenta yardas. Pero eran cincuenta yardas contra la brisa de la tarde, y le costó ímprobos trabajos llegar hasta la orilla, donde se dejó caer.

Le dolía todo el cuerpo: desde la cabeza hasta los pies. Cuando por fin se reanimó algo, oyó un ruido reconfortante: el del agua corriente. Cerca de allí había un manantial, al que la joven, arrastrándose, se acercó, bebiendo con las manos en forma de taza. Tenía la garganta tan reseca que apenas si podía articular palabra. El hambre era soportable; pero la sed, para ella, era insufrible. Aún podría vivir algunos días si no la descubrían antes de ese tiempo.

No tuvo necesidad de dar largos paseos por la playa para encontrar algún sitio por donde salir: el camino se abría ante ella. Un túnel agujereado por el agua cruzaba las rocas y conducía a otra playa que se veía a lo lejos. Siltbury seguía sin divisarse. Margarita no tenía ni idea de si habría algún pueblo por allí cerca ni se molestaba pensando en ello. Después de aplacar la sed se quitó los zapatos y las medias y se aventuró por el túnel.

Aquella segunda bahía era más larga y la playa más grande que la anterior. En ella había enormes rocas que Margarita tuvo que cruzar con los pies descalzos. Aquella extensión de arena tenía mayor longitud de lo que la joven pensaba, y no se veía ninguna abertura ni disminución del acantilado. Margarita creía que había de encontrar algún sendero, y esta esperanza se aumentó al ver un bote puesto a secar en

la playa. Debían de ser las ocho de la mañana. La joven había emprendido aquella marcha completamente mojada, pero el cálido sol de septiembre secó sus harapos, porque eran harapos los que llevaba encima. Se sentía como un náufrago en una isla desierta, y, como era natural, tanto tiempo pasado sin ver a criatura viviente le atacaba los nervios.

Antes de llegar al extremo de la playa Margarita comprendió que la única manera de llegar a la siguiente bahía era nadando, porque la barrera de rocas tenía demasiada altura para ser escalada. Podía haberse quitado la ropa que llevaba encima; pero quizá detrás de aquellas peñas había seres civilizados. De modo que lo que hizo fue atarse los zapatos y las medias a la cintura y se adentró en el mar, nadando rápidamente y buscando algún sitio a propósito para salir a tierra. Por fin lo encontró: una especie de pirámide rocosa que parecía más fácil de escalar de lo que era en realidad. Con grandes esfuerzos pudo llegar a la cumbre.

La nueva playa que se extendía delante de ella era más pequeña, y el acantilado, bastante más alto. Más allá de las rocas, la joven vio las casas blancas de Siltbury, y aquello le dio nuevos ánimos. El bajar de la peña era aún más difícil que subir. Margarita dio un suspiro de alivio cuando llegó al suelo llano y metió los pies destrozados en el agua.

Nadó dando vuelta a la tierra y utilizando sus últimas fuerzas. Una hora después pisaba de nuevo la arena, donde descansó hasta que las punzadas del hambre la hicieron levantarse para vencer el último obstáculo visible.

Quedaba, sin embargo, otro. Al cabo de una marcha que duró un cuarto de hora encontró su camino obstruido por una especie de ría que salía del acantilado. Margarita había visto aquel canal antes; ¿pero cuándo? Y de pronto, dando un grito, se acordó.

Aquella era la cueva de que le había hablado Olga Crewe, la cueva que se extendía por debajo de Larmes Keep. Resguardándose los ojos con una mano de la luz del sol, levantó la vista. Sí, aquel era el parapeto: la pared que se había venido abajo se veía en un saliente del precipicio.

De pronto, Margarita divisó una cosa que hizo acelerar su respiración.

Al lado del canal que el agua había abierto en la arena de la playa se veía la huella de una bota, de una bota grande y de punta cuadrada, con las suelas de goma. Luego la joven vio otra que se dirigía a la entrada de la cueva. No lejos de la abertura había un banco de tierra firme que las aguas habían dejado al retirarse, y sobre esta arena vio de nuevo Margarita la huella del mismo pie. Alguien, según pensó, había visitado aquella caverna recientemente. Quizá saliera al poco tiempo, y ella podría explicarle su situación, aunque ésta realmente se comprendía sin dificultades.

Aguardó allí sin que nada ocurriera. Luego, avanzando, trató de ver algo en la oscuridad. Quizá internándose se viera mejor. Margarita se aventuró por el banco de arena; pero sus ojos, aún no acostumbrados a la falta de luz, no le mostraron nada.

Dio otro paso, cruzando el umbral de la caverna, y entonces un brazo surgió detrás de ella y la cogió por un hombro, mientras que una mano la tapaba la boca. Llena de terror, forcejeó desesperadamente; pero el que la había sujetado tenía unos músculos de hierro, y sin ánimos para seguir luchando, la joven se desmayó.

CAPITULO XV

Míster Reeder no era un hombre que se emocionara fácilmente. Por primera vez en su vida notó Simpson que debajo de la impasible calma del detective había un carácter violento, que se traslucía principalmente en su lenguaje. Reeder hizo una pregunta con voz áspera a Simpson, y éste contestó afirmativamente.

—Sí, el coche volvió. Me dijeron que se había ordenado que regresase a Londres. Yo pensé que había usted alterado sus planes. ¿Va usted a ocuparse de este robo, Reeder?

Míster Reeder miró a su interlocutor de tal manera que el inspector, a pesar de su seguridad, no pudo evitar un estremecimiento.

—¡Me voy a ocupar del demonio! —gritó el detective.

Simpson estaba asombrado, pues comprendía que aquél era el verdadero y desconocido Reeder.

—¡Voy a hablar con ese estúpido criminalista y voy a emplear unos argumentos que se han olvidado desde que se abolió la Inquisición!

Y antes de que Simpson pudiera contestar, Reeder abrió la puerta y bajaba rápidamente las escaleras.

* * *

Una hora después del almuerzo, Daver estaba sentado en su mesa sin hacer nada, cuando Mr. Reeder irrumpió bruscamente en el cuarto. El propietario no reconoció al detective, porque un hombre que en un momento de mal humor se afeita las patillas cambia por completo de fisonomía. Y al desaparecer las de Mr. Reeder, el detective había cambiado totalmente. También habían desaparecido sus inútiles lentes, que habían contribuido a la captura de una generación de bandidos, y del mismo modo había muerto aquella voz tan amable y tan suave.

—Le estoy buscando a usted, Daver.

—¡Míster Reeder! —murmuró el otro, palideciendo.

El detective cerró la puerta tras sí, arrastró una silla violentamente y se sentó enfrente del dueño del hotel.

—¿Dónde está miss Belman?

—¿Miss Belman?

La cara de Daver expresaba el mayor asombro.

—¿No lo sabe usted? Fue a buscar el dactiloscopio, ¿no se dice así? Yo creía que sería usted tan amable que me dejara ver...

—¿Dónde está miss Belman? Dígamelo, Daver, y será mejor para usted.

—Le juro, Mr. Reeder...

El detective se acercó a la mesa y tocó el timbre.

—¿Quiere... usted... algo? —balbuceó el otro.

—Hablar con la señora Flack: usted la llama Burton; pero yo prefiero ese otro nombre.

Daver estaba lívido y tembloroso.

—Yo soy una de las pocas personas que saben que John Flack es casado —dijo Reeder—, y de los que saben que tiene una hija. ¿Pero sabe John Flack todo lo que yo sé?

Y miró a su trémulo interlocutor.

—¿Sabe que después de haber sido enviado a Broadmoor, su miserable secretario, su alma condenada, su esclavo, abusó de su influencia y de lo que sabía para obligar a la desgraciada hija de John Flack a casarse con él?

Una voz apagada, incoherente, murmuró:

—¡Por Dios! No hable usted tan alto...

Pero Reeder prosiguió:

—Antes de entrar Flack en la cárcel dejó al cuidado de su hija su famosa enciclopedia del crimen. Era la única persona en quien confiaba; su mujer era una persona sin voluntad, a quien despreciaba. Míster Daver, el secretario, se apoderó de aquellos libros un año después de que Flack fuese reducido a prisión. Organizó una banda en el antiguo cuartel general del viejo, que usted compró con su nombre. Desde que se enteró usted de que Flack estaba planeando su fuga —fuga en la que tenía que ayudarle—, ha vivido usted aterrado por miedo a que él se enterara de su traición. ¡Dígame que soy un embustero y le rompo la cabeza! ¿Dónde está Margarita Belman?

—No lo sé —repuso el otro débilmente—. Flack la aguardaba en un *auto*; pero no estoy enterado de más.

A Reeder le enfureció su tono de voz o el brillo de sus ojos. Le cogió con un brazo por el cuello y le sacó de la mesa. Como demostración de fuerzas era algo sorprendente; pero Daver, comprendiendo lo que iba a seguir a aquella exhibición, dando un salto, se soltó de la mano del detective y salió de la habitación, cerrando la puerta. Y cuando Reeder levantó la silla que Daver había tirado para que no le pudiera seguir y salió de la estancia, el otro había desaparecido ya.

No había nadie en el *hall* al llegar el detective. Ninguno de los criados (supo más tarde que aquella misma mañana habían sido despedidos la mayor parte, pagándoles el salario correspondiente a dos semanas y enviados a la capital en el primer tren). Reeder salió entonces por la puerta principal, pero no se veía nadie. Uno de los detectives que estaban allí de guardia, a quien le llamó la atención aquella brusca salida de Reeder, fue corriendo al vestíbulo cuando ya el detective subía las escaleras.

—Nadie ha salido —dijo cuando Reeder explicó el objeto de aquel registro.

—¿Cuántos hombres hay fuera? ¿Cuatro? Que vengan a la casa. Cierre todas las puertas. Voy a hacer una investigación que puede costarme bastante. ¿No se sabe nada de Brill?

—No, señor —repuso el policía, moviendo la cabeza tristemente—. ¡Pobre Brill! Me temo que hayan acabado con él. ¿Llegó la señorita a la ciudad?

Míster Reeder se le quedó mirando.

—¿Qué sabe usted de la señorita? —pregunto bruscamente.

—La llevé hasta el *auto* —contestó el sargento Gray.

Reeder le cogió por la chaqueta, conduciéndole al vestíbulo.

—Dígame y deprisa: ¿qué clase de *auto* era?

—No lo sé —repuso el otro, sorprendido—. Como todos los demás, sólo que cerradas las ventanillas; pero yo creí que usted lo había mandado traer así.

—¿Cómo era la carrocería?

El policía dio una descripción lo más exactamente que pudo, porque solamente había visto al coche por encima. Aquellas noticias no añadían nada a lo que ya sabía Reeder, y ni aumentaban ni disminuían su ansiedad. Cuando Gray volvió al lado de sus compañeros y se cerró con llave la puerta, míster Reeder les hizo subir al piso de arriba. Ya había sido practicado un minucioso registro aquella misma mañana; pero hasta entonces nadie había examinado detalladamente el cuarto de Daver. Estaba situado al extremo del pasillo y se hallaba cerrado cuando llegó la Policía. En menos de dos minutos se forzó la puerta. Las habitaciones del dueño eran un gabinete, una alcoba y un cuarto de baño. En el primero de estos cuartos había algunos libros, una mesa sobre la que veían un montón de cuentas; pero ningún documento que descubriera sus relaciones con la banda de Flack.

La alcoba estaba muy bien amueblada. Y también fue inútil el registro de Reeder.

Las habitaciones de Daver estaban en un ángulo del edificio de Larmes Keep, y ya iba el detective a marcharse, cuando, al echar una última ojeada, le llamó la atención un diván de cuero color café colocado de manera singular en un rincón de la estancia. Trató de separarlo de la pared, pero parecía estar empotrado. Luego dio unos golpecitos y le pareció que sonaba a hueco.

—¿Qué habrá en este diván? —sé preguntó.

Después de minuciosas pesquisas, Gray encontró un cerrojo oculto, y, descorrido éste, la parte superior del diván se levantó como la tapa de una caja. Estaba vacío.

—Lo raro de esta casa —dijo Gray cuando bajaba en compañía del detective— es que siempre le parece a uno que va a hacer un descubrimiento importantísimo y luego no hay nada de eso.

Reeder no contestó: estaba demasiado preocupado con lo que le angustiaba. Al cabo de un rato dijo:

—Hay muchas cosas raras aquí...

Y entonces oyó un grito que le heló la sangre en las venas. Era un gemido de alguien que parecía próximo a agonizar:

—¡Socorro!... ¡Socorro, Reeder!

Venía del cuarto de donde acababan de salir, y la voz era de Daver.

—¡Dios mío!...

Luego se oyó el ruido de una puerta al cerrarse. Reeder subió las escaleras de tres en tres, y los policías fueron detrás de él. Había dejado la puerta del cuarto entreabierta; pero durante el corto tiempo que estuvieron fuera había sido cerrada y echado el cerrojo.

—¡Una palanca, pronto!

Gray tenía una abajo y la trajo a los pocos segundos.

Dentro de la habitación habían cesado los gritos. Reeder introdujo la palanca por el sitio en que calculaba debía estar el cerrojo, y haciendo presión, la puerta se abrió con un crujido. Dio un paso adelante y luego se detuvo, mirando hacia la cama y sin dar crédito a sus ojos.

Sobre la colcha de seda, en una postura indescriptible, con los ojos dilatados, fijos en el techo, estaba Daver. Reeder sabía que había muerto antes de ver su enorme herida y el cuchillo que tenía clavado en un costado.

El detective le auscultó y le tomó el pulso, pero comprendía que era inútil. Luego examinó sus ropas. En el bolsillo interior del chaleco encontró un montón de billetes de Banco.

—Noventa y cinco mil —dijo Reeder—. ¿Qué hay en ese paquete?

Era una especie de cartera que contenía un pasaje de Southampton a Nueva York, expedido a nombre de «Sturgeon», y en la chaqueta encontró el detective un pasaporte visado por la Embajada americana, y que llevaba el mismo apellido.

—Iba a escaparse, pero no tuvo tiempo. ¡Pobre hombre!

—¿Pero cómo entró aquí? —preguntó Gray—. No pueden haberle traído...

—Cuando gritó aún no había sido herido —repuso Reeder—. Le mataron luego. Hay algún medio de entrar en esta habitación que aún no hemos descubierto. ¿Pero qué pasa?

Se había oído un ruido apagado, como si una puerta se hubiese cerrado. Parecía venir de la misma habitación. Reeder cogió la palanca que llevaba un policía y comenzó a atacar el tabique situado detrás del sofá. Pero la pared era sólida y no obtuvo resultado alguno. Luego abrió el diván. Su suelo era de roble y debajo estaba el piso de la habitación.

—Rompa usted eso —dijo Reeder, y luego se metió dentro de la caja del sofá, examinándolo por todas partes.

—Aquí no hay nada —exclamó—. Baje usted y telefonee a Mr. Simpson. Dígale todo lo que ha pasado.

Y después de marcharse el policía se ocupó de nuevo del cadáver. Daver solía llevar, atada a uno de los botones del pantalón, una larga cadena de oro. Esta había sido rota por un eslabón, y el botón mismo estaba, a punto de caerse. Entonces encontró un grueso paquete en el bolsillo secreto del muerto. Era un bolso de cuero lleno de trozos de papel escritos, y algunos indescifrables. La letra era vulgar, de gran tamaño, y por lo regular hecha con lápiz. La calidad del papel variaba notablemente.

Unas eran fórmulas químicas; otra, una notita breve, que decía: «La casa enfrente de la de Reeder. Alquilarla o apoderarse de la llave. Contestar en el sitio de costumbre».

Algunos de estos papeles se comprendían fácilmente, otros eran un misterio para Reeder. Pero al cabo de un rato encontró uno que le hizo palidecer. Eran dos líneas escritas por la misma mano que los demás papeles en el margen de un periódico, y que Daver había convertido en una bola arrugada:

«Miss Belman cayó por el precipicio situado a seis millas al oeste de Larmes. Envíe a alguien que haga desaparecer el cuerpo antes de que la Policía lo descubra».

Al leer esto Reeder le empezó a dar vueltas la habitación y estuvo a punto de desmayarse.

CAPITULO XVI

Cuando Margarita Belman recobró el conocimiento se encontró al aire libre, fuera de la boca de la cueva. Un hombre que llevaba una camisa destrozada y unos pantalones rotos estaba a su lado, mirándola. Cuando la joven abrió los ojos le vio llevarse un dedo a los labios, como recomendando silencio. Tenía los pelos revueltos y la cara llena de heridas. Sin embargo, su rostro expresaba simpatía, y Margarita se tranquilizó cuando al arrodillarse le dijo, cubriéndose la boca con las manos:

—¡No se mueva! Siento haberla asustado, pero temía que gritase usted. Debo tener una facha horrible.

Y sonrió para darla ánimos.

—¿Quién es usted? —preguntó ella de la misma manera.

—Me llamo Brill, y soy policía.

—¿Cómo está usted aquí?

—Me es imposible contarle ahora —repuso el otro—. ¿Usted es miss Belman, verdad?

La joven asintió. El policía levantó la cabeza, y apoyándose contra la roca se puso a escuchar, y lentamente asomó la cabeza por el borde del agujero. Durante cinco minutos estuvo en esta posición, y mientras, ella se había puesto en pie. Apenas si podía sostenerse, le temblaban las rodillas, se sentía enferma y tenía la garganta reseca, como antes.

Brill, con aspecto satisfecho, volvió al lado de Margarita.

—Yo estaba de guardia en la habitación de Mr. Reeder. Creí que me llamaba por la ventana: es muy difícil distinguir las voces cuando se habla bajo. Entonces me caí al suelo. —Y añadió, llevándose una mano a la cabeza y estremeciéndose—: Eso es todo lo que recuerdo hasta que volví en mí en la cueva, en la que he pasado toda la mañana, como es natural.

—¿Por qué natural? —murmuró ella.

—Porque a la hora de la marea alta, la playa se cubre de agua, y el único sitio de refugiarse es en la caverna. Ahora hay en ella demasiada gente para que yo me esté.

La otra le miró asombrada.

—¿Demasiada gente? ¿Qué quiere usted decir?

—¡Más bajo! —exclamó él, porque Margarita había levantado la voz.

Y prestó oído a lo que pasaba en la cueva.

—Me gustaría saber por dónde bajaron Daver y ese demonio.

Miss Belman palideció.

—¿Habla usted... de Flack?

El otro asintió.

—Flack ha estado aquí solamente una hora; pero ¿sabe Dios por dónde vino! Mis compañeros habrán llegado ya a la casa, ¿no?

—¿La Policía? —preguntó la joven sorprendida.

—Esta es la guarida de Flack, ¿no lo sabía usted? Por lo visto, no. Yo creí que Reeder, quiero decir Mr. Reeder, se lo habría dicho.

Brill era un joven muy locuaz: quizá se sentía alegre al verse vivo, y hacía bien.

—He estado yendo y viniendo por la cueva toda la mañana. Han dejado a un hombre de guardia allá arriba —añadió, señalando a Siltbury—. Tienen una organización maravillosa. Han cogido, según le decía el viejo a su hija, un convoy que conducía oro, y se van a escapar con él. Lo raro es que, aunque Flack no estuvo dirigiendo el robo, salió todo matemáticamente. Claro es que el viejo siempre encuentra gente lista y leal, porque Ravini ha sido el único que le ha traicionado.

—¿Sabe usted lo que le pasó a Ravini? —preguntó ella. El policía negó con la cabeza.

—Creo que ha muerto. Aunque he visto algunas cosas en la cueva, aún me faltan por ver muchas. Tiene una gasolinera dentro... enorme...; pero ¡silencio!

Volvió a acercarse al acantilado. Se oía rumor de voces cada vez más cerca. Quizá fuera que la disposición de la caverna produjese la ilusión acústica de que dos interlocutores lejanos hablaban a poca distancia. Brill reconoció la voz del viejo e hizo una mueca desagradable.

—Algo está mal, muy mal. ¿Qué pasa, Olga?

—Nada, padre.

Margarita reconoció la voz de Olga Crewe.

—Has sido muy buena y muy sufrida, hija mía, y yo no hubiera pensado en escaparme si no fuera para ver solucionado tu porvenir. Tengo grandes proyectos para ti, Olga.

Hubo una pausa y luego se oyó:

—Sí, padre.

Olga hablaba con acento indiferente; pero, por lo visto, el viejo no lo notó.

—Tendrás el esposo mejor del mundo y una casa que envidiaría una princesa. Será toda de mármol blanco con una cúpula dorada..., y tú serás la mujer más rica de la tierra. Yo siempre he trabajado para ti, Olga. Todas las noches que pasé en aquel infierno, mientras estaba en la cama, me decía: «Debo escaparme para arreglar el porvenir de Olga». Por eso me fugué: sólo por eso. Y continuamente he estado pensando en ti.

—Mamá dice...

—¡Bah! —interrumpió el viejo Flack con tono despreciativo—. ¡Tu madre es una mujer vulgar que parece una criada! ¿Te ha cuidado bien? Bueno, mejor para ella. No la hubiera perdonado nunca, el que se hubiese olvidado de ti. ¿Y Daver? ¿Ha sido respetuoso? ¿Te ha dado todo el dinero que necesitabas?

—Sí, padre.

Margarita creyó notar cierta vacilación en la voz de la joven.

—Daver es un buen servidor. Le haré rico. Es fiel; por eso le dije que fuera tu perro guardián. Es un chico que me agrada. Y tú ten un poco más de paciencia. Ya no falta nada para que se realicen todos mis sueños.

La voz del loco era tan tierna y tanto la cambiaba el amor y el orgullo paternal, que parecía otro hombre distinto del que hablaba anteriormente. Pero luego siguió con el mismo acento que al principio.

—El coronel volverá esta noche. Es un hombre de confianza..., lo mismo que Gregorio. Les pagaré regiamente. Aún debes aguardar algo, Olga. Todas estas cosas desagradables se acabarán. Acabaremos con Reeder. Mañana, a la hora de la marea alta, nos iremos...

El sonido de las voces disminuyó hasta convertirse en un murmullo. Brill se volvió hacia Margarita, sonriendo de nuevo.

—¿Le ha oído usted? —preguntó—. ¡Más loco que un grillo! Pero es el hombre de más talento de Inglaterra, según dice Reeder. ¡Santo cielo! Daría la paga de diez años y todas las probabilidades que tengo de ascender por tener un fusil.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó la joven después de un largo silencio.

—Aguardar hasta que suba la marea y luego tendremos que entrar en la cueva, porque nos alcanzarán las aguas si nos quedamos en la playa.

—¿No hay medio de escalar el acantilado?

El otro negó con la cabeza.

Podemos salir por la cueva si encontramos el camino —dijo el policía—. Mejor dicho, los caminos, porque esto es un hormiguero. Algún día se vendrá abajo: se lo oí decir a Daver, y el loco estaba conforme. ¿El loco? Ya me gustarla a mí tener su talento. ¿Conque va a acabar con Reeder, eh? ¡El cementerio está lleno de gente que ha querido acabar con Reeder!

CAPÍTULO XVII

Les pareció una eternidad el tiempo que transcurrió antes de que el agua comenzara a subir por la playa. La joven aguardaba en el banco de arena, mientras Brill, de cuando en cuando, se acercaba a la boca de la cueva. Margarita le hubiera acompañado; pero él le explicó las dificultades de aquello.

—Antes de la marea alta se hará de noche, y gracias a la luz que se refleja en el agua veremos sin dificultad.

—¿Hay alguien ahí?

El policía asintió.

—Dos que están en un bote. Ahora lo han puesto a secar; pero pueden embarcar inmediatamente.

Cuando las primeras olas llegaron hasta allí, él salió de la cueva y murmuró al oído de la joven:

—Acérquese a la pared y cójase de mi brazo.

Margarita obedeció, y ambos se internaron siguiendo un sendero que corría a la izquierda de la caverna. Antes de entrar, Brill la había aconsejado que no hablara bajo ningún pretexto, sino únicamente en voz muy baja y al oído. La cueva tenía tales propiedades, que el más mínimo sonido aumentaba considerablemente.

Continuaron por aquel sendero de la izquierda, que ella creía que era un estrecho pasillo, porque no pudo descubrir hasta más tarde las enormes dimensiones de aquella caverna que el agua había abierto. Al cabo de un rato, Brill se volvió, cogiéndola la mano derecha en señal de que debían llevar esta dirección.

Mientras estaba en la playa, Brill había dibujado un plano toscamente sobre la arena, asegurando a la joven que aquel sendero por donde ahora iban no ofrecía dificultades de ningún género. Luego, el policía hizo un movimiento en señal de que iba a detenerse, e inclinándose cogió sus zapatos, que había dejado al lado de las rocas. Siguieron subiendo; la joven veía ahora con más claridad, aunque en la cueva seguía reinando la oscuridad y los objetos situados a distancia eran invisibles. Brill la cogió de nuevo por un brazo, y haciéndola entrar por una profunda hendidura la golpeó un hombro en señal de que podía sentarse.

Tuvieron que aguardar otra hora antes de que apareciera en la boca de la caverna una línea de agua espumosa, y entonces, como por arte mágica, el interior de la cueva se iluminó con una lúgubre luz verde. Desde donde estaba la joven le era imposible calcular la altura del techo, porque precisamente encima de ellos se alzaba un peñasco en forma de tejado. El otro lado de la cueva se hallaba a unas cincuenta yardas, y allí parecía no haber ningún sendero desde arriba hasta el arenoso suelo. Aquí fue donde miss Belman vio la gasolinera, gris y completamente desprovista de adornos. Estaba tumbada sobre un costado, y Margarita vio un hombre que iba y venía en torno del bote, desapareciendo a intervalos. Cuanta más agua entraba en la

cueva, más aumentaba la luz. Brill, ahuecando las manos, murmuró al oído de la joven:

—¿Nos quedamos aquí o tratamos de buscar algún camino de salida?

Y ella contestó de la misma manera:

—Busquemos.

El policía asintió y se puso en marcha sin decir palabra. Ya Margarita no tenía necesidad de sujetarse a su brazo. El sendero por donde caminaban había sido indudablemente abierto por manos de hombre. Cada doce yardas había unas cuantas piedras rudamente empotradas a modo de escalón. Continuaban, pues, subiendo, y con la ventaja de que los hombres de la gasolinera no podían verles, porque a la derecha de los fugitivos se levantaba una gruesa pantalla de rocas.

Cien yardas más allá, esta muralla y la pared se unían, siendo, por consiguiente, imposible el seguir avanzando. El camino aquel estaba envuelto en la oscuridad. Por lo visto, Brill ya había pasado antes por allí, porque, cogiendo a la joven por un brazo, se acercó a la derecha, internándose por un nuevo sendero que corría más abajo y que tenía un suelo tan dificultoso que resultaba penosísimo el avanzar.

Margarita estaba próxima a desmayarse cuando vio enfrente de ella una línea irregular de luz gris. Debía ser que aquella galería llevaba hasta el otro extremo de la caverna; pero antes de llegar a la abertura, Brill la hizo señas de detenerse.

—Puede usted sentarse —murmuró—. Pongámonos los zapatos.

Las medias, que la joven se había anudado a la cintura, seguían aún mojadas y su calzado estaba destrozado por el agua, pero la aliviaba el sentir alguna protección en los pies. Mientras se los ponía, Brill se acercó a la salida y se puso en observación.

El agua que había inundado la caverna estaba a cincuenta pies por debajo de él, y pocos pasos más allá se veía una agrupación de rocas que formaba el rellano natural de una escalera abierta en las peñas y que subía desde el nivel del mar hasta el mismo techo. Los escalones estaban cortados en la roca viva, tenían unos dos pies de ancho, y ni siquiera había la protección de una barandilla, por simple que fuera. Comprendió que para la joven sería una cosa difícilísima subir por allí, y no estaba seguro de que aquel esfuerzo mereciese la pena. Sabía que la escalera iba a dar a una de las muchas salidas de la cueva porque había visto a varias personas subiendo por ella, las cuales desaparecían entre las tinieblas de la parte superior. Quizá los peldaños fuesen más anchos a medida que se acercaban al techo, pero aun así era una prueba demasiado ruda para una joven que estaba a punto de ser presa de un ataque de histerismo; él tampoco se hallaba seguro de no ser atacado por el vértigo.

Detrás de esta escalera continuaba el suelo de la caverna al mismo nivel que las rocas, y por aquí pensó llevar a Margarita. No se oía nada; los de 1ª lancha debían estar muy ocupados con su trabajo. Brill, al volver, expuso a la muchacha su plan y ésta le acompañó. Al ver la terrible escalera no pudo evitar un estremecimiento.

—Yo no podría subir por ahí —murmuró, señalando hacia arriba.

—Me parece que hay una especie de galería que da la vuelta a la cueva a cierta altura, y desde ahí fui arrojado yo —dijo él—. Cuando la marea está alta, el agua llega hasta el muro donde yo me encontré cuando recobré el sentido.

—¿Hay otro camino por esta cueva? —preguntó ella.

Él hizo un movimiento con la cabeza.

—Que me aspen si lo sé. Sólo eché un vistazo por aquí; pero creo que debe de haber un túnel en el extremo. Vale la pena de aventurarse: no hay nadie por aquí, y los del bote están demasiado lejos para que nos vean.

Aguardaron, prestando atento oído, durante un momento, y luego, yendo delante Brill, avanzaron por aquel sendero de rocas, que con gran satisfacción de la joven aumentaba a cada paso que daban.

Margarita Belman nunca olvidó aquella marcha de pesadilla, con las imponentes rocas a la izquierda y el precipicio a la derecha.

Habían llegado ya al límite de lo que pudiéramos llamar la primera caverna, y ante ellos se abrían cuatro caminos. Uno, situado enfrente por completo; otro, accesible como el anterior, a cuarenta pies a la derecha, y los restantes no parecían a primera vista practicables. Dejando sola a la joven, Brill continuó andando hacia el que tenía más cerca. Media hora después volvió desconsolado.

—Todo esto está lleno de galerías —dijo—. Me vine porque es imposible andar por ahí sin una luz.

El segundo pasillo infundía más esperanzas. El suelo era liso y tenía la ventaja de que estaba en la misma dirección que el de la caverna, con lo cual la iluminación llegaba hasta muy lejos. Margarita siguió al policía por aquel sendero.

—Vale la pena de probar —había dicho él, y ella asintió.

No anduvieron mucho tiempo sin que a Brill le llamase la atención una cosa en que no había parado mientes hasta entonces. A intervalos regulares, la pared ofrecía algunas hendiduras. El policía ya lo había observado, pero sin darse cuenta de que todas estaban a la misma distancia. La entrada de la mayoría estaba obstruida por gruesas piedras; pero una vez encontró una en la que no había tal obstáculo y se puso a examinarla. Era una cavidad cuadrada y de proporciones tan exactas, que debía haber sido abierta por la mano del hombre. Luego volvió para anunciar a la joven su propósito de escudriñar la primera de aquellas celdas que encontrara.

—Para algo habrán sido construidas —dijo y la joven notó cierta excitación en su voz.

Cuanto más avanzaban menos luz había. Tenían que ir tanteando la pared hasta que llegaron a la siguiente cavidad. Montones de rocas, unos sobre otros, habían sido acumulados a la entrada, y el quitarlos era un trabajo bastante penoso. Margarita no podía ayudar a Brill, Se sentó dando la espalda a la pared y sumiéndose en un sueño producido por el cansancio. Su hambre se había casi disipado, pero la garganta la tenía reseca. Brill, con un golpecito en el hombro, la despertó.

—He entrado —decía con voz agitada—. Junte las manos, júntelas.

La joven obedeció maquinalmente y sintió algo frío que le humedecía las palmas. Luego, inclinando la cabeza, bebió. Era vino.

—Champaña —murmuró Brill—. ¡No beba mucho o se emborrachará usted!

Ella volvió a probar aquel liquido. Jamás había gustado una bebida tan deliciosa.

—Esa habitación parece un almacén: hay alimentos y cientos de botellas de vino. Junte las manos.

Y echó más vino: la mayor parte se le escapó por entre los dedos, pero ella bebió con ansia lo que quedaba.

—Aguarde aquí.

Margarita, ya despierta por completo, se quedó mirando hacia el sitio por donde Brill había desaparecido. Pasaron diez minutos, un cuarto de hora, y luego, con gran alegría de la joven, de detrás de la barrera de piedras, iluminando el agujero que el policía había abierto, apareció una luz. Margarita oyó el ruido de una caja al levantarse la tapa y luego el detective salió de la cavidad, acercándose a fila.

—Hay bizcochos —dijo—. Afortunadamente, la caja ya ha sido empezada.

—¿Qué es esa luz? —preguntó miss Belman mientras cogía ávidamente el alimento.

—Una pequeña batería: la hice funcionar mientras andaba buscando cosas. Toda la habitación está llena de cosas de estas. Aquí tiene usted algo para beber.

Y la entregó un bote redondo y aplastado en el que había hecho un agujero.

—Leche condensada, alemana. También hay tabaco.

Margarita trató de aplacar su sed y no apartó sus labios del frasco hasta que no estuvo vacío.

—Parece la bodega de un barco —dijo—; pero lo que más nos ayuda es la luz. Voy a ver si puedo cargar las pilas, porque me parece que ya es muy débil la corriente.

Aquello le llevó mucho tiempo, y al cabo de un rato, Margarita vio apagarse la luz para encenderse de nuevo, esta vez más fuerte que nunca. Brill salió entonces y depositó algo pesado en manos de la joven.

—Una linterna sorda —dijo—. Hay media docena, y sobrarían aunque tuviesen que durarnos un mes. Luego dio un golpe en la roca con algo que sonaba.

—Es una palanca —afirmó—, arma que puede sernos muy útil. Pero no sé en cuál de estas celdas guardarán los fusiles.

Podían, pues, continuar su exploración con mucha más comodidad. La linterna les sirvió de mucho, porque unas cuantas yardas más allá el sendero torcía bruscamente hacia la derecha y el suelo se hacía menos llano. Brill, encendiendo su lámpara, iluminó el camino. Luego la galería volvía a la derecha; el policía hizo notar a la joven lo lisas que estaban las paredes.

—Por acción del agua —dijo—. Por aquí ha debido pasar algún río subterráneo.

Entre vueltas y revueltas el sendero continuaba subiendo unas veces y bajando otras, hasta que la joven vio que su compañero se detenía bruscamente y cogía una

cosa del suelo.

—¿Cómo demonios estará esto aquí?

Mostró sobre la palma de la mano una moneda de plata que, aunque algo sucia, se veía indudablemente que eran dos chelines.

—Alguien pasó por este sitio... —comenzó a decir, y entonces Margarita pegó un grito.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Es la de Mr. Reeder! Y contó a Brill el incidente del pozo y cómo el detective había dejado caer la moneda para calcular la distancia. Brill iluminó con su linterna el techo de la cueva: era de roca sólida. Y conforme hacía dar vueltas a la luz vio al fin una gran abertura redonda.

—Aquí está el pozo que no fue nunca un pozo —dijo, quedándose asombrado al contemplar los salientes de acero colocados a pocas pulgadas cada uno del otro en las paredes del presunto pozo.

—Una escalera —dijo hablando lentamente—. ¿Qué piensa usted de esto?

Se puso de puntillas; pero el escalón más bajo estaba a una yarda de su mano, y buscó algunas piedras que poder amontonar para llegar con facilidad. No había ninguna a la vista, excepto unos cuanto guijarros que no le servirían de nada; pero se acordó de la palanca, que tenía un gancho en un extremo. La levantó, dando un salto. La primera vez falló, la segunda logró coger el saliente de acero, pero se le escurrió la palanca y quedó colgando de la abrazadera. Entonces se frotó las manos contra el polvoriento suelo y saltó de nuevo, logrando esta vez, con un esfuerzo sobrehumano, elevarse hasta quedar suspendido de una mano y luego izarse por completo, quedando entonces con los pies apoyados en el saliente.

—¿Si yo le ayudara, sería usted capaz de llegar hasta aquí? —preguntó.

La joven negó con la cabeza.

—Me parece que no. Suba solo; yo aguardaré aquí.

—Quítese del agujero —advirtió Brill—. Quizá no me caiga, pero pueden desprenderse algunas rocas durante la ascensión.

El policía no se equivocaba. Mientras subía caían al suelo montones de tierra y piedras. De cuando en cuando, Brill se detenía para tomar alientos. Una vez gritó una cosa que Margarita no oyó. Debía ser otra recomendación de prudencia, porque inmediatamente un gran pedazo de roca del tamaño de la cabeza de un hombre chocó contra el suelo, dispersándose sus fragmentos en todas direcciones.

Miss Belman miraba hacia arriba algunas veces: la luz de la lámpara que llevaba Brill se hacía cada vez menos perceptible. Al verse sola aumentó su excitación nerviosa y encendió la linterna para sentirse acompañada. Apenas lo había hecho cuando oyó ruido de pasos y le dio un vuelco el corazón. Alguien se acercaba hacia ella.

Apagó su linterna y prestó oído. ¡La voz del viejo! No podía ser la de ningún otro. Hablaba consigo mismo, gruñendo y musitando frases cada vez más inteligibles. Y,

de pronto, Margarita vio el reflejo de una luz, porque en aquel sitio la galería torcía bruscamente, y Flack no sería visible hasta que no estuviese muy cerca.

Quitándose los zapatos, la joven se alejó, sumiéndose en la oscuridad e internándose por aquel desigual sendero. Cuando se le hubo disipado, aunque poco, el miedo, se detuvo y miró hacia atrás. Ya no se veía la luz ni se oía nada, y en vista de esto, la joven, haciendo acopio de fuerzas, volvió sobre sus pasos. Como no se atrevía a encender la linterna, tenía que adivinar la situación de la abertura del pozo, y, despistada por la oscuridad, estuvo pronto a considerable distancia del sitio por donde había subido Brill.

¿Dónde estaría Flack? Allí no había pasajes laterales. Margarita estaba a un lado del sendero, con la mano apoyada sobre una de las rocas que servía de parapeto, cuando, con gran horror suyo, sintió una cosa que se movía cerca de ella. Retrocedió inmediatamente y vio una luz que aparecía en la pared de enfrente, dibujando la silueta de una puerta.

—Esta noche, querida..., esta noche... Voy a subir a ver a Daver. Me está molestando algo... ¿Estás segura de que no ha pasado nada que pueda quebrantar la confianza que tengo en él?

—Nada, padre. ¿Qué podía haber sucedido?

Era la voz de Olga Crewe, que añadió algo que Margarita no pudo oír; pero escuchó inmediatamente la risa sardónica del viejo.

—¡Reeder! ¡Está ocupado en Londres! ¡Pero volverá esta noche!...

Olga hizo otra pregunta, también ininteligible para miss Belman.

—No han encontrado el cadáver. Yo no quería hacer daño a la chica; pero me era muy útil..., mi mejor instrumento... Con ella hubiera cogido a Reeder: ya lo tenía todo arreglado. Otra pregunta como las anteriores.

—Eso creo. Estaba entonces la pleamar. Yo mismo la vi caer...

Margarita sabía que hablaban de ella; pero lo único que la interesaba era que no la descubriesen. Retrocedió paso a paso, pidiendo a Dios que encontrara alguna de aquellas cavidades en la que poder ocultarse. Y pronto halló lo que deseaba.

Flack había salido a la galería y hablaba con su hija.

—Bueno, dejaré la puerta abierta... Aprensiones tuyas. Hay aire de sobra. Entra por el pozo. Volveré al caer la noche.

Margarita no se atrevió a levantar la vista hasta que no oyó muy lejanos los pasos del loco. La puerta estaba abierta, y ella vio una sombra que aumentaba de tamaño cada vez más conforme Olga se acercaba al umbral. Luego Margarita oyó un suspiro, la sombra comenzó a disminuir y desapareció totalmente. Entonces, miss Belman, conteniendo la respiración, se acercó sigilosamente.

La puerta, según ya había adivinado, era de roble y había sido camuflada con peñascos de tal manera, que en nada se diferenciaba de aquella otra que había forzado Brill.

La curiosidad es la característica de los seres racionales, y a pesar del peligro que corría, Margarita tenía deseos de ver el interior de aquella casa subterránea de los Flacks. Con gran cautela asomó la cabeza y se quedó asombrada viendo el tamaño de la habitación y lo mal amueblada que estaba. Creía que iba a encontrar ricas alfombras y colgaduras de seda, y en vez de eso veía una tosca mesa, una estera vieja, dos sillas y un catre. Olga estaba de pie, leyendo un periódico; daba la espalda a la joven, y por eso Margarita pudo examinar la habitación a sus anchas.

Cerca de la mesa había tres o cuatro maletas cerradas, como si Flack fuese a emprender pronto un viaje. Un abrigo de pieles estaba tendido encima de la cama, y era la única cosa lujosa que se veía en toda la estancia. Y fijándose bien, Margarita observó al fondo la silueta de otra mujer: la señora Burton.

Miss Belman dio un paso adelante para ver mejor; pero tropezó y cayó contra la puerta, medio cerrándola del golpe.

—¿Quién está ahí? ¿Eres tú, papá?

Margarita se quedó como paralizada, sin moverse y conteniendo los latidos de su corazón. Y como oyese detrás de ella los pasos de Olga, echó a correr, tirando la linterna. Miss Crewe la llamó, pero ella continuó corriendo. Y de pronto se dio cuenta, aterrada, de que se había equivocado la dirección y que iba hacia la cueva grande, donde estaría probablemente el loco.

Sin embargo, como sentía cada vez los pasos de Olga más cerca de ella, prosiguió hasta la primera caverna, iluminada por completo. No se veía a nadie, y ella continuó avanzando hasta llegar al pie de la peligrosa escalera. De repente se oyó un grito: los del bote la habían visto, y John Flack se acercaba a ella, paralizada de terror. El loco venía por el pasillo por el que Brill y ella habían entrado en el interior de la cueva. Flack se la quedó mirando durante un momento, como si creyera que se trataba de una pesadilla, y luego, con un rugido, se abalanzó sobre la joven.

Margarita no vaciló y comenzó la subida por aquella terrible escalera en la que la acechaba la muerte; pero una muerte más dulce que si se quedaba allí abajo. Trepaba por los peligrosos escalones... sin atreverse a mirar ni a pensar, fijando la vista allá arriba, en la oscuridad, donde terminara aquella lúgubre escalera de Jacob. Por nada del mundo hubiera mirado hacia abajo: tal miedo tenía al vértigo. Respiraba con quejidos entrecortados, y el corazón parecía querérsele salir del pecho. Se detuvo durante una fracción de segundo para tomar alientos antes de proseguir la huida. Flack era un viejo, quizá consiguiera escaparse; pero se trataba de un loco, de un hombre a quien la obstinación le daba energías extraordinarias. Poco a poco se disipaba su miedo y recobraba las fuerzas. Continuó subiendo, y cuando ya le parecía que no podía proseguir llegó al extremo de la escalera. Un espacio liso y libre se presentaba ante ella, cuya bóveda era sostenida por grandes columnas, por docenas de columnas... Margarita estuvo durante unas vacaciones en España y vio la Mezquita de Córdoba, que le recordaba a aquella enorme nave..., pero se había desorientado. Aterrada, se acercó a un negro muro y echó a correr hasta que llegó a una estrecha

abertura, donde se veían cinco escalones, y allí se detuvo para encender su linterna. Enfrente de ella había una puerta de acero entreabierta, con un pestillo de hierro.

La abrió del todo, atravesó el umbral y se cerró detrás de ella con un chirrido. Por la parte de adentro de esta puerta había sido fijado una especie de estante sobre el que había una caja que se cayó al suelo al cerrarla. Y enfrente tenía la joven otra puerta, pero infranqueable. Estaba encerrada en un espacio de tres pies de ancho por otros tantos de largo. No tuvo mucho tiempo de fijarse en todas estas cosas porque oyó que alguien cogía el pestillo de la puerta por donde ella había venido. Margarita, desesperada, se agarró al estante de hierro y sintió que cedía un poco a la derecha. Aunque la joven no lo supiera, aquella tabla era una especie de cerrojo. Oyó de nuevo el ruido del pestillo y el de una llave al girar en la cerradura, pero la puerta permaneció cerrada. Y entonces, Margarita Belman cayó desmayada al suelo.

CAPITULO XVIII

J. G. Reeder bajó la escalera, y los que le veían sabían que no era la tragedia que acababa de presenciar lo que le hacía estar tan pálido y descompuesto.

Encontró a Gray en el despacho de Daver, aguardando que le contestaran de Londres. La respuesta llegó cuando Reeder entraba y el detective cogió el auricular de manos del policía. Explicó en pocas palabras la muerte de Daver, y luego añadió:

—Necesito a los agentes que estén disponibles, Simpson, aunque preferiría que viniesen soldados. Hay guarnición a cinco millas de aquí, y es necesario dar una batida por estas playas y por las cuevas de alrededor. Otra cosa: quisiera que avisase usted un *destroyer* o algo por el estilo para que se acercara por estas aguas de Siltbury. Estoy seguro de que Flack tiene una gasolinera en un canal de cerca de aquí que hay en una cueva situada por debajo del acantilado... ¿Miss Belman? No sé nada de ella. Esto es lo que quería hacerle saber a usted.

Simpson le dijo que el convoy del oro había sido visto en Sevenoaks, y Mr. Reeder tuvo que hacer un esfuerzo mental para acordarse de aquel incidente sin importancia.

—Creo que soldados será lo mejor. Me gustaría apostar unos cuantos hombres en las canteras. Hay otra cueva ahí en la que Daver solía guardar todos los carros. Me parece que recobrará usted el dinero esta noche. Y eso —prosiguió con cierta amargura— hará que las autoridades llamen al ejército.

Después de haber venido la ambulancia y haberse llevado el cadáver de Daver, Reeder volvió a las habitaciones del muerto con un grupo de obreros venido de Siltbury. Levantando lo que pudiéramos llamar la tapa del diván, dijo señalando al suelo:

—Eso debe girar sobre, un pivote; pero creo que por abajo tiene un cerrojo o algo así. Rómpanlo.

En un cuarto de hora destrozaron el suelo, y el detective, en efecto, encontró un tramo de escaleras que daba a una habitación cuadrada, la cual no debía haberse variado desde hacía muchos siglos. Era un cuarto polvoriento, sin muebles, que guardaba celosamente el secreto de su existencia. Una pequeña puerta y un estrecho pasillo por el que apenas si podría pasar un hombre medianamente grueso conducían al despacho particular de Daver. Reeder comprendió que el qué estuviera allí oculto oiría todo lo que se dijera en la habitación de al lado. Y entonces comprendió el pánico de Daver cuando él alzó la voz, hablándole de su casamiento. El viejo John se había enterado de la deshonra de su hija, y desde ese momento la muerte de Daver estaba decretada.

¿Cómo logró escaparse el loco? Aquello tenía muy fácil explicación. Antigualmente, Larmes Keep fue muy visitado por los turistas, y el detective encontró una tablilla de madera que decía dónde estaba la cámara de tortura del conde de

Larmes, añadiendo a continuación que los calabozos se hallaban inmediatamente debajo y que a ellos se llegaba por medio de una trampa situada en el suelo. Reeder la encontró y vio por primera vez los famosos calabozos de Larmes Keep.

No fue una exploración emocionante ni accidentada. Era evidente que el asesino había podido escapar por tres caminos y que los tres conducían a la parte trasera de la casa, pasando uno de ellos entre la cocina y el vestíbulo.

—Hay otro, sin embargo —dijo Reeder gravemente—, que aún no hemos encontrado.

Estaba muy nervioso: iba de cuarto en cuarto tirando al suelo cajas, rompiendo armarios, vaciando baúles. Hizo un descubrimiento: la célebre partida de matrimonio, que estaba escondida en el forro del bolso de Olga Crewe.

A las siete, el primer destacamento de tropas llegó en un *auto* oficial. La Policía del pueblo había informado ya que no se habían encontrado huellas algunas de Margarita Belman. Dijeron que comenzaba la bajamar cuando salió de Larmes, y que a menos que yaciese oculta en algún saliente de los precipicios podía haber llegado a la playa sana y salva. Había una remota esperanza de que aún viviese, y Reeder se aferraba a ella desesperadamente.

El cocinero había preparado ya la comida del detective; pero Reeder se contentó con una taza de café: otro alimento le hubiera hecho daño.

Llevó una partida de hombres a las canteras, y al volver se sentó en el *hall*, pasando revista a los acontecimientos del día, cuando Gray entró corriendo.

—¡Brill! —gritó.

J. G. Reeder se levantó de un salto.

—¿Brill? —repitió con voz ronca—. ¿Dónde está Brill?

Gray no tuvo necesidad de responder. Un hombre roto y destrozado cruzó el umbral, ayudado por un policía.

—¿De dónde vienes? —preguntó Reeder.

El otro, al principio, no podía hablar. Señaló hacia el suelo, y luego dijo con voz ahogada:

—¡Del fondo del pozo! ¡Miss Belman está abajo!

Brill estaba a punto de sufrir un colapso, y sólo después de tornar un trago de brandy pudo contar toda la historia. Reeder llevó a un grupo de hombres al claro y examinó la cuerda que pendía de la garrucha.

—No soportará el peso de una mujer, y, además, no hay cuerda suficiente —dijo Gray, que iba con ellos.

Uno de los policías recordó entonces que al registrar la cocina había visto dos cinturones con una especie de gancho, que usaban los deshollinadores. Fue a buscarlos mientras Reeder se quitaba el chaleco y la americana.

—Hay un terreno muy endeble a unos cuatro pies —advirtió Brill—. Cuando yo subía se desprendió una piedra y estuve a punto de caerme.

Reeder, atándose la linterna al cuello, echó una ojeada al agujero.

—Es extraño que no viera esta escalera cuando estuve aquí antes —dijo, y entonces se acordó de que sólo había abierto una parte de la tabla de arriba.

Gray, también equipado con un cinturón, bajó el primero, por ser el de menos peso de los dos. Por entonces ya había llegado allí una compañía de soldados, que afortunadamente pertenecían a un regimiento de Ingenieros. Y así, mientras unos cuantos iban en busca de cuerdas, otros comenzaban a montar un cabrestante para izar a los de la cueva.

Los dos policías bajaban sin decir una palabra. Las linternas eran inútiles, porque no podían ver con ellas el escalón siguiente, y al poco tiempo comenzaron a avanzar con más prudencia. Llegaron a la zona peligrosa en la que los salientes estaban muy poco seguros, como pudo comprobar Reeder; pero salieron adelante sin más molestia que algunos guijarros desprendidos.

Les parecía que no iban a llegar nunca al fondo, y Reeder comenzaba ya a sentir cierta inquietud, cuando Gray murmuró:

—Ya estamos —y dirigió la luz de su linterna hacia abajo. Luego se dejó caer al suelo, y el detective le imitó.

—¡Margarita! —exclamó luego en voz baja. Nadie contestó. Reeder iluminó los alrededores con su lámpara; pero al no ver a nadie, el corazón le dio un vuelco.

—Siga usted por ese pasillo —dijo a Gray—. Yo iré en la otra dirección.

Iluminando con su linterna el suelo, se alejó, medio andando, medio corriendo, por aquella tortuosa galería. De pronto oyó un ruido que no pudo identificar y se detuvo para apagar la luz. Avanzando sigilosamente torció una esquina y vio al final la luz del día, y, recostándose contra ella, la silueta de alguien. Reeder se adelantó, y recordando el incidente de la rodilla, sacó su browning, le quitó el seguro y se acercó a aquella sombra, que de repente dijo:

—Olga, ¿dónde ha ido tu padre?

Al notar que era la señora Burton, Reeder hizo una mueca significativa.

No oyó la respuesta: venía de algún sitio escondido, y la voz de miss Crewe llegó muy apagada.

—¿Han encontrado a esa chica?

Reeder contuvo la respiración y acercó la cabeza al suelo. El «no» se escuchó muy distantemente.

Olga dijo entonces algo imperceptible para el detective, y la señora Burton repuso con su eterno tono de plañidera:

—Siempre me tratas así... Nadie diría que soy tu madre... No sé cómo no me he muerto de tanto sufrir... No me extrañaría que algún día me asesinases: me desprecias tanto...

La joven debió protestar airadamente.

—Y si te preocupa, ¿yo qué le voy a hacer? —dijo la señora Burton—. ¿Dónde está Daver? Es raro que tu padre no haya dicho nada de Daver. ¿Crees que le habrá pasado algo?

—¡Que se vaya Daver al infierno!

La voz de Olga llegó muy clara aquella vez. La tristeza y desesperación que se advertía en ella hubieran despertado la lástima de Reeder en otras circunstancias. Estaba demasiado preocupado con Margarita Belman para compadecer a aquella joven.

Por lo visto, no debía saber que era viuda, y Reeder se quedó muy satisfecho de su intuición por haber adivinado aquel casamiento.

—¿Dónde está ahora? Me refiero a tu padre.

Hubo una pausa durante la que Olga repuso una cosa ininteligible para el detective.

—¿En el bote? No saldrá. Yo odio los barcos, y una lancha tan pequeña como ésa... ¿Por qué no habernos marchado cuando se escapó? Por más que le dije y le supliqué... Ahora podíamos estar en Venecia o en cualquier otro sitio dándonos una vida de príncipes.

La muchacha debió interrumpir, enfadada, a su madre, porque la señora Burton desapareció.

No se oyó el ruido de ninguna puerta al cerrarse; pero Reeder sabía lo que había sucedido. Se adelantó hasta que vio una luz en la pared de enfrente, y acercándose a la entrada de la caverna escuchó. Las voces se oían ahora claramente, tanto más cuanto que la que más hablaba era la señora Burton.

—¿Crees que tu padre lo sabe? —decía ésta con voz trémula—. Lo de Daver, digo, Tú puedes no decirle nada. Me mataría si lo supiera. Tiene unos proyectos referentes a ti: príncipes, duques y qué sé yo. Si no estuviera loco, se habría retirado hace años; pero por más que se lo advertí no me hizo caso.

—¿Quién te va a hacer caso? —repuso la muchacha con desprecio—. Papá te debía haber dejado marchar. Yo ya sabía que en estas ocasiones eras inútil.

Reeder oyó entonces un gemido. La señora Burton exclamó:

—Quiere coger a Reeder. ¡Qué tontería! Si yo fuera lo suficientemente perversa para eso, ya habría podido asesinarle.

A lo lejos se oyeron unos pasos precipitados.

—Ahí está tu padre —dijo la señora Burton, y Reeder levantó el cañón de su browning, dispuesto a sacrificar un cartucho con tal de verse libre de aquel malvado.

Los pasos cesaron bruscamente, mientras una voz ronca gritaba algo al extremo del pasillo. Flack se alejaba evidentemente, porque el ruido de sus pasos se desvanecía poco a poco. Reeder pensó que no era aquél su día de suerte.

Tendido en el suelo podía ver a John Flack. Una ligera presión con el dedo y aquel criminal ya no daría más que hacer. Reeder acarició el gatillo; pero le repugnaba matar a sangre fría.

Alguien se acercaba. El detective pensó que debía de ser Gray. Tenía que retroceder y advertirle. Poniéndose en pie se adelantó hacia el policía; pero fue en vano. Gray le había visto, porque empezó a gritar con voz fuerte:

—¡No hay nadie por aquí, Mr. Reeder!...

—¡Silencio, idiota! —replicó el detective, aunque comprendía que ya era inútil.

Dio la vuelta y miró. El viejo John estaba en la entrada del túnel, con la cabeza inclinada. Alguien más había oído la voz del policía. Muerta de miedo, la señora Burton había salido a la galería, y su hija, detrás, intervención que impedía a Reeder hacer uso del revólver, porque ocultaban al hombre a quien el detective había jurado coger.

Y cuando llegó al extremo del túnel que desembocaba en la gran caverna, Flack y las dos mujeres habían desaparecido.

Reeder tenía una vista magnífica: inmediatamente vio la gasolinera, que en aquel momento flotaba sobre las aguas, y luego a las tres fugitivos. Habían bajado al canal por una prolongación de aquella empinada escalera, que conducía hasta el techo y estaba en una especie de plataforma que formaba el muelle de aquel puerto improvisado.

De repente algo se estrelló contra las rocas por encima de su cabeza. Se formó un remolino de polvo y el eco de la explosión ensordeció al policía.

—Están disparando desde el bote —dijo Reeder con calma—. Debe usted tumbarse en el suelo, Gray; sería deplorable que a un hombre que hace tanto ruido como usted le obligara a callarse una bala.

—Perdóneme, Mr. Reeder —dijo el avergonzado policía—. No sabía...

—¡No sabe usted nada! —replicó el detective, enfadado.

¡Pan! ¡Pan!

Un proyectil pasó a su izquierda y otro entre Gray y él. Reeder se inclinó, protegiéndose detrás de un saliente de las peñas.

¿Estaría Margarita en la lancha? Cuando se hacia esta pregunta se acordó de lo dicho por la señora Burton, y entonces, después de haber visto otro resplandor en la gasolinera adelantó la mano e hizo fuego. Una doble explosión retumbó bajo la bóveda rocosa, y aunque el detective no pudo ver el efecto de sus tiros, sabía que había caído en la lancha.

Esta estaba desatracando. Los tres Flacks iban a bordo. Reeder pudo oír el ronquido del motor al acercarse a la boca de la cueva. Pero, de repente, de la oscuridad del mar surgió una luz vivísima que iluminó las rocas y dejó atónitos a los tripulantes del bote.

¡Un *destroyer*!

—¡Menos mal! —exclamó entonces Reeder. Los de la gasolinera, comprendiendo lo que significaba la presencia allí de aquel barco, dieron la vuelta y se dirigieron hacia donde estaban los detectives con un ruido infernal. Tan enorme era aquel estrépito, que el detective no se dio cuenta de lo que sucedía hasta que no se vio medio enterrado entre un montón de pedruscos, del que le sacó Gray.

—¡Están tirando con una ametralladora! —gritó éste.

Pero Reeder no contestó. Como fascinado, miraba hacia el centro de la cueva, donde el agua del canal saltaba a intervalos regulares, impulsada por algún misterioso agente. El detective no tardó en comprender de qué se trataba. Grandes masas de rocas, sacadas de su sitio por las explosiones, caían del techo. La gasolinera torció hacia la derecha y luego se dirigió resueltamente hacia la abertura de salida. Y ya estaba a menos de doce yardas de ella cuando de repente, con un estruendo tan espantoso que el mismo Reeder cayó al suelo aterrado, la boca de la cueva se vino abajo.

CAPITULO XIX

Inmediatamente el aire se llenó de un polvo sofocante. El estrépito continuaba, producido por la caída de las rocas.

—¡La entrada de la cueva se ha desplomado! —gritó Reeder al oído del otro—. Sin embargo, la función no ha terminado todavía.

Su primer impulso fue el de ponerse a salvo huyendo por la galería; pero acordándose de que en la gasolinera había dos mujeres, encendió su linterna y se acercó a las rocas desde donde había presenciado la catástrofe. Sin embargo, la luz no iluminaba más que unas pocas yardas alrededor, sin poder penetrar en aquella nube de polvo.

Arrastrándole hasta el borde de la plataforma, el detective trató de ver algo en medio de las tinieblas. Por encima, por debajo, por todos lados, los estampidos horribles se sucedían como si la tierra fuese presa de algún mortal dolor. Rocas de todos tamaños caían del techo y se hundían en el agua. Una de ellas pasó al lado de la plataforma con un zumbido terrible y desapareció.

—Por Dios, no se esté ahí, Mr. Reeder. Va usted a morir.

Era Gray quien le gritaba esto; pero el detective bajaba ya por la escalera que conducía al sitio donde la gasolinera había naufragado. Tenía que llevar la linterna a ras del suelo y respiraba con grandes esfuerzos, cubierto de polvo su rostro, con los ojos brillantes, medio ahogándose por aquella nube que penetraba en su nariz y en su boca, continuaba andando, andando hasta que al fin vio recompensada su tenacidad.

De entre la oscuridad surgió la figura vacilante de una mujer. Era Olga Crewe.

Reeder, comprendiendo que la joven apenas si podía sostenerse, la cogió por un brazo, llevándola hacia el muro.

—¿Dónde está su madre? —gritó.

La otra hizo un movimiento de cabeza y dijo algo imperceptible para Reeder, que prestó atento oído:

—... gasolinera..., peñasco enorme..., muerta.

—¿Ha muerto su madre?

Olga asintió. El detective la condujo medio a rastras hasta donde aguardaba Gray, y alzándola como si fuese una niña, la cogió en sus brazos y se dirigió hacia la entrada de la galería.

El estruendo de rocas que se desploman continuaba. La atmósfera era más densa que nunca. La linterna de Gray se apagó y la de Reeder apenas si podía funcionar. Les pareció un siglo el tiempo que tardaron en llegar al extremo del pasillo. También allí el aire estaba lleno de polvo; pero conforme avanzaban se hacía más respirable y menos sofocante.

—Bájeme usted, puedo andar —dijo Olga Crewe con voz ronca, y Reeder, suavemente, la depositó en el suelo.

La joven estaba muy débil, pero se sostenía en pie gracias a la ayuda de los dos policías. A la entrada de la cueva que servía de habitación a Flack se detuvieron. Reeder buscaba una lámpara y, sobre todo, el agua, que sabía que había de encontrar allí.

Cuando hubo bebido, la joven se sintió mucho más reanimada.

—No sé lo que ha pasado —exclamó—; pero me parece que al desplomarse la entrada de la cueva nos dirigimos hacia el escenario...; nosotros llamamos siempre a esa plataforma, el escenario. Yo estaba tan asustada, que salté a tierra inmediatamente para ponerme en salvo, y apenas había puesto el pie en la roca cuando oí un crujido espantoso. Creo que fue un trozo de muralla lo que cayó sobre la lancha. Grité, mas sin poder casi oírme a mí misma, en medio de aquel estruendo... Esto es el castigo, el castigo. ¡Sabía que tenía que venir! ¡Lo sabía!

Se cubrió la cara con las manos y lloró convulsivamente.

—No se saca nada con gritar —repuso Reeder rudamente—. ¿Dónde está miss Belman?

Olga negó con la cabeza.

—¿Adónde fue?

—Subió por la escalera...; mi padre me dijo que se había escapado. ¿No la ha visto usted? —preguntó Olga, levantando su faz llorosa al comprender el significado de lo que había dicho el detective.

Reeder hizo un signo negativo, mientras la miraba fijamente.

—Dígame usted la verdad, Olga Flack. ¿Se escapó Margarita Belman o acaso su padre...?

Olga protestó aun antes de que él terminara la frase, y luego, lanzando un gemido, se desmayó: hubiera caído al suelo sin la ayuda de Gray.

—Dejaremos el interrogatorio para más tarde.

Reeder cogió una linterna que había encima de la mesa y se internó por el túnel. Apenas salió del umbral cuando se oyó un nuevo crujido, y el estrépito, que procedió de la caverna, llegó más ahogado. El detective comprendió lo que sucedía.

—Debe haber un terremoto —se dijo—. Ya tendremos suerte si logramos escapar.

Corrieron hacia el pozo, y al llegar allí la alegría se dibujó en su rostro. En el suelo se veía un rollo de cuerdas al que iba atado un cinturón. Reeder no divisó el alambre que bajaba desde el brocal, pero al poco rato descubrió un receptor telefónico que los soldados de ingenieros habían descendido desde arriba. El detective lo cogió, y su llamada fue contestada inmediatamente.

—¿Están todos ustedes bien? Aquí sentimos como si hubiera un terremoto.

Mientras. Gray sujetaba a la joven con el cinturón. Después de convencerse de que estaba seguro, dijo:

—No necesita hacer usted ningún esfuerzo, ¿comprende, miss Crewe? La subirán desde arriba, y usted no tiene sino que procurar apartarse de las paredes del pozo.

Olga asintió, y Reeder dio la señal. Al poco rato la muchacha ya se había perdido de vista.

—Suba usted ahora —dijo Reeder.

Gray vaciló.

—¿Y usted?

Por toda respuesta, Reeder señaló al primer peldaño, y luego, cogiendo al policía por una pierna y demostrando tener una fuerza extraordinaria, le izó hasta que llegara con la mano al saliente más próximo.

—Sujete usted el cinturón a la barra de hierro, suba hasta la siguiente, y yo me encargo de llegar hasta ahí —dijo Reeder.

Ni un acróbata lo hubiera hecho con más sencillez. Rápidamente se izó el detective, imprimiendo sacudidas al saliente de que estaba suspendido. Conforme subían, luego caían piedras a su lado, con gran peligro para los dos. Algunos peldaños, sacados por el terremoto de su sitio, se venían abajo al ser pisados por el detective. Estaban a mitad de camino cuando el aire se llenó de unos ruidos que aterraron al mismo Reeder.

Una vez adelantó éste la mano y notó que la pared de enfrente, que debía estar a bastante distancia, se hallaba cerquísima de los dos. Todo el pozo se conmovía por aquellos estremecimientos, terribles e inesperados.

—¿Por qué se ha detenido usted? —preguntó Gray, inquieto.

—Para rascarme las narices —repuso Reeder en son de burla—. ¡Dese usted prisa!

Subieron otros cuarenta o cincuenta pies hasta que desde abajo llegó un estruendo y un crujido, acompañados de nuevas sacudidas del muro.

Desde donde estaban los dos policías podían ver la luz de las estrellas y algunas sombras que parecían cabezas asomadas al brocal del pozo.

—¡De prisa! —repitió Reeder, avanzando con la misma rapidez que su joven compañero.

Del fondo de la abertura venía el estruendo de las rocas.

Reeder apretó los labios. ¡Ojalá hubiese escapado Margarita Belman de aquel infierno! De lo contrario, sería mejor que hubiese muerto.

Cada vez se acercaban más a la boca del pozo; pero cada paso que daban era seguido de un formidable estrépito allá abajo. Gray respiraba afanosamente.

—¡No puedo continuar! —murmuró—. ¡Se me han acabado las fuerzas!

—¡Sigue, imbécil! —gritó Reeder; y fuere por aquel violento lenguaje, que provenía de un hombre tan inofensivo en la apariencia, o por comprender que estaba a unos pasos de la salvación, el caso es que Gray subió unos cuantos escalones más y sintió que le cogían desde afuera y le conducían a sitio seguro.

Reeder llegó luego, y al ver el grupo de hombres allí agrupados e iluminados por una luz de petróleo, cerró los ojos.

¿Era imaginación suya o realmente el suelo vacilaba bajo sus pies?

—¿Nadie más sube, Mr. Reeder?

Era un oficial de ingenieros quien hizo esta pregunta, y al ver que Reeder negaba con la cabeza, añadió con voz de mando:

—¡Abrid paso! Id hacia el edificio y tomad el camino de Siltbury. ¡El acantilado se viene todo abajo!

Apagaron la luz, y los soldados, dejando allí sus aparatos, emprendieron a paso ligero la marcha en dirección a Larmes Keep.

—¿Dónde está la chica, miss Crewe? —pregunto Reeder, acordándose de repente de ella.

—Ha sido llevada a la casa —dijo Bill Gordon apareciendo misteriosamente—. ¡Hemos recobrado el convoy, Reeder! Los autores han sido un tal Hothling y otro Dean; creo que usted sabe sus nombres verdaderos... Les cogieren cando trataban de ocultar el coche en la caverna de las canteras. Esto es para usted un triunfo...

—¡Al infierno con todos los triunfos! —gritó Reeder, furioso—. ¿Qué me importan a mí al lado de lo que he perdido?

Bill Gordon decidió prudentemente no contestar.

El *hall* estaba lleno de policías, detectives y soldados. Olga había sido llevada al despacho de Daver y quedó al cuidado de tres mujeres, llevadas para atender a Larmes Keep mientras estaba allí la fuerza pública. Se había limpiado el polvo de la cara y tenía conciencia de sí misma; pero continuaba en el mismo estado en que Reeder la encontró.

Al entrar el detective le miró fijamente, como si no le reconociera y tratara de acordarse de él. Lo primero que hizo fue una pregunta:

—¿No hay noticias de... mi padre?

—Ninguna —repuso Reeder con rudeza—. Y creo que hasta será mejor para usted que haya muerto.

Olga inclinó la cabeza.

—Ha muerto —exclamó con convencimiento. Y luego, haciendo un esfuerzo, trató de incorporarse, mirando a las criadas. Reeder creyó comprender el significado de aquella mirada y ordenó a las sirvientas que se fueran.

—No sé qué hará usted conmigo —dijo, la joven—; pero supongo que me detendrán, y con razón, porque yo he tomado parte en todo esto y hasta he ayudado a que le asesinaran a usted.

—En Bennet Street, precisamente —contestó Reeder—. La reconocí cuando vine aquí por vez primera: usted era la señora que iba tan pintada.

Olga asintió y prosiguió:

—Antes de salir de aquí quisiera recoger ciertos papeles que están en la caja de caudales. Son cosas que sólo a mí me interesan.

Reeder, movido por la curiosidad, preguntó en qué consistían aquellos papeles.

—Cartas...; están en el arca cerrada... Ni Daver se atrevía a abrirlas. Ya usted ve, míster Reeder —añadió algo nerviosa—, antes de encontrar a... mi esposo tuve una

pequeña aventura..., la aventura de todas las jóvenes que sueñan y confían en el porvenir. ¿Ha sido detenido mi marido? —preguntó de repente.

Reeder se quedó callado por un momento. Más pronto o más tarde, *la joven debía* saber la verdad, y el detective tenía la sospecha de que la noticia no la iba a afligir mucho.

—Su marido ha muerto.

La otra abrió los ojos.

—¿Acaso mi padre...?

—Su padre le mató, según creo. Y me temo haber tenido yo la culpa. Cuando volví para averiguar el paradero de Margarita Belman le dije a Daver todo lo que sabía acerca del casamiento de ustedes. Su padre debía estar oculto detrás de la pared, y oyó todo.

—Comprendo —repuso ella con calma—. Seguramente fue mi padre quien le mató; yo ya sabía que eso tenía que suceder en cuanto él supiera la verdad. ¿Me creería usted si le dijese que me alegro? No es precisamente que me alegre, pero me han quitado un peso de encima. ¿Conque me entregará usted esas cartas?

Y paco una cadenita de oro que llevaba colgada del cuello, y al extreme de la cual iban pendientes dos llaves.

—La primera es la de la caja de caudales. Si quiere usted examinar esos papeles se los enseñaré, pero preferiría no hacerlo.

En aquel momento se oyeron pasos apresurados en el pasillo de afuera: la puerta se abrió y apareció un joven oficial de ingenieros.

—Perdóneme usted —dijo—: el capitán Merriman opina que debemos marcharnos de aquí. He hecho salir a todos los criados y ya se han ido a Siltbury.

Reeder hizo entonces levantarse a la joven. —Llévese usted a esta señorita —exclamó, añadiendo luego al volverse hacia Olga—: Iré a la caja, y quizá —no estoy seguro— la permita conservar esas cartas sin que yo las lea.

Aguardó a que el oficial se hubiese marchado para proseguir:

—Ahora me son simpáticos los jóvenes que se aman. Es una concesión que un viejo enamorado hace a la adolescencia.

La voz del detective era muy ahogada. Había algo en su rostro que hizo llorar a Olga.

—¿Acaso... Margarita Belman?... —preguntó ella; pero antes de que el detective contestara, comprendía que había adivinado.

El dolor dignificaba a aquel hombre tan extraño, que ya no era joven, pero que aún conservaba en su pecho el ardor de la juventud. Reeder dijo, cogiéndola dulcemente por un hombro:

—Váyase usted querida. Haré lo que pueda, y ojalá pudiera evitarla toda clase de molestias.

Aguardó hasta que se hubo ido la joven y fue después al desierto *hall*. ¡Cuánto tiempo había pasado desde que él estaba sentado allí, tomando una taza de té y

leyendo una revista ilustrada!

Amparadas por la oscuridad, surgían sombras evocadas por los recuerdos de Reeder. ¡La Casa de Lágrimas! Aquellas paredes habían conocido dolores más terribles que el suyo.

Se acercó a uno de los tabiques y pasó el dedo por la huella que allí había dejado un cuchillo. El detective se sonrió al recordar la puerilidad del atentado.

Y cuando se hallaba sumido en estos pensamientos vaciló de repente el suelo bajo él, las dos luces se apagaron. Reeder comprendió que el terremoto había roto algún alambre, y ya había salido de la casa cuando se acordó de la petición de Olga Crewe.

La linterna seguía, pendiente de su cuello. La encendió y volvió a la caja de caudales, metiendo la llave en la cerradura. El edificio se tambaleaba por todas partes como un hombre borracho. El estrépito de los vidrios rotos y de las maderas que crujían le ensordeció y estuvo a punto de marcharse sin cumplir el encargo de la joven. Su vacilación duró sólo un momento, porque una promesa era una promesa para J. G. Reeder. Dio la vuelta a la llave, abrió la caja de caudales y... ¡Margarita Belman cayó en sus brazos!

CAPITULO XX

Reeder, sosteniendo con una mano a la medio desmayada joven, a la que había reconocido gracias a la luz de su linterna, vio de repente que la caja de caudales se venía al suelo, dejando al descubierto una caverna espaciosa.

Levantó a Margarita, y cruzando el vestíbulo salió al aire libre. Oyó que una voz le llamaba desde lejos, y a oscuras echó a andar. Estuvo a punto de caer en una enorme zanja abierta en la tierra; pero se dio cuenta a tiempo, si bien no tuvo más remedio que desprenderse de la joven.

Margarita vivía..., respiraba...; viendo sus mejillas coloreadas, el detective recobró nuevos ánimos.

No prestaba atención a los muros que se desmoronaban detrás de él con fragor tremendo, ni a las violentas sacudidas de las rocas: lo único que le interesaba era el débil latir del corazón de su amada.

—¡Está usted aquí! —dijo una voz, y unos brazos levantaron a Margarita. La joven fue depositada en un coche, y Reeder se marchó a su lado sin darse cuenta de nada más que de que había encontrado a Margarita. La ambulancia se puso en marcha, y detrás, allá en la oscuridad, la Casa de las Lágrimas temblaba y crujía, mientras el viejo edificio se destruía poco a poco, sepultándose en la tierra, que había de ocultarle definitivamente de las miradas del hombre.

Al alba, aquellos que se hallaban en el teatro de la catástrofe vieron tan sólo un muro gris inclinado sobre el borde de un precipicio. Parte del suelo de la casa se conservaba aún, y en medio de las ruinas continuaba el lecho ensangrentado sobre el que el viejo Flack había dejado a su víctima.

La historia que Olga Flack contó a la Policía, y que puede verse en los archivos oficiales del lugar del suceso, no era precisamente la misma que dijo a Mr. Reeder la tarde en que, invitada por él, fue a verle a su casa de Bennet Street. El detective, sin sus lentes y su aire habitual de modestia, que habían desaparecido junto con aquellas antiestéticas patillas, infundía menos respeto que de costumbre.

—Sí, Ravini fue asesinado —afirmó la joven—; pero yo no le llamé a mi cuarto porque mi padre me lo hubiera ordenado. Jorge era un hombre muy perspicaz y me reconoció en seguida. Vino a Larmes Keep porque... —y se detuvo con cierta vacilación—, porque le gustaba miss Belman. Me lo dijo, y a mí me hizo gracia. Entonces yo no le conocía por su nombre, como mi marido, y no sospeché siquiera que tuviese nada que ver con la captura de mi padre. Luego debió acordarse de que habíamos ido juntos al colegio, y al saber que yo era hija de John Flack comprendió que Larmes Keep era una guarida de bandidos.

Comenzó a hacerme preguntas: si sabía dónde estaba el dinero de la banda. Yo, claro, estaba aterrada, porque sabía por qué Daver le había permitido instalarse allí. También temía que mi padre, recientemente escapado de Broadmoor, supiese la

pasada que Daver le había jugado, y estuve a punto de descubrirle, porque conté a Ravini su fuga. Él no se alarmó: tenía demasiada confianza en sí mismo y, además, ignoraba que su enemigo entraba todos los días en la casa...

—¿Por la caja de caudales, verdad? —exclamo Reeder—. Era una idea ingeniosa. Realmente es el último sitio del que yo hubiera llegado a sospechar.

—La instaló mi padre hace veinte años —explicó ella—. Siempre ha habido algún pasaje entre el edificio y las cuevas subterráneas que los antiguos propietarios de Larmes Keep usaban como calabozos y lugar de enterrar a sus víctimas.

—¿Por qué subió Ravini al cuarto de usted? —preguntó Reeder—. Es una indiscreción preguntarlo, ya lo sé; pero quisiera...

Olga hizo un gesto en señal de comprensión.

—Era el único medio que yo tenía de convencer a Ravini para que se marchara. A mi me vigilaban durante todo el día: Daver y mi madre nunca me perdían de vista, y hubiera sido una imprudencia que mi padre se enterase por medio de ellos de que iba a advertir a Ravini. Claro que Jorge, siendo el hombre que era, tomó la cosa en otro sentido, hasta que yo le dije que tomara el primer tren que saliera para Londres...

—¿Qué añadió usted para convencerle? —preguntó Reeder.

Olga vaciló durante un momento, y luego repuso:

—Le aseguré que mi padre había decidido matarle...

Reeder entornó los ojos, y amablemente exclamó, interrumpiendo a la joven:

—¿Dice usted la verdad?

Miss Crewe se puso pálida, para enrojecer después.

—¿No sirvo para mentir, verdad? Pues bien, le contaré a usted todo. Yo vi a Ravini por primera vez cuando era una niña. Me enamoré de él cuando estaba en el colegio, al que solía ir a verme continuamente...

—¿Ha muerto?

Olga, sin fuerzas para decir que sí, inclinó la cabeza y añadió con voz trémula:

—Lo terrible fue que no me reconociera al verme en Larmes Keep. Se había olvidado por completo de mí hasta que yo le hablé una noche en el jardín.

—¿Ha muerto? —preguntó Reeder por segunda vez.

—Sí —dijo al fin ella—. Le mataron cuando salía de mi cuarto..., no sé cómo..., y se lo llevaron por el pasadizo de la caja de caudales, según creo —añadió, estremeciéndose.

Reeder dio unos golpecitos en la mano de miss Crewe.

—Aún —exclamó para consolar a la pobre joven, que lloraba— le quedan a usted sus recuerdos y sus cartas.

Y hasta después de que Olga se hubo marchado no se le ocurrió al detective que las cartas de Ravini debían ser muy interesantes.

CAPITULO XXI

Margarita Belman decidió tomarse una temporada de vacaciones, y en este sentido escribió a Reeder:

«Sólo hay dos sitios en el mundo donde yo me encontraría a gusto —decía—, y son Londres y Nueva York, donde hay un policía en cada calle y numerosos sitios de diversión. De modo que si a usted le parece, puede acompañarme a todos los teatros que he escrito en el reverso de esta hoja: a la Galería Nacional, al Museo Británico, a la Torre de Londres (mejor dicho, a la Torre de Londres, no; es demasiado antigua y lúgubre). Hablando en serio, querido Reeder (se asombrará usted de esta familiaridad, pero he decidido prescindir de toda ceremonia), quiero ser una mujer normal y alegre, sin más ataques de histerismo ni de neurastenia».

Toda la carta estaba escrita en el mismo estilo. Reeder cogió el cuaderno donde constaban todos sus compromisos, y después de tacharlos con un lápiz azul se puso a redactar una epístola tan retórica e hinchada que hizo reír a Margarita Belman cuando la recibió.

La joven no había hablado del parque de Richmond, y con razón, porque a fines de otoño el tal parque es muy pintoresco, pero no tiene nada de agradable, y sólo puede llamar la atención de aquellos enamorados de la belleza que vayan muy bien abrigados.

Sin embargo, una tarde gris, Reeder tomó un *taxi*, y entrando en él se sentó majestuosamente al lado de Margarita Belman, mientras el *auto* tomaba por Clarence Lane, quizá la peor calle de Londres, para cruzar después la verja del parque.

Al poco rato llegaron junto a unos árboles en los que el detective mandó detenerse el coche, y al lado de su compañera se internaron por un bosquecillo. El camino descendía hasta una especie de hondonada en la que Reeder, tras hacer algunas alusiones al reumatismo, se sentó junto a miss Belman.

—¿Pero por qué hemos venido aquí? —preguntó Margarita.

El detective tosió.

—Porque, ¡hum!, tiene para mí un interés, ¡hum!, romántico. La primera detención que hice...

—¡Por Dios! —repuso ella, interrumpiéndole—. No sé qué puede haber de romántico en una detención. Hablemos de algo más agradable.

—Entonces hablaremos de usted —dijo Reeder, rindiéndose—. Precisamente por eso, miss, ¡hum!, Margarita, la he pedido que viniera aquí.

Cogió una de las manos de la joven como si examinara algún *objet d'art* curioso y añadió:

—El caso es...

—No diga usted «miss» —exclamó ella.

—El caso es, Margarita —dijo Reeder, haciendo un esfuerzo—, que como la vida es demasiado corta para aplazar nada, y yo he meditado seriamente...

—Aquí se detuvo para lanzar una serie interminable de «hums».

Volvió a empezar:

—Un hombre como yo quizá no haga bien hablando de estas cosas, y acaso me llame usted ridículo, pero la verdad es que...

Debía de ser una verdad muy difícil de expresar con palabras.

—La verdad es que —exclamó la joven— usted se ha enamorado de alguien.

Reeder, al principio, asintió; pero luego dijo que no con la cabeza.

—No, eso no... Bueno, es que yo ya no soy un joven: soy un empedernido, es decir, empedernido, no...

—Un empedernido solterón —terminó ella.

—Empedernido, no —volvió a corregir el detective.

Margarita, entonces, mirándole fijamente, dijo:

—Amigo mío, usted quiere casarse con alguna muchacha, pero teme ser demasiado viejo para declararse a ella, ¿verdad?

Reeder asintió sin decir palabra.

—¿Soy yo acaso esa muchacha? Porque si soy yo...

—Sí, es usted —exclamó el detective con voz trémula.

—Puede usted declararse —terminó Margarita Belman.

Y por primera vez, Reeder, que había hecho tantas cosas en su vida, oprimió contra los suyos los labios de una mujer.

—¡Caramba! —dijo, recobrando la respiración pocos segundos más tarde—. ¿Sabes que me ha sabido bastante bien?



RICHARD HORATIO EDGAR WALLACE, (Greenwich, Inglaterra, Reino Unido, 1 de abril de 1875 – Beverly Hills, Estados Unidos, 10 de febrero de 1932) fue un novelista, dramaturgo y periodista británico, padre del moderno estilo *thriller* y aclamado mundialmente como maestro de la narración de misterio, muchas de las cuales fueron llevadas al cine.

Edgar Wallace creó el «*thriller*» con su novela *Los Cuatro Hombres Justos* (1905), y consolidó este género narrativo con su obra posterior. La estructura de sus obras ha llamado a menudo a engaño a los críticos, que han creído ver en él más un autor de novelas de aventuras criminales que un cultivador de novelas detectivescas. En sus novelas, los elementos del enigma están diluidos en la acción; son sucesos aparentemente incongruentes, y es precisamente esta incongruencia la que actúa como acicate de la curiosidad del lector. Sólo al final encajan las piezas del rompecabezas, y una nueva lectura de la narración pone de relieve que los indicios ya habían sido expuestos, y de manera tan evidente que resulta admirable cómo el lector no había caído en la cuenta de su significado.

Sus libros de misterio y policíacos se convirtieron en superventas —J. G. Reeder, personaje detective de su creación, le hizo enormemente popular—, y casi siempre lograba mantener dos o tres obras de teatro representándose simultáneamente. Murió en Hollywood mientras trabajaba en el guión de la película *King Kong*, convertido en un hombre rico e influyente.

Sus novelas más relevantes son: «El misterio de la vela doblada»; «La puerta de las siete cerraduras»; «La llave de plata» y «La pista del alfiler».